



*El Dr. Escoriaza en Inglaterra  
y otros ensayos Británicos*



JULIO-CESAR SANTOYO







M37941

R21202

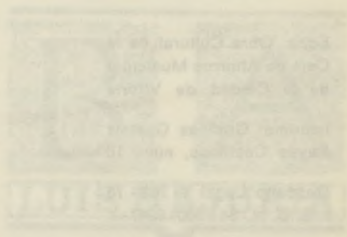
**EL DR. ESCORIAZA EN INGLATERRA  
y otros ensayos Británicos**

por **JULIO-CESAR SANTOYO**



BIBLIOTECA ALAVESA  
-LUIS DE AJURIA-

Universidad «García» de Salazar  
Calle de Alameda Maritima  
de la Ciudad de Vitoria



EL DR. ESCOBAR EN INGLATERRA  
y otros ensayos Británicos

DR. JULIO CÉSAR BASTOYO



Edita: Obra Cultural de la  
Caja de Ahorros Municipal  
de la Ciudad de Vitoria

Imprime: Gráficas Gasteiz  
Reyes Católicos, núm. 16

Depósito Legal VI 769 - 73  
I. S. B. N. 84 - 500-5947 - X

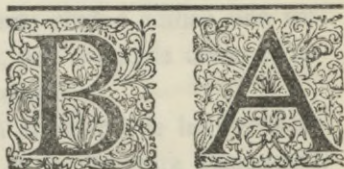
Siempre resulta interesante escribir unas palabras  
introducidas para cuatro estudios diferentes en esta  
y en momentos históricos, porque lo único que puede  
hacerse y alcanzarse es un común denominador que  
se relacione con el mismo acontecimiento.

En el caso de este nuevo volumen de la colec-  
ción "Luis de Ajuria", el autor demuestra pre-  
sente dos cosas: se trata de varios temas históricos,  
pero que mantienen al mismo tiempo todos ellos una  
relación directa y única con Ajuria y con sus historias.

El primer documento es el veto que existía en el  
siglo XV en la corte inglesa durante los años 1515  
a 1530 de Haroldo López de Euzkano, médico de  
Enrique VIII y de su esposa Catalina de Aragón. El  
segundo, aunque escrito en León, pertenece al

BIBLIOTECA ALAVESA  
«LUIS DE AJURIA»

Institución «Sancho el Sabio»  
Obra Cultural de la  
Caja de Ahorros Municipal  
de la Ciudad de Vitoria



LUIS DE AJURIA





Siempre resulta trabajoso escribir unas palabras introductorias para cuatro estudios diferentes en tema y en momento histórico, porque lo único que puede buscarse y alcanzarse es un común denominador que los relacione más o menos acertadamente.

En el caso de este nuevo volumen de la colección "Luis de Ajuria", el común denominador presenta dos caras: se trata de varios temas británicos, pero que mantienen al mismo tiempo todos ellos una relación directa y única con Alava y con sus hombres.

El primero descubre el velo que ocultaba las actividades en la corte inglesa durante los años 1515 a 1530 de Hernán López de Escoriaza, médico de Enrique VIII y de su esposa Catalina de Aragón. Escoriaza, aunque nacido en Léniz (Guipúzcoa), era vecino de Vitoria, y en esta ciudad edificó una amplia residencia plateresca, hoy conocida como el palacio de los Escoriaza-Esquível.

El segundo abandona el campo de las evocaciones históricas y pasa al de la literatura comparada, para intentar rastrear la influencia del fabulista inglés John Gay en la obra de Félix María de Samaniego,

sin duda el más importante poeta nacido en suelo alavés.

Dos breves ensayos terminan el volumen. Uno de ellos recuerda la ya casi olvidada figura de otro fabulista vitoriano, Pablo de Xérica, y muestra las traducciones —pocas, realmente— que se han hecho de sus obras, en particular una versión inglesa manuscrita de varios poemas suyos. El último estudio presenta por primera vez al lector la descripción de Guipúzcoa y Alava que hizo un periodista inglés a su paso por estas tierras durante el trienio constitucional anterior a la llegada de los Cien Mil Hijos de San Luis.

No son éstas las únicas ocasiones en que el común denominador antes mencionado ha unido de una forma u otra al mundo anglosajón con este pequeño rincón de la geografía española. Un breve repaso del acontecer histórico puede ser interesante, por iluminador, y tal vez ayude a sugerir ideas de trabajo a quien desee profundizar en temas alaveses y en sus relaciones con Gran Bretaña.

Ya en una fecha tan temprana como la de 1296, cuando apenas hacía cien años que se había fundado Vitoria, encontramos al primer comerciante babazorro en los puertos ingleses. Su nombre era Juan de Vitoria. De 1296 a 1338 nada menos que veintitrés comerciantes alaveses aparecen mencionados en los documentos de la cancillería británica. Entre ellos, los apellidos de Retana, Maturana, Uzquiano, Vitoria, Gamarra, Arbulo, Amboto, etc.

En 1367 las fuerzas del Príncipe Negro acampan

y escaramuzan durante varias jornadas en la llanada alavesa, poco antes de la batalla de Nájera.

En el siglo XVI encontramos a López de Escoriaza en los palacios de Enrique VIII de Inglaterra, donde al médico vasco le nació un hijo, Enrique, apadrinado por el propio monarca.

Dos embajadores británicos, Sampson y Jerningham, pasan quince días en Vitoria, y desde aquí escriben algunas cartas en enero de 1524.

Pedro de Gamboa, de probable raigambre alavesa, residió cinco años en Escocia e Inglaterra (1545 a 1550) como Capitán General de los mercenarios extranjeros, hasta que una noche de lluvia fue asesinado a traición en una oscura callejuela londinense por cierto Guevara, apellido también alavés.

De viajeros casi no podemos hablar, porque su número excede la corta extensión de estas líneas. En 1633 pasa por la provincia el venerable Francis Bell, seguido por Francis Willughby en 1664, Joseph Barette en 1769, William Bowles y Henry Swinburne en 1775 y 1776 respectivamente, Arthur Lee en 1777; y ya en el siglo XIX, lord Blayney, Cook, MacKenzie, Roscoë, Wilkinson, y una interminable lista de viajeros que han dejado escritas sus impresiones sobre Alava y sus habitantes.

De todos ellos quizás el más importante sea Arthur Lee, reunido secretamente en Vitoria en marzo de 1777 con Grimaldi y Diego Gardoqui, con quienes acordó de manera definitiva la ayuda que España prestaría a los recién nacidos Estados Unidos de América.

El siglo XIX registra dos acontecimientos bélicos de importancia, separados ambos por poco más de veinte años. El primero es la batalla de Vitoria, en junio de 1813, cuando un ejército formado en su mayor parte por tropas británicas a las órdenes de Wellington expulsó definitivamente de España al rey José I y a las tropas napoleónicas. El segundo es la estancia en Vitoria y sus alrededores, en 1835 y 1836, de los diez mil soldados de la Legión Auxiliar Británica que acudieron a la primera guerra carlista en ayuda de los cristinos.

Muchos más detalles podrían mencionarse aquí (como las estancias en Inglaterra de Martín de Salinas, Sebastián de Iradier o Ramiro de Maeztu), pero su sola enumeración resultaría excesiva. Mi única intención ha sido la de trazar un amplio marco de relaciones comunes en el que se sitúen las cuatro pinceladas que constituyen este volumen.

## EL DR. ESCORIAZA, MEDICO DE ENRIQUE VIII DE INGLATERRA

La primera dificultad que surge al intentar hacer un solo libro razonable en los índices, biografía y catálogos históricos es la casi innumerable variedad de formas que recibe el nombre. Mientras en el momento se le conocía por lo común como Dr. Escoriana, los documentos ingleses hacen referencia a él bajo las siguientes denominaciones: *Hernando Lopez*, *Dr. Escoriana*, *Dr. Herman Lopez*, *Daportico*, *Fernando Victoria*, *Fernando de Victoria*, *Fernando de Vitoria*, *Fernand de Vitoria*, *Ferdinando de Vitoria*, *Fernando o Vitoria*, *Fernandus de Vitoria*, *Fernando Vitoris*, etc. Excepto en dos o tres documentos referentes a la primera época de su estancia en Inglaterra, nunca se le designa Dr. Escoriana. Parece oportuno, pues, que prefirió en la historia en la corte británica por el lugar donde esta establecido su hogar. Este cambio de apellido, no obstante, sólo se utilizó en los libros Británicos, ya que ni antes ni después de su estancia en ellas se le designó así. Poco después de dejar su cargo médico de los sucesores indios, pasó a desempeñar este último cargo en el ejército del emperador Carlos V, y en forma más frecuente en forma de Dr. Escoriana.

Esta pluralidad de denominaciones ha sido una de las causas que más a contribuido a distraer a los historiadores británicos, que usualmente confunden su identidad respecto a una persona. Uno de



La primera dificultad que surge al intentar localizar a este sabio renacentista en los índices, historiografía y catálogos británicos es la casi innumerable variedad de formas que recibe su nombre. Mientras en el continente se le conocía por lo común como *Dr. Escoriaza*, los documentos ingleses hacen referencia a él bajo las siguientes modalidades: *Hernando Lopez*, *Dr. Escoriaza*, *Dr. Herman Lopez Dascoriaça*, *Fernandus Victoria*, *Vernando de Victoria*, *Fernando de Victoria*, *Fernand de Victoria*, *Ferdinandus de Victoria*, *Fernandus a Vitoria*, *Ferdinandus de Vitoria*, *Fernando Vittoria*, etc. Excepto en dos o tres documentos referentes a la primera época de su estancia en Inglaterra, nunca se le denomina *Dr. Escoriaza*. Parece seguro, pues, que prefirió se le llamara en la corte londinense por el lugar donde tenía establecido su hogar. Este cambio de apellido, sin embargo, sólo lo utilizó en las Islas Británicas, ya que ni antes ni después de su estancia en ellas se le denominó así. Poco después de cesar como médico de los monarcas ingleses, pasó a desempeñar este mismo cargo en el séquito del emperador Carlos V, y su firma más frecuente entonces es *Dr. Escoriaza*.

Esta pluralidad de denominaciones ha sido una de las causas que más a contribuido a distraer a los historiadores británicos, que unánimemente confiesan su ignorancia respecto a este personaje. Uno de

ellos, Sir George Clark, dice paladinamente, resumiendo los conocimientos de otros muchos autores: *Nada parece conocerse de la educación de Ferdinand de Victoria o de su carrera antes de su llegada a Inglaterra con Catalina de Aragón; aunque en años posteriores mantuvo correspondencia con España y es seguro que conocía algo sus instituciones médicas* (1).

Intrigados por el misterio que rodea su vida, suponen muchos que llegó en el séquito de Catalina de Aragón cuando ésta acudió a Inglaterra en octubre de 1501 para contraer matrimonio con el heredero de la corona inglesa, el príncipe Arturo. Así, por ejemplo, otro autor contemporáneo, Sir Arthur Salisbury MacNalty, escribe en 1952:

*El doctor en medicina Fernando de Victoria o Fernando Vittoria... vino a Inglaterra en el cortejo de Catalina de Aragón en calidad de médico suyo, y fue posteriormente nombrado también médico de Enrique VIII* (2).

No parece que ésta sea la verdad. Conocemos la lista completa de los siervos, criados y acompañantes de la princesa española durante la primera época de su estancia en Inglaterra, y a pesar de su amplitud no figura en ella el nombre del médico vasco. Se menciona en cambio a un tal Vitoria, que junto con otros tres (Morales, Calderón y *el sobrino de Perazcona*) (3) ostentaban el cargo de "mozos de espuelas" de Catalina.

La imaginación de los historiadores ingleses no ha cesado de forjar teorías, algunas de ellas descabelladas, en torno a la figura de Fernando López de Escoriaza. La mayor parte de ellas no resiste un análisis superficial. Así, Sidney Lee apunta la posibilidad de que Hernando López, *un médico enviado a Inglaterra por el rey de España en 1520* (!), estuviera en cierto modo relacionado con Rodrigo López, el por-



tugués de raza judía, médico también de profesión, que fue ahorcado y descuartizado en Londres en junio de 1594, acusado de haber intentado envenenar a la reina Isabel I. (4).

No solamente los historiadores británicos. También los españoles tienen su parte proporcional en estas afirmaciones gratuitas. Por citar un sólo ejemplo, ahí está el marqués de Molins, quien en el apéndice 0 de la *Crónica del Rey Enrico Otavo de Inglaterra* (5) escribe: *El médico que acompañó a la princesa desde España fue el licenciado Juan de Alcaraz. ¿Pero vivía aún cuando la reina fue trasladada a su última residencia de Kimbolton? Sin duda no, pues en documento de 1527 aparece como su físico de cámara un doctor Victoria, valenciano (!).*

Las noticias, breves y sucintas los primeros años, que hacen referencia a este alavés de adopción y al desempeño de sus conocimientos en la corte británica comienzan sólo a partir de 1513. Como podrá apreciarse por los datos que a continuación se mencionan, es muy improbable que Escoriaza llevase ya en esta fecha doce años en Londres, sin ser nunca mencionado por documento alguno. Un médico real no es precisamente el personaje en quien los cronistas de palacio más se detienen, pero al menos es citado con cierta periodicidad en los libros de cuentas de la tesorería, lo que ayuda a datar y limitar su presencia.

En las páginas que siguen mantendré la variante del nombre del Dr. Escoriaza que en cada momento usan los documentos mencionados.

**1513** — No hay mención alguna en los documentos británicos durante este año. Sabemos, en cambio —y esto confirma la suposición de líneas anteriores—, que Catalina de Aragón había

escrito a su padre, Fernando el Católico, rogándole que le enviara un médico español. La reina inglesa había pedido también un confesor de la misma nacionalidad, porque no podía valerse del idioma inglés (6). Tal vez fuera este mismo motivo el que la impulsó a buscar un doctor que hablase su misma lengua.

El Rey Católico tuvo sin duda más de una dificultad al intentar complacer el deseo de su hija, porque en carta remitida en julio de 1513 a su enviado en Londres, Diego de Quirós, le comentaba que estaba dispuesto a conseguir un físico para la reina inglesa, y que deseaba fuese bueno, pero que los buenos médicos que entonces había en España no deseaban trasladarse al extranjero. Además —comentaba el rey— era necesario saber primero si la corte inglesa recibiría con buenos ojos el hecho de que Catalina prefiriera un doctor español a sus colegas ingleses. Resuelta esta duda, Fernando enviaría el mejor médico que quisiera de grado trasladarse a las Islas. Este último punto era también importante, ya que en opinión del monarca aragonés estaba fuera de todo propósito escoger a alguien a quien le desagradase vivir en Inglaterra (7).

**1514** — Si el silencio que guardan los libros británicos de la época con respecto a López de Escoriaza tiene algún especial significado, este no puede ser otro sino que Fernando el Católico no pudo encontrar en España durante la segunda mitad del año anterior, ni durante este de 1514, ningún médico competente dispuesto a trasladarse a la corte de Enrique VIII.

1515 — El 21 de julio de este año comienzan a depejarse las incógnitas. Con esta fecha, don Luis Carroz de Vilagut escribe desde Burgos a Enrique VIII una carta en latín en la que le anuncia el envío del *Dr. Descoriaça, médico, para el servicio del Rey* (8). La noticia queda confirmada tres días más tarde, cuando el propio rey Fernando escribe al rey inglés desde Aranda de Duero. Le comunica en esta fecha que puede por fin cumplimentar la petición que anteriormente le hiciera Enrique VIII de enviarle precisamente *al doctor Herman Lopez Dascoriaça*, a quien esta carta serviría de presentación.

La pregunta de cómo Enrique VIII había oído hablar del médico alavés requiere un retroceso de tres años en el curso de los acontecimientos.

En 1512 el monarca inglés había decidido enviar una expedición militar de diez mil hombres a conquistar la Guyena francesa, operación en la que le ayudaría con tropas y materiales su suego, Fernando el Católico. El jefe de esta expedición era Thomas Grey, segundo marqués de Dorset y amigo personal del rey. El 8 de junio de 1512 desembarcaron en el puerto de Pasajes, y establecieron su campamento primero en las cercanías de Rentería, y un mes más tarde entre las poblaciones de Irún y Fuenterrabía. Pasaron los meses en medio de la más completa inactividad, sin que llegaran a ponerse en contacto con los soldados españoles del duque de Alba. La disentería y otras enfermedades se cebaron en ellos, y murieron más de mil quinientos. Uno de los atacados por la enfermedad fue el mismo Thomas Grey, a quien el Dr. Escoriaza cuidó durante más de un mes. Conocemos este hecho porque Fernando el Católico especifica en la carta arriba mencionada que éste era

el que atendió al marqués de Dorset cuando cayó enfermo en España (9).

Es, pues, probable que este noble inglés hablase a Enrique VIII en buenos términos del médico que le había devuelto la salud, y que el rey británico solicitase su envío a la corte de Londres, para cumplir así uno de los deseos de su esposa.

Escoriaza llegaría a Inglaterra en agosto o septiembre de 1515, un momento oportuno para la reina Catalina, porque a mediados de este año supo que estaba de nuevo encinta, y esperaba que el hijo naciese a primeros de febrero de 1516.

La impresión inicial que el doctor vasco debió producir en la corte de Enrique VIII parece a todas luces inmejorable. En 20 de octubre, cuando Escoriaza apenas llevaba uno o dos meses en las islas, Enrique escribió desde el palacio de Greenwich una carta a Fernando el Católico, agradeciéndole que hubiera atendido su petición de enviarle un buen físico, y especificando que *el maestro Hernando Lopez es un doctor muy notable*. En la misma misiva le agradece las palabras de afecto que este médico le transmitió de parte del rey aragonés a su llegada a Inglaterra. (10).

Al mes de diciembre de este año corresponde la primera mención de sus honorarios. La tesorería real abona en este momento *al Dr. Fernandus Victoria* su sueldo anual de cien marcos, equivalentes en moneda inglesa de la época a 66 libras, 13 chelines y 4 peniques (11). Se trata de una anualidad completa, a pesar de que sólo había residido en Londres durante la segunda mitad del año.

Aunque la misión específica para la que había acudido a Inglaterra era la de cuidar la salud de la Reina, el doctor Escoriaza aparece citado ya este

año de 1515, junto con el doctor Chambre, como médico de Enrique VIII: *Dos físicos del Rey: el maestro Chambre y el doctor español* (12).

Al parecer, Fernando el Católico había podido al fin hallar *un buen médico, a quien no le disgustara vivir en Inglaterra.*

**1516** — De nuevo se pagan en el mes de marzo a *Vernando de Victoria, Doctor en Medicina*, 33 libras, 6 chelines y 8 peniques; es decir, los honorarios correspondiente a medio año. La otra mitad le sería abonada en el segundo semestre.

El 18 de enero de este año murió en España Fernando el Católico, y la noticia llegó al Palacio de Greenwich poco antes del 18 de febrero, fecha en la que nació el único heredero de Enrique VIII en su matrimonio con Catalina de Aragón: una niña a la que llamaron María, y que posteriormente reinaría conjuntamente en Inglaterra y España con el nombre de María Tudor. Cabe suponer que Escoriaza asistiría a la reina en el alumbramiento, aunque no hay datos que lo confirmen.

Catalina tenía en este momento treinta y un años, y Enrique VIII tan sólo veinticinco.

**1517** — No hay ninguna noticia que ilumine estos meses de la vida del médico vasco. Únicamente el 7 de agosto encontramos una carta de Spinelli al cardenal Wolsey, escrita en la ciudad inglesa de Middleburg, en la que le comunica:

*Hablaré al rey acerca del hijo de Mr. Sandy. Se ha solucionado ya lo referente al médico de la reina. Tanto él como el Archivero Mayor creen que la autoidad de Chièvres continuará como hasta ahora* (13).

A partir de esta fecha, sin embargo, el número de datos que nos proporcionan los documentos va poco a poco aumentando, a pesar de que hay años en los que la información se restringe hasta tal punto que ocasionan más puntos de oscuridad que de luz.

**1518** — En el mes de febrero el tesorero real, conde de Surrey, entrega *al Dr. Fernando de Vitoria*, médico de la reina, 66 libras, 33 *chelines* y 4 *peniques*, pero no en concepto de su anualidad como servidor real, sino *por traer a su esposa desde España a Inglaterra* (14). Es decir, se le asignó el sueldo completo de un año para cubrir los gastos del viaje de su mujer a Londres. Es de suponer que Escoriaza llegase a Vitoria en la segunda mitad de 1517, regresando acompañado de su esposa a la corte británica a finales de dicho año, y cobrando los gastos a principios de 1518.

Tal vez la frase de la carta de Spinelli (*se ha solucionado ya lo referente al médico de la reina*) se refiere a este viaje, o al médico que había de sustituirle durante su ausencia en el servicio de Catalina.

Este año registra también un hecho importante en la vida de Escoriaza y en la historia de la medicina inglesa: la fundación del Colegio de Médicos de Londres, empresa en la que tomó parte activa este alavés.

La profesión médica venía siendo practicada hasta entonces en Inglaterra de modo incontrolado, y eran frecuentes —como en el resto de Europa— los casos no sólo de curanderos, sino de personas sin escrúpulos que se denominaban médicos o físicos, pero que jamás habían estudiado los principios de esta ciencia, que si entonces no estaba demasiado adelantada, servía al menos para diferenciar al entendido del profano. En 1512, tres años antes de que

el nombre del Dr. Vitoria aparezca por primera vez en los documentos británicos, se ordenó que nadie practicara la medicina o la cirugía en la ciudad de Londres o siete millas en torno a ella sin un permiso expreso del obispo, o en su caso del deán de la catedral de San Pablo. Esta licencia sólo podía obtenerse después de haber pasado satisfactoriamente ante un tribunal formado por cuatro doctores reconocidos, presididos por el prelado de Londres o por el deán mencionado (15). Era un claro intento de dignificar la profesión y de eliminar a los que la ejercían sin conocimientos suficientes, y es de creer que el mismo Dr. Escoriaza tuviera que presentarse ante estos jueces al comenzar a ejercer como médico real, siquiera fuese por puro formulismo.

En 1518 los físicos de la capital británica dieron un paso adelante hacia su organización: el reconocimiento de un Colegio de Médicos. En los trámites realizados para la obtención del privilegio real, el nombre del doctor Vitoria o Victoria está entre los primeros.

Los hechos fueron como sigue:

Seis médicos londinenses, tres de los cuales son denominados *físicos del rey* (John Chambre, Thomas Linacre y Fernand de Victoria), presentaron a Enrique VIII la petición concerniente a este Colegio, y el rey con fecha del 23 de septiembre de 1518 autorizó su fundación. Por ella les permitía además adquirir bienes inmuebles y tierras por un importe anual de doce libras esterlinas, al tiempo que prohibía que ninguna persona practicara la medicina en Londres o en un radio de siete millas en torno a la ciudad si no era miembro de este nuevo Colegio.

El documento real especifica que ha sido otorgado *a petición de John Chambre, Thomas Linacre y Fernand de Victoria, físicos del rey, juntamente con los*

físicos Nicholas Halswell, John Francis y Robert Yaxley, y asimismo a petición de Thomas (Wolsey), obispo de York y canciller del reino (16).

Este privilegio fue firmado por Enrique VIII en Westminster, y por el transfería al nuevo Colegio los poderes relativos a la profesión que hasta entonces ostentaban el obispo de Londres y el deán de la catedral de San Pablo.

A pesar de que son siete los nombres que figuran en la carta fundacional (seis de ellos de galenos), sólo los tres primeros mencionados, es decir, Chambre, Linacre y el Dr. Vitoria, son considerados tradicionalmente como cofundadores de esta Institución. Véanse, como muestra, estas dos citas:

*Ferdinandus de Vitoria...*, uno de los tres fundadores del Colegio de Médicos (17).

*Fernandus o Ferdinandus de Victoria...* El doctor Linacre, el doctor Chambre y él fueron los fundadores del Colegio de Médicos de Londres (18).

Estos primeros fundadores se reunían, a falta de un local más apropiado, en la casa del doctor Linacre, situada en el número 5 de la calle Knightrider (19), inmediata a la catedral londinense. Dicho edificio fue posteriormente legado en testamento por el Dr. Linacre al citado Colegio, y en él continuaron las reuniones durante varios decenios (20).

En los estatutos quedó bien precisado que debían elegir anualmente un presidente, así como otros varios cargos, entre ellos el de censor (21).

La razón por la que se confió a estos doctores la dirección de la nueva institución sólo puede ser la de su competencia profesional. Por mucho que nos interese el dato, sin embargo, nada podemos hacer hoy para conocer los auténticos motivos. Ya en 1835 John N. Thomson decía en su *Vida de Thomas Linacre*:



Los tres mencionados (*Chambre, Linacre y de Vitoria*) fueron seleccionados probablemente por ser los físicos londinenses más versados entonces en las artes médicas. Hubiera deseado haber podido determinar los intereses de cada uno de ellos, o los medios con que contribuyeron al ser invitados a compartir las ventajas de la nueva fundación, pero no he logrado obtener ninguna información ni detalle alguno sobre sus vidas o sus actividades (22).

**1519** — El 10 de marzo de este año, estando el rey en Greenwich, la tesorería real pagó al *Dr. Vernando, médico de la reina*, 33 libras, 6 chelines y 8 peniques como salario de medio año (23).

Como puede apreciarse, es más frecuente que se designe a Escoriaza como *médico de la reina*, aunque hay otras muchas ocasiones en que se le denomina *médico del Rey* solamente; e incluso hay ejemplos en que aparece como *médico de Enrique VIII y de la reina consorte* (24).

El pago correspondiente al segundo semestre de este año se hizo efectivo el 11 de junio, estando los monarcas en Windsor. En esta ocasión los recibos de la tesorería le denominan *Dr. Fernando* (25).

Durante toda esta época, al menos desde 1516 a 1520, el *Dr. Vitoria*, como Escoriaza era comunmente conocido en la corte, parece ser el médico más considerado, ya que consta también como el mejor remunerado. El doctor Linacre, por ejemplo, médico oficial del rey, sólo recibió durante estos años cincuenta libras anuales, es decir, dieciséis menos que el médico español (26).

No sabemos hasta qué punto se valió Escoriaza de su situación junto a los monarcas británicos para obtener beneficios económicos o favores de cualquier

otra clase. Más adelante veremos que tanto Enrique VIII como Catalina de Aragón recomiendan continuamente al hijo de su médico. En cuanto a las pequeñas operaciones mercantiles, que sin duda le dejaban pingües beneficios, sólo sabemos que el 30 de abril de 1519 se concedió en el palacio de Westminster una licencia

*a Ferdinand de Victoria, médico del rey y de la reina, para que exporte anualmente, durante todo el tiempo que permanezca al servicio de los monarcas, 500 lienzos de lana de determinada largura. Esta exportación estará sujeta a los usuales impuestos de aduanas (27).*

Teniendo en cuenta que aún había de permanecer en la corte inglesa otros diez años, Escoriaza debió exportar un total de cinco mil lienzos de lana. Pero desconocemos el destino de esta exportación, así como sus precios de venta. No sería de extrañar, sin embargo, que fuesen enviados a los puertos vascos y vendidos después en esta misma zona, ya que era el lugar en que el médico real tenía más familiares y contactos.

El dato es prueba al menos de que utilizó sus influencias para obtener ventajas económicas, aunque no se puede hoy especificar si se trata de un ejemplo aislado, o si se repitió antes y después con otros géneros de comercio.

En este año de 1519, Carlos V fue elegido Emperador. Y Enrique VIII se Inglaterra escribió la *Defensa de los Siete Sacramentos*, contra Lutero, obra por la que el Papa León X le concedió el título de *Defensor de la Fe*.

1520 — De nuevo encontramos este año los mismos honorarios pagados *al doctor Victoria* (28).

No es ésta, sin embargo, la noticia más importante de estos meses, sino el hecho de haber sido reconocido su título de doctor en medicina por la Universidad de Oxford y, consecuentemente, de haber sido admitido en este centro cultural.

En efecto, si revisamos los libros que contienen las listas de graduados y doctores de dicha Universidad, vemos que el 23 de octubre de 1520 le fue concedido *al médico del rey, Fernandus de Vitoria*, el reconocimiento académico que previamente había solicitado (29). Al llegar a este punto las variantes de su nombre se multiplican ligeramente, según se trate de un compilador u otro de estas nóminas de miembros de la Universidad. Así, el registro de la Universidad de Oxford latiniza su nombre: *Fernandus a Vitoria* (30); Joseph Foster nos ofrece la variante *Ferdinandus de Victoria*, manteniendo la preposición castellana *de* (31), y Anthony Wood habla por su parte de *Fernandus o Ferdinandus de Victoria* (18).

Con él fueron incorporados el mismo año a la universidad de Oxford los dominicos Robert Myles y William Arden, ambos doctores en Teología, así como Thomas Wellys, también doctor en la misma ciencia. Al igual que a Escoriaza, se les reconocieron todos sus títulos anteriores (18).

Pero 1520 guardó también para el médico vasco otros acontecimientos de carácter político, algunos de los cuales influirían decisivamente en su vida posterior. En poco menos de un mes conoció a dos de los nuevos reyes de Europa: Carlos V y Francisco I de Francia.

La visita de Carlos V a Inglaterra se realizó a

finales de mayo y duró apenas una semana. El joven monarca, que dejaba tras sí la guerra de las Comunidades en la Península, tenía prisa por ser coronado Emperador de Alemania. El 31 de mayo embarcó de nuevo rumbo a Flandes, después de haber mantenido largas conversaciones con su tía, la reina inglesa, a quien no conocía hasta entonces.

Al día siguiente Enrique VIII y Catalina de Aragón partían hacia Francia con toda su comitiva. Entre los acompañantes de la reina encontramos a *la señora Victoria*. En cuanto a su marido, formaba parte de lo que se denominaba "cámara de la reina": el secretario, el médico y tres servidores más (32).

Las entrevistas entre los reyes ingleses y Francisco I se realizaron en las llanuras de Picardía, no lejos del pueblo de Guisnes, y duraron desde el 7 al 24 de junio: *derroche escandaloso de riqueza de ambos países, e imprudente alarde en competencia de fuerza física entre ambos gallos (Enrique y Francisco), que pudo haber causado un desastre personal, y lo causó político, al querer vencer Enrique a Francisco en una hazaña púgil y el francés dar con él en el suelo* (33).

Desde aquí la comitiva de los monarcas británicos se trasladó a Gravelines, donde nuevamente se entrevistaron con Carlos V el día 10 de julio. Al día siguiente todo el cortejo regresó a Calais, y de aquí a Inglaterra.

**1521 y 1522** — En la primera de estas dos fechas el presidente del Colegio de Médicos, Thomas Linacre, parece haber conseguido la preeminencia facultativa al servicio del monarca, o como George Clark sugiere, *podemos inferir que Linacre se convirtió en el decano de los médicos reales* (34), ya que en una carta que Erasmo le dirige en este año, cambia el estilo del encabezamien-

to: en vez de denominarle, como en ocasiones anteriores, *Medicus Regius*, esta vez comienza con la fórmula *Serenissimi Anglorum Regis Medicus Primarius*, que vale tanto como “protomédico del serenísimo rey de los ingleses” (35).

Por lo demás, este bienio guarda el más absoluto silencio en torno al galeno español, hasta el punto que ni siquiera los libros de cuentas de palacio hacen alusión a él.

Esto me empujó a creer que el Dr. Vitoria habría pasado dos años fuera del país, hasta que la casualidad me llevó al encuentro de dos noticias de similares características, que interrumpen la obscuridad y que —al menos indirectamente— certifican su presencia en las Islas Británicas. La primera de ellas es una breve alusión conservada en uno de los documentos relativos a 1522:

*De la señora Phillips a la señora Victoria, una poma de oro...* (36).

Por esta somera información sabemos que la esposa del médico real permanecía aún en Londres en 1522, a donde había llegado a finales de 1517 o principios de 1518, y que recibió en dicho año un regalo de otra dama de la corte. Pronto la encontraremos de regreso en la capital alavesa.

La segunda cita hace alusión también a un regalo que uno de los secretarios reales ofreció *al doctor físico de la reina*: varias copas doradas con decoraciones de amantes (37).

Con todo, 1522 había ofrecido un hecho político que ocasionaría en el futuro abundante correspondencia con respecto al Dr. Vitoria: la segunda visita de Carlos V a Inglaterra. El 28 de mayo de 1522 el Emperador volvió a pisar tierra británica, esta vez con la

intención de permanecer más tiempo en las islas, a pesar de que quería acudir pronto a España para entrevistarse con Su Santidad Adriano VI, recién electo Papa, que iba entonces camino de la costa mediterránea.

Carlos permaneció más de un mes en Inglaterra, acompañado de Enrique y Catalina, y visitando diversos puntos del sur de la isla: Greenwich, Richmond, Londres, Windsor y Southampton, donde embarcó finalmente rumbo a Santander. En aquel cortejo imperial iba también otro alavés, don Martín de Salinas, que nos ha dejado siete cartas, curiosas y jugosas, describiendo su estancia en la isla de Albión. Su estancia no fue del todo placentera, ya que hay un momento en que cuenta lo mucho que allí había gastado y *el ojo de la cara que aquí hemos despendido*.

Sabemos por cartas posteriores a esta fecha que en una de las conversaciones que aquellos días mantuvieron Catalina y su sobrino Carlos se hizo referencia al doctor Vitoria. Conocedor éste de que el Emperador planeaba una visita a los monarcas británicos, rogó a Catalina que solicitase al Emperador un favor que con seguridad le concedería: que Enrique, el hijo del médico vasco, fuese recibido como paje en la corte imperial. Carlos prometió que admitiría al pequeño, aunque tal vez hubiese alguna dificultad en hacerlo inmediatamente.

Es de suponer que la contestación de Carlos V satisfizo ampliamente las ilusiones del médico de la reina. Ilusiones que, por otra parte, estaban muy lejos de convertirse en realidad.

1523 — A partir de este año comienza a haber numerosos datos que hacen referencia al doctor Escoriaza y a su actividad en la corte de Catalina de Aragón.

Han pasado seis meses desde que el Emperador prometiera a la Reina recibir al pequeño Enrique en el número de sus pajes, pero aún seguía éste en compañía de sus padres. El Dr. Vitoria debió recordar a su paciente la promesa del Emperador, porque el 20 de enero los embajadores imperiales en Londres, Luis de Praet y Bernardo de Mesa, obispo de Badajoz, escribían a Carlos V desde la capital inglesa:

*La reina os ruega que recordéis haberle prometido durante vuestra visita a este reino que recibiríais entre vuestros pajes al hijo del doctor Fernando Vittoria, médico suyo. Como sabéis, el doctor Fernando no sólo es súbdito vuestro, sino que nos ha servido de gran ayuda, aconsejándonos en materias que nos ha sido muy útil conocer (38).*

Comienzan así a manifestarse en este momento las primeras intervenciones del Dr. Vitoria en lo que podríamos llamar “la política de la época”. Más adelante podrá comprobarse que llegó a estar profundamente interesado e inmiscuido en los asuntos palaciegos de la corte de Enrique VIII, y que en repetidas ocasiones intervino en ellos.

No sabemos qué tipo de informaciones o consejos ofreció a los embajadores de Carlos V en Londres, y cualquier sugerencia a este respecto no dejaría de ser mera suposición.

La respuesta del Emperador no se hizo esperar: poco después hallamos una nueva carta de los embajadores mencionados a Carlos, en la que le comunican que ha sido muy del agrado de la reina la pro-

puesta que el Emperador ha sugerido, y le da por ello las gracias, al tiempo que le suplica que sitúe al pequeño Enrique en un puesto digno, cerca de Su Magstad, *puesto que (Catalina) estima mucho a su padre, que es además noble de cuna...*

Comentan también los embajadores en la misma misiva que Fernando Vitoria es un contacto valioso en la corte londinense, y que diariamente se afana en el servicio del Emperador (39).

La estima que Catalina de Aragón sentía por su médico no se debía solamente a la competencia profesional de éste, sino también a otros motivos de carácter práctico: había muchas materias reservadas que la reina no podía tratar abiertamente ante los miembros de su corte, entre ellas todas las relacionadas con España, país con el que ella se sentía indisolublemente ligada; en estos casos, los medios ordinarios de que se servía para hacer llegar un mensaje, unas palabras o una orden a quien deseaba eran su confesor y su médico. Estos dos nombres aseguraron a la reina durante un decenio el secreto de muchos de sus planes y comunicaciones.

El 11 de junio de 1523, por ejemplo, Adrien de Croy escribía a Carlos V desde Greenwich, donde se hallaba Catalina, una carta en francés redactada en los términos siguientes:

*Di las nuevas de su Majestad a la reina, a quien le agradó mucho tener noticias vuestras. Es imposible describir el gran afecto que siente por vos. No pude darle los mensajes que Vuestra Majestad me confió, porque estuvo presente el cardenal Wolsey a lo largo de toda nuestra entrevista, pero me enviará a su médico, por medio del cual le haré llegar vuestros mensajes. Este a su vez dará las respuestas de la reina a Mr. de Praet, que será quien podrá informaros (40).*



(Este es el primero de una larga serie de ejemplos en los que el doctor español interviene como mensajero e intermediario entre Catalina de Aragón y segundas personas).

Siete días después de que se firmara la carta anterior, Luis de Praet escribía una nueva misiva a Carlos V con las contestaciones de Catalina, y le recuerda en esta ocasión el agradecimiento de la reina inglesa por haber atendido su petición con respecto al hijo del Dr. Vitoria. A este propósito añade nuevos datos: al parecer el médico real había vuelto a hablar con la reina sobre el tema, y ésta rogaba ahora que si el Emperador no podía por el momento admitir a Enrique como papé (o en un puesto semejante en honra y dignidad), era mejor esperar un poco hasta que surgiera la oportunidad de proveer para él una situación suficientemente digna. *Con todo*, proseguía de Praet, *a la reina le agrada mucho que pudiérais realizar en seguida los deseos de su médico*. Y a renglón seguido el embajador exploya su propia opinión sobre el tema:

*Me parece a mí que debe hacerse así, si es posible. El doctor goza de todos los favores del rey y la reina, y está además muy bien predispuesto a servir a Vuestra Majestad* (40).

En esta misma fecha de 1523, y correspondiendo a las elecciones anuales de cargos en el Colegio de Médicos de Londres, el doctor Vitoria fue elegido para desempeñar uno de los tres cargos llamados "censores"; fueron sus colegas este año los doctores Chambré y Bentley (41). La tarea de los censores, en palabras de Sir George Clark, era *informarse de todos los que practicaban la medicina en Londres, en los suburbios y en todo el reino, tanto ingleses como ex-*



*tranjeros; observarlos, corregirlos y dirigirlos, y, si preciso fuera, acusarlos ante los tribunales; cuidar de los medicamentos, quemar o destruir los que se hallasen en malas condiciones, e informar al presidente y al Colegio de aquellos boticarios que fuesen recalcitrantes (42).*

Es de notar que los censores del Colegio de Médicos eran oficialmente denominados en los documentos de la época *censores literarum, morum et medicinarum*; como se ve, incluso las buenas o malas costumbres de los profesionales de la medicina caían bajo su jurisdicción.

Por lo que se refiere al trabajo que el cargo de censor pudo acarrear al doctor Vitoria, no debió ser excesivo, dado que es muy poco probable que sus funciones se extendieran más allá de los alrededores de Londres. Y en cuanto a esta ciudad, Sir George Clark calcula que a principios del siglo XVI no habría en ella más de veinte o veinticinco médicos (43).

Con estos datos terminan las noticias que poseemos referentes al año 1523, en el que el rasgo más importante con respecto al Dr. Escoriaza parece ser la alta estima en que le tenían tanto Enrique VIII como su esposa, Catalina de Aragón.

**1524** — Se inicia el año con una carta firmada el 15 de enero, no en Londres o en cualquier otra localidad inglesa, como cabría esperar, sino en Vitoria, la ciudad española de donde el médico real procedía.

Dos embajadores de Enrique VIII, Richard Sampson y Richard Jerningham, habían acudido a España para resolver diversos negocios con el Emperador Carlos V. Permanecieron en Pamplona los últimos días del año 1523, y de allí partieron hacia Vitoria el 1.º de enero de 1524, precediendo en un día a la



El Dr. Escoriaza  
(detalle de la portada)





Doña Victoria de Esquivel, esposa del Dr. Escorriaza  
(detalle de la portada)

comitiva del Emperador. Con él se entrevistaron en la capital alavesa el 5 de enero, el día 10 con el Canciller de Castilla, el 11 con Gaspar Contarini, y de nuevo con el Canciller el día 13.

Terminadas estas entrevistas, Jerningham escribía al día siguiente al cardenal Wolsey dándole cuenta de las negociaciones, y el 15 vuelven ambos embajadores a escribir al mismo purpurado. Al término de esta última carta, que hoy se encuentra en el Departamento de Manuscritos del Museo Británico (44), anotaban:

*Hemos sido muy bien recibidos por la esposa del doctor Vitoria.*

Con la misma fecha escriben Sampson y Jerningham a Enrique VIII, y en esta ocasión son más explícitos con respecto a la mujer del médico real. Dicen en ella:

*Desde nuestra llegada aquí la esposa del doctor Vitoria, médico de su Majestad la Reina, que vive en esta ciudad, nos ha obsequiado no sólo con muy buenos presentes de vino, pan, capones, etc., sino que nos ha presentado también a mucha gente, a sus amigos y familiares, de los que tiene aquí muchos, todos ellos los más importantes de la ciudad. Yo, Richard Jerningham, estoy alojado en su casa, y Richard Sampson se hospeda en otra vivienda que pertenece a uno de sus parientes (45).*

Cálido elogio, como puede apreciarse, de la hospitalidad de esta dama, que bien pudo haber conocido a los dos embajadores británicos durante su estancia en Londres junto a su marido, o que, a pesar de serle desconocidos, se brindó a alojarlos y atenderlos sa-

biendo que venían de la corte donde residía su esposo.

No estuvieron mucho tiempo en la capital alavesa los dos enviados británicos. Sus propias cartas nos indican que el día 18 de enero estaban ya de regreso en Pamplona.

Con fecha del 31 de mayo de 1524 Luis de Praet, el embajador de Carlos V ante la corte londinense, escribe en francés una amplia carta al emperador, y en ella vuelve a mencionar al hijo del Dr. Escoriaza, tema que, al parecer, seguía aún sin resolverse a pesar de las anteriores promesas de Carlos a Catalina.

De Praet comenta en esta ocasión:

*La última vez que vi al rey y la reina me pidieron los dos que os recomendara al hijo de su médico, el doctor Fernando Vittoria, y me rogaron que se diera a este joven (que además es ahijado del rey) algún beneficio de regular valía que le permitiera continuar su educación. Os transmito con agrado esta petición, porque he comprobado que el médico es un hombre valioso y un servidor vuestro muy leal. El rey parece estar interesado en el asunto, y ha encargado posteriormente el cardenal Wolsey que hable de ello conmigo, y ha escrito asimismo al Dr. Sampson sobre el mismo propósito (46).*

El interés de los monarcas ingleses por su médico aparece claramente manifiesto en estas líneas, al igual que la insistencia con que el Dr. Vittoria —es de suponer— les recordaba el tema.

Sólo cuatro días después de que Luis de Praet hubiera redactado las frases anteriores. Wolsey por su parte se comunicaba con Richard Sampson, el embajador de Enrique VIII en España, volviendo a insistir en el mismo asunto:

*Finalmente, su majestad el rey ha escrito varias cartas en las últimas semanas al Emperador: una de ellas en favor del hijo de su médico, Doctor de Victoria, que fue bautizado con el propio nombre del rey; y otra acerca del regreso del hijo de Lord Ferrer, y del hijo de sir Edward Guilford, Richard Coke. Es deseo de su majestad que procuréis con solicitud la solución de estos asuntos, de modo que se dé satisfacción eficaz a las peticiones de los interesados. Westminster, 4 de junio de 1524 (47).*

Sorprende en cierto modo esta insistencia, que a más de uno puede parecer inoportuna. En un período de noventa días hallamos tres nuevas cartas que hacen reiterada mención del tema. La primera de ellas lleva fecha del 16 de agosto, y está de nuevo redactada por Luis de Praet:

*Su majestad debiera también proveer un puesto para el hijo del doctor Vittoria (48).*

A esto contestó por fin Carlos V:

*Decid a la reina Catalina que el hijo de su médico ocupará el primer puesto adecuado que se encuentre disponible (49).*

Esta respuesta a las continuas insinuaciones de los monarcas ingleses está firmada en Valladolid el 20 de septiembre, y la impresión que de ella se obtiene es que el Emperador intentaba ofrecer una explicación al retraso en el cumplimiento de su promesa inicial. Dos meses más tarde, sin embargo, no se había podido encontrar aún nada apropiado para el caso, porque de Praet torna insistentemente a recordarle a Carlos V el 15 de noviembre:

*Espero que su majestad satisfaga las peticiones de la reina en favor de su confesor y de su médico; este último, en particular, es un hombre valioso y discreto que puede prestar grandes servicios a su majestad, como en verdad los ha venido prestando hasta ahora. (50).*

Si repasamos brevemente las cartas en que se juzga la personalidad de este médico, se aprecia al momento que las opiniones sobre su persona son inmejorables. Véanse las que hasta aquí se han mencionado:

*Nos ha servido de gran ayuda, aconsejándonos en materias que nos ha sido muy conveniente conocer.*

*(La reina) estima mucho a su padre, que además es noble de cuna.*

*El doctor goza de todos los favores del rey y la reina, y está muy bien dispuesto a servir a vuestra majestad.*

*Es un hombre valioso y un servidor muy leal.*

*Es un hombre valioso y discreto, que puede prestar grandes servicios a su majestad, como en verdad los ha venido prestando hasta ahora.*

De Praet debía conocer bien al galeno vasco, que, como veremos más adelante, no defraudó en ningún momento sus esperanzas, ni la buena consideración en que se le tenía.

El 20 de noviembre de este año murió uno de los tres cofundadores del Colegio londinense de Médicos, el doctor Thomas Linacre, presidente de esta institución hasta su muerte, y amigo del Dr. Vitoria. El cortejo fúnebre le acompañó hasta su tumba en la catedral de San Pablo. Luis Vives escribía a Erasmo



desde Londres a mediados de noviembre, y se hacía eco de la pérdida que su desaparición significaba para la medicina:

*Ha muerto el doctor Linacre, y una gran tristeza domina a todos sus amigos médicos (51).*

**1525 y 1526** — A pesar de la relativa abundancia de datos durante los años anteriores, este bienio constituye de nuevo un misterio en la vida del Dr. Vitoria. Los documentos británicos de la época no proporcionan noticia alguna que se refiera directa o indirectamente a él o a sus actividades. No podemos averiguar por ellos si continuó en su puesto, o si realizó algún viaje que le mantuviera alejado de la corte inglesa.

Sólo contamos para cubrir este período de veinticuatro meses con un párrafo mínimo en extensión y en importancia, que no soluciona ningún problema y que contribuye, en cambio, a crear nuevos interrogantes. El 8 de julio de 1525 tres enviados británicos (Richard Wingfield, Sampson y Tunstal) escribían al cardenal Wolsey desde Toledo:

*En el momento oportuno entregaremos las cartas del rey (Enrique VIII) al Emperador, a Nassau y al Canciller, en favor del médico de la reina (52).*

¿Es éste el mismo asunto que se había tratado en 1523 y 1524, es decir, la admisión del hijo del Dr. Escoriaza entre los pajes de Carlos V? ¿A qué favor concreto se hace referencia? ¿Cuál es el papel desempeñado por Nassau y por el Canciller de Castilla? ¿Se trata del mismo médico de la reina, o de un sustituto que cumplió su ausencia, si es que hubo alguna?

Estas y varias preguntas más que el lector puede

hacerse arrojan, como puede apreciarse, más oscuridad que luz sobre la vida del doctor alavés. Tal vez algún día encuentren respuesta satisfactoria.

Catalina de Aragón no pasó estos meses privada de médicos, y fuese el Dr. Vitoria o fuese otro cualquiera, *el médico y el boticario de la reina* son citados en enero de 1526 al elaborarse una lista de los acompañantes y criados de los monarcas británicos (53). Fueron éstos malos años para la reina inglesa, al menos desde el punto de vista médico. Uno de sus biógrafos, Francesca Claremont, asegura: *Catalina estuvo enferma prácticamente todo el tiempo entre 1523 y 1526, ambos inclusive. Su salud era delicada y sus ánimos estuvieron decaídos durante los cuatro años. Envejeció a ojos vistas, y parecía mayor de lo que en realidad era. Estuvo, de hecho, más que delicada. Se decía que su salud se hallaba en un estado muy precario, y los doctores no estaban seguros de que viviese aún largo tiempo* (54).

Fueron éstos, sin embargo, años fecundos para la vida intelectual de la corte londinense, animada en muchas ocasiones por los propios monarcas, y en especial por la reina. En la primavera de 1523 llegó a Inglaterra Luis Vives, y durante varios meses enseñó en el colegio Corpus Christi de Oxford. Erasmo estuvo también varias veces en las islas, y allí escribió en 1509 el *Elogio de la Locura*. Intermitentemente le encontramos junto a los reyes ingleses en 1514, 1515, 1516 y 1517.

En 1526 llega a Londres para permanecer allí dos años una de las figuras artísticas más importantes del momento europeo, Hans Holbein.

Con todos ellos cruzó sus pasos seguramente en los pasillos del palacio el Dr. Vitoria, que puso también su grano de arena en aquellos primeros momentos del renacimiento cultural inglés. Esta es la opi-

nión de Garret Mattingly (55) y de Salvador de Madariaga. A este respecto comenta el último autor:

*La reina ha traído a Inglaterra la afición a las humanidades que heredó de su madre y aprendió de los mejores maestros españoles. En Westminster y Richmond se rodeó de los mejores humanistas ingleses... Tanto Catalina como Enrique admiraron a Erasmo (que parece haber estimado más la cultura de la reina que la del rey), y en su corte se reunieron los humanistas más destacados de Inglaterra y algunos de los mejores de fuera. El médico inglés Linacre escribió una gramática latina para la hija de Catalina, que sirvió de libro de texto todo un siglo. Fernando Vitoria, médico de la reina, era de este círculo; y a él perteneció Juan Luis Vives, que Catalina trajo a Inglaterra.*

**1527** — Después de estos años prácticamente estériles y vacíos de toda información detallada, el hilo de los acontecimientos vuelve a reanudarse con fuerza, hasta el punto de que 1527 es uno de los años más prolíficos en noticias referentes al Dr. Escoriaza.

El tono general de estos datos comienza, no obstante, a variar ligeramente a medida que transcurren los meses, de acuerdo con los acontecimientos que en aquellos precisos momentos se estaban precipitando en la corte británica. Estos pertenecen hoy a la historia general de Europa y de la Iglesia en sus últimos cinco siglos, y son universalmente conocidos, aun a nivel escolar, por lo que no es preciso detallarlos aquí. Baste exponerlos en breves palabras, más con intención de situar la actividad del doctor Vitoria en el contexto histórico de su época que con

la pretensión de informar al lector de hechos que ya conoce.

Ya en 1514 se habían corrido los primeros rumores de un posible divorcio entre Enrique y Catalina, puesto que el rey no lograba descendencia de su esposa. Pero los rumores no trascendieron en esta ocasión, aunque es probable que la idea siguiera incubándose en los planes del monarca, cuya conducta se iba apartando poco a poco de lo que entonces se entendía por un esposo ejemplar. Un biógrafo suyo puede asegurar que ya en 1524 *se estaba comportando como un perfecto libertino*. Al año siguiente hizo duque de Richmond a su hijo natural, Enrique Fitzroy, y le dio preferencia sobre la misma princesa María.

Parece hoy seguro que en 1526 Enrique inició los primeros pasos para conseguir la invalidación de su matrimonio con Catalina. Pero en esta ocasión había una razón más poderosa que su descendencia masculina: el rey se había enamorado de Ana Bolena. La correspondencia inglesa de la época está llena de alusiones veladas o abiertas a sus relaciones con Ana, y a los continuos rumores que sobre sus relaciones y sobre una posible separación de Catalina corrían por toda la corte.

A comienzos de 1527 el rey se negaba a hacer vida matrimonial, e incluso a acompañar a Catalina, defendiéndose tras el precepto bíblico que prohíbe a un hombre convivir con la mujer de su hermano (Catalina había sido primeramente esposa de Arturo, hermano mayor de Enrique VIII, pero parece seguro que este matrimonio no llegó a consumarse, dada la corta edad de ambos).

Catalina de Aragón se vio así apartada de toda la vida oficial de la corte. Sus relaciones con el monarca se limitaron a lo estrictamente protocolario.

Tal era su situación que uno de sus más recientes biógrafos, Garrett Mattingly, escribe:

*...A principios de 1527 la reina estaba virtualmente prisionera de Wolsey en su propio palacio (56).*

Es precisamente en este momento cuando la intervención del Dr. Escoriaza al servicio de Catalina va a ser más importante y delicada. El mismo autor mencionado sugiere los hechos que van a sucederse a continuación cuando señala:

*Pero la reina no carecía enteramente de recursos: su confesor y su médico, ambos españoles, a quienes no se les podía impedir que visitasen al nuevo embajador español, don Iñigo de Mendoza (57).*

En efecto, aislada por la "política matrimonial" de su esposo y por la complicidad de muchos de sus cortesanos, entre los que se encontraba también el elemento religioso (como en el caso del cardenal Wolsey), Catalina va a utilizar durante varios años a sus hombres de confianza para comunicarse con el Emperador e incluso con el Papa.

En marzo de este año Catalina decidió enviar por separado dos mensajeros a su sobrino Carlos V, para que le informaran de las pretensiones del monarca inglés, y escogió para esta misión a Francisco Felipe y al Dr. Escoriaza. Don Iñigo de Mendoza conoció los detalles de este viaje probablemente a través del mismo médico real, y así se lo comunicaba al Emperador con fecha del 18 de marzo de 1527:

*El doctor Vitoria, médico de la reina, partirá en breve para España. Le conozco por experiencia, y*

*sé que está bien dispuesto hacia Vuestra Majestad. Le diré, en consecuencia, algunas cosas para que informe a Vuestra Majestad (58).*

Añade Mendoza que recomienda al doctor alavés como hombre merecedor de toda confianza. La carta, como otras muchas de aquella época, está escrita en clave.

Un mes más tarde se esperaba ya con impaciencia en España la llegada del médico de Catalina. Con fecha del 12 de abril el cardenal Granvela escribía a Carlos V:

*Del phisico de Victoria quando viniere, que su Magestad terná el acuerdo qual conviene a sus servicios (59).*

Pero tanto el viaje de Francisco Felipe como el del Dr. Escoriaza se fueron retrasando. Tal vez Catalina quería estar segura de las verdaderas intenciones de su esposo. Cuando éste, sin embargo, informó a la reina el 22 de junio de 1527 que su conciencia no le permitía seguir viviendo con ella, y que por lo tanto debían separarse, todas las dudas se disiparon, y Catalina procedió a informar al Emperador.

No conozco la fecha exacta de la llegada a España de los dos mensajeros, pero por las noticias que una carta de Carlos V nos proporciona, fue a finales de julio o principios de agosto de 1527. De los dos emisarios, el primero en llegar fue Francisco Felipe, que hizo el viaje por mar. El doctor Vitoria se entrevistó pocos días después con el Emperador, *en una larga conversación sobre el tema.*

Con las informaciones que uno y otro le proporcionaron, Carlos V pudo crearse una idea adecuada

de lo que intentaba el monarca británico y de los difíciles momentos que atravesaba Catalina de Aragón. El 27 de agosto le escribió desde Palencia la primera carta sobre el tema, carta que llevó a Inglaterra el propio Felipe. Le informaba en ella que la misiva que la reina confiara a éste había llegado a sus manos sin novedad, y que había entendido perfectamente los detalles orales que Felipe le transmitiera con respecto al divorcio, así como las razones por las que le enviaba aquellos mensajeros. Y añadía:

*Llegó después vuestro propio médico, con quien tuve una larga conversación sobre el tema. Bien podéis imaginar el dolor que estas noticias me han causado (60).*

La marcha a España de los cortesanos de Catalina no había pasado desapercibida en Inglaterra y, aunque se desconocía la naturaleza exacta de su misión, el cardenal Wolsey intuyó que se trataba de informar a Carlos V de los nuevos sucesos que agitaban la corte londinense. Pocos días antes de la carta arriba mencionada, Wolsey escribe a los embajadores británicos en España para que estuviesen alertas y sobre aviso ante la llegada de Escoriaza y de Francisco Felipe, y para que procuraran enterarse de la naturaleza de su misión:

*Ha nacido en Inglaterra el rumor de que se están realizando los trámites necesarios para un divorcio entre el rey y la reina, rumor que no tiene fundamento alguno...*

*Es posible que la reina haya enviado comunicación de este asunto al Emperador. Han de descubrir si ha sucedido algo de esta índole, puesto que después de que el rumor comenzó a extenderse, partió*

*para España su médico, el doctor Fernando, y poco después Francisco Felipe. Comoquiera que el rumor es enteramente falso, sentiría que el Emperador le diera crédito...*

*Vigilen, pues, al doctor Fernando y a Francisco Felipe (61).*

La carta es tan reveladora que no precisa comentarios. Muestra abiertamente que este paso dado a favor de la reina va a ser importante para el doctor Vitoria, porque le apartará de Enrique VIII, que en adelante desconfiará de él como galeno. El médico real era en muchos aspectos el confidente de los monarcas, y desde el momento en que un problema tan serio como el divorcio los separaba, el médico español no podía seguir recibiendo las mutuas confianzas de ambos cónyuges. Tal vez se vio precisado a elegir entre uno y otro, y la elección se decidió por Catalina de Aragón. No conocemos sus motivos, pero la gama es amplia: desde las afinidades nacionales hasta la conciencia en Escoriaza de la rectitud que acompañaba a la causa de Catalina; sin dejar de lado la lengua común hablada por ambos.

Carecemos de datos que hagan referencia a la actividad del Dr. Vitoria durante la segunda parte del año 1527, aunque es de suponer que después de cumplida su misión junto al Emperador, pasaría cierto tiempo en la capital alavesa junto a su mujer y su familia.

**1528** — El año transcurre sin datos. Sólo en el mes de noviembre hallamos una carta firmada el día 8 por fray Ambrosio de la Serna en París, y dirigida "*al médico de la reina*". En ella le informa confidencialmente de las varias reuniones



que los teólogos de la Sorbona celebraban aquellos días para considerar el caso del divorcio de Enrique VIII.

A pesar de la escasez de noticias, el año debió ser atareado para Escoriaza, porque la reina le convirtió en su primer confidente, a través del cual se relacionaba con el mundo exterior. Una prueba concreta de este hecho lo tenemos en el testimonio de uno de los siervos de Catalina, Anthony Roke, quien once años más tarde firmaría una declaración que comenzaba:

*Por lo que concierne a mi conocimiento de los asuntos relacionados con la princesa Catalina en el tiempo en que aún se la consideraba reina, al comienzo del gran conflicto entre el rey y ella, declaro que varias veces ayudé a cerrar y sellar cartas suyas al Emperador y al Papa, cartas que eran despachadas por el doctor Fernando, su médico, el cual las escribía en español, y a continuación se las remitía al embajador del Emperador que entonces se hallaba aquí (62).*

A finales de año llegó también a Londres el legado papal, cardenal Campeggio, para intentar un arreglo entre los monarcas, o una solución legal al conflicto; pero su tribunal no inició las sesiones hasta el último día de mayo de 1529, sin que consiguiera resultado positivo, y la causa fue de nuevo revocada a Roma por el Papa.

**1529** — El silencio del año anterior continúa hasta el mes de septiembre de 1529, pero las noticias que hallamos a partir de este momento cubren con holgura la actividad de Escoriaza en estos meses.

En septiembre llegó a Londres el nuevo embajador de Carlos V, Eustace de Chapuys, quien va a ponerse en contacto desde el primer momento con el médico de la reina. En la corte se le aconsejó que viera primero a Enrique VIII, y así lo hizo.

Catalina, al conocer la llegada del nuevo embajador, *le envió un mensaje por medio de su médico, Fernando de Victoria, en el que le comunicaba lo mucho que su venida le agradaba y confortaba* (63).

Chapuys se entrevistó con la reina, pero a ninguno de los dos les fue de utilidad aquella conversación, ni Catalina pudo informarle de cómo se hallaba la situación del divorcio: la entrevista, como otras muchas, se realizó en público y ante la presencia del cardenal Wolsey, que todo lo vigilaba. Logró decirle, sin embargo, tal vez a través de medias palabras, *que le enviaría a su propio médico, un hombre en el que se puede confiar sin cuidado, y a través de él me mantendría al corriente de los asuntos* (64).

La escena siguiente muestra hasta qué punto el Dr. Escoriaza estaba interesado en el servicio de la reina y el riesgo que a veces corría. Chapuys continúa los párrafos anteriores con esta página de picaresca:

*Cumplió la reina su promesa y me envió a su médico, al que encontré cuando ya salía de mi alojamiento. Rodeado como yo estaba en este momento por oficiales del rey, que me acompañaban y escoltaban por las calles de la capital, es un misterio que no acierto a comprender cómo dicho médico se atrevió a hacerme por el camino un resumen de todo lo que hasta entonces había ocurrido con el divorcio, su origen, sus causas, etc.*

Un autor contemporáneo se admira también de la osadía del doctor vasco en aquella circunstancia:

*El informe que el médico de la reina, doctor Fernando de Victoria, logró darle acerca de la situación de Catalina y de sus puntos de vista, un informe que atrevidamente le comunicó en rápido español en medio de varios oficiales ingleses que por mucho que sospecharan nada podían entender... (65).*

Otro día del mismo mes de septiembre en que médico y embajador se reunieron de nuevo en casa de este último por idénticos motivos, cuenta Chapuys que, *después de comunicarme el mensaje que traía, el médico, Victoria, salió de allí lo más tarde que pudo, y aprovechando la noche, para evitar que se le viera (66).*

Como Chapuys no podía comunicarse directamente con Catalina, todas sus relaciones tenían por fuerza que realizarse a través del Dr. Vitoria, en medio del mayor sigilo. El papel primordial que el médico desempeñaba en estos críticos momentos se aprecia perfectamente al leer lo que el propio Chapuys escribía a Carlos V:

*Envié uno de mis hombres a su médico, quien me replicó en nombre de la reina: que de ningún modo escribiera, o mandara un emisario, al Emperador antes de que ella se comunicara conmigo, cosa que haría lo antes posible por medio de su médico (67).*

En el mismo informe, uno de los más largos que el embajador Chapuys enviara a Carlos V, se da relación de nuevas mediaciones del Dr. Vitoria:

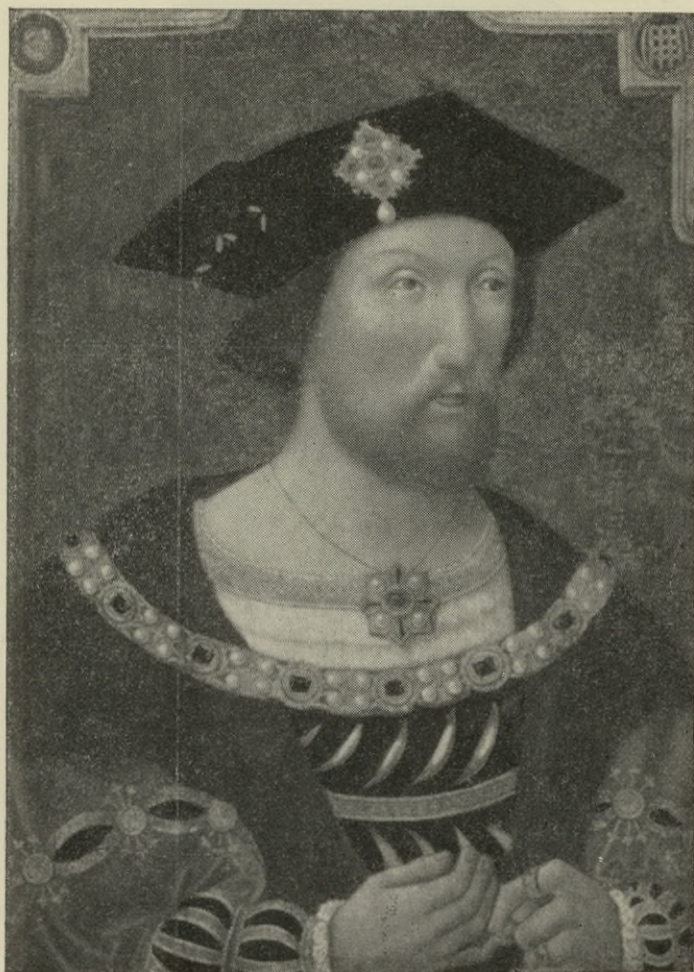
*Ayer, 20 de septiembre, la reina me envió a su médico para pedirme que despachara inmediatamente un correo a Vuestra Majestad para informarle de la reunión de Campeggio, Wolsey y el rey, así como de todo lo demás que he visto u oído desde que desembarqué en Inglaterra..., pero cuando le dije al médico las disposiciones que se habían tomado tanto en Brujas como en Dunquerque, regresó al momento a las habitaciones de la reina para comunicarle este nuevo hecho, y para que así pudiera contestar adecuadamente, en caso de que el rey le hiciera alguna pregunta.*

*El correo que llevará esta carta a Vuestra Majestad no saldrá hasta que el médico regrese, que no creo sea antes de dos días, según él mismo me dijo (68).*

Mientras tanto, los acontecimientos se estaban sucediendo con rapidez en la corte británica. Enrique VIII, airado por la ineficacia que en este asunto mostraba el cardenal Wolsey, quien nada había resuelto en tres años, le destituyó en octubre de 1529 de su puesto de canciller del reino, y el 26 de este mismo mes nombró en su lugar a Tomás Moro. Poco más tarde, Wolsey sería acusado de traición y despojado de todos sus privilegios. Tal vez su pronta muerte le libró de un destino semejante al de Tomás Moro o el obispo Tomás Fisher, muertos ambos decapitados.

Con fecha del 6 de diciembre de 1529, Eustace Chapuys vuelve a comunicarse con Carlos V, ofreciendo una más de las numerosas intervenciones del físico real:

*Al día siguiente me envió una carta por mediación de su médico, Fernando Victoria, explicándome*



Enrique VIII en 1520



El Cardenal Wolsey

*la conducta que el rey observaba con ella..., y rogándome que comunicara su desgraciada situación a Vuestra Majestad (69).*

El año termina con una misiva del mismo embajador al Emperador, escrita, lo mismo que las anteriores, en francés, pero que en este caso es doblemente valiosa, ya que transcribe una carta redactada en español por el propio Escoriaza, y en la que, aparte de las argucias y mañas que se veían precisados a utilizar, podemos observar la lengua y el estilo del médico alavés. La carta de Chapuys lleva fecha del 31 de diciembre de 1529:

*Recibí el día de los Santos Inocentes una carta sin firma ni dirección, siendo evidente que se han tomado estas precauciones para evitar que se descubra a su autor. Está en español, y me la entregó Victoria, el médico de la reina. Entre otras cosas de menor importancia, dice lo que voy a transcribir al pie de la letra:*

*"Señor:*

*"Anoche fingio ser enfermo un cauallero desta casa y me llamo y luego que gabló de su enfermedad me tomo juramento para que no descubriese quien era el que lo dixo las pallabras siguientes, deziendo me que por el amor que tenia á la Christiandad y al Emperador me las dezia para que veniesen a noticia del Emperador. Y pues V. M. es taua aca las podria escreuir para donde él esta. Dixome como el rey de Francia a escrito á este Serenissimo rey y procurado por el embaxador que aca esta, y este rey se ha concertado con el para reuover toda la Alemaña contra el Emperador dan doles dinero y favor para que no obedescen al Emperador y para elegir otro, deziendoles como el Em-*

*"perador esta agora en las Italias, y favorece al  
"Papa, y esta confederado con el, y que le ha pro-  
"mettido de guardarle y defenderle en el estado en  
"que era y esta: Dice se ha hecho de buena voluntad  
"de parte deste rey, deziendo que assi quiere el hazer,  
"y el que lo inuento es el rey de Francia. Mas me  
"dixo que se temia á la postre se harian Lutheranos,  
"y tambien este casamiento sin obediencia del Papa".*

*Añade el médico de la reina en su carta que este  
confidente le aseguró que todo lo que le decía era  
tan cierto como el Evangelio de San Juan (70).*

Así termina 1529, un año que, especialmente en sus meses finales, estuvo lleno de incidentes y trabajo para el doctor Escoriaza. Los mensajes secretos, los informes en lengua española, las visitas a horas intempestivas, y toda una atmósfera con visos de complot político debieron hacer tensos y llenos de temores y preocupaciones estos meses, porque sabía perfectamente que en cualquier momento podría ser detenido, juzgado y encarcelado, como le había ocurrido al médico del cardenal Wolsey.

El Dr. Escoriaza, de esto no hay la menor duda, tomó el partido de la reina sabiendo lo mucho que arriesgaba, y consciente de los peligros que su conducta le creaba, al contradecir la voluntad de Enrique VIII. Quizás por este servicio tan leal y continuado hacia Catalina de Aragón, Carlos V le nombró poco tiempo después protomédico suyo.

Pero no conviene adelantarse a los acontecimientos.

**1530** — Con la llegada de este año la obscuridad torna a cubrir las actividades profesionales y políticas de Fernando Vitoria. Pasan los meses sin que ni Chapuys ni ningún otro diplo-



mático, cronista o escritor haga la menor referencia a él.

Sólo el mencionado Eustace Chapuys hace unas breves alusiones al Dr. Escoriaza en dos cartas escritas el 4 y 5 de septiembre, y dirigidas la primera de ellas a Margarita de los Países Bajos, y la segunda al propio Carlos V. Los textos de ambas son similares:

*La reina ha tenido mucha fiebre últimamente durante dos o tres días, pero se le aplicaron sangrías y purgantes, y pronto se le pasó; ahora está ya bastante bien (71).*

*La reina ha tenido fiebre alta durante los dos o tres últimos días, según me comunica su médico, pero, gracias a Dios, ahora se encuentra bien (72).*

Ninguna alusión más.

A finales de año el Dr. Vitoria dejó Inglaterra para siempre y pasó al servicio de Carlos V. Tal vez el ambiente se había enrarecido demasiado en la corte inglesa, o sus movimientos a favor de la reina habían quedado manifiestos, y ésta le aconsejó que era más prudente alejarse de los peligros que se cernían sobre él. No lo sabemos.

El cambio directo de corte a corte nos lo confirma en 1539 Anthony Roke, el criado ya citado de Catalina de Aragón, quien asegura en su testimonio:

*Después de que Fernando partiera al servicio del Emperador, el doctor Miguel de la Sa atendió a su majestad la reina hasta el día de su fallecimiento (73).*

Pero lo cierto es que esta súbita desaparición de la escena británica de un personaje que había actuado en ella durante quince años ha dejado confundi-

dos a los historiadores ingleses, que, además de confesar su ignorancia general sobre este médico, cuando llega el año 1529 ó 1530 no encuentran más solución que asegurar tranquilamente que murió. Es una forma de terminar con los problemas.

Véase, por ejemplo, lo que dice William Munk:

*Pocas noticias de este médico han llegado hasta nosotros. Debíó morir a principios de 1529, porque el 16 de abril de este año el doctor Thomas Fincke ocupó su lugar en el Colegio de Médicos de Londres (74).*

O esta otra opinión mucho más moderna de Sir Arthur S. MacNalty, quien escribía en 1952:

*Estuvo muy implicado en las actividades diplomáticas a favor de la reina mientras duraron los trámites del divorcio. Murió a comienzos de 1529 (2).*

Ambos autores no están en lo cierto. El Dr. Victoria no murió en esa fecha, sino que comenzó a atender la salud de Carlos V, siendo conocido a partir de ese momento por su auténtico apellido: Dr. Escoriaza.

**1531** — Ya el 29 de enero de este año escribe el Dr. Escoriaza desde Bruselas a la Emperatriz, en una carta que aún se conserva manuscrita:

*Muy alta y muy poderosa señora:*

*Aunque benavides sea mensajero de casa y tan avisado como sabe Vra. Mt. que sabra contar las cosas que aca pasan mejor que nadie escrevir las. por hazer lo que V. Mt. me tiene mandado siempre le*

*escrevire de la salud del Emperador Nuestro Señor a quien dios guarde. como Vra. Alteza desea, y a sus siervos y vassallos y toda la Cristiana Religion conviene. gracias sean dadas a dios yo nunca le vy mas sano y recyo ni tan gentil hombre como agora esta especialmente con el alegria que ha rescebido en se ver en estas tierras que son los aires de su naturaleza adonde Su Magestad fue nascido y con la conversacion de aquellos Señores y gente con quien fue criado, pero con todo esto tiene mas gana que todos lo que aca estan de yr a su casa. Confio en dios lo encaminara como V. M. desea.*

*Las cosas porque yo escrevi no deue V. M. mandar que se enbien aunque Su Magt. me dize que ha escrito que no las traya porque todos ge las toman, porque en verdad de ninguna cosa come tanto a las noches, (que por aver comido mucho y tarde no quiere cenar) como de la mermellada que V. M. mando proveer y los mas dias que va al campo manda que le lleven diacitron o de las costras de las cidras secas. La pomada no ay necesidad de la enbiar porque en esta villa de bruselas hemos hallado camuesas y harto buenas, y el çumo dellas es principal parte que entra en ello, y en toda Alemania no las pudimos hallar. Y porque benavides y las imagenes que lleva sacadas de lo natural diran a V. Mt. todo lo de aca a el y a ellas me remito. Guarde Nuestro Señor dios largos tiempos goçando del emperador nuestro Señor con mucha alegria y prosperidad a V. Mt. de bruselas a 29 de henero = humilde siervo de V. Mt. sus pies Reales besa: el doctor escoriaça (75).*

Una nueva prueba de la identidad entre el Dr. Escoriaza y el Dr. Vitoria la encontramos el 24 de junio de este año, cuando Chapuys escribe a Car-

los V desde Londres acerca de los posibles testigos que podrían testimoniar a favor de la reina. Dice en ella:

*Tal vez haya en Flandes algunos mercaderes ingleses que deseen prestar testimonio, pero la reina sólo conoce allí al doctor Escoriaza y al señor Brissillia; si estos dos fuesen interrogados, podrían declarar haber oído decir a Enrique VIII y a otros que el matrimonio de la reina con el príncipe Arturo no llegó a consumarse (76).*

Así terminan las relaciones de Fernando López de Escoriaza con la corte británica. Quince años de su vida, los mismos que el cardenal Wolsey desempeñara el cargo de Canciller del reino, se consumieron en Londres y sus alrededores al servicio de los monarcas ingleses, muy en especial de la reina, Catalina de Aragón.

El resto de su vida lo pasaría al servicio de Carlos V. Rico y famoso, el doctor Fernando se edificó en lo más alto de su ciudad natal un palacio plateresco de rica portada, en el que trabajaron los mejores artistas de la época. No sabemos si alguna vez contempló desde sus ventanas la llanada alavesa que se extendía a sus pies, y sus recuerdos vieron en ella el más fiel reflejo de las verdes campiñas inglesas.

## NOTAS

(1) *A History of the Royal College of Physicians of London*, Clarendon Press, Oxford, 1964, volumen 1, pág. 65.

(2) *Henry VIII, A Difficult Patient*, Christopher Johnson, Londres, 1952, pág. 143.

- (7) *Calendar of State Papers, Spain*, volumen II, Londres, 1862, pág. 246.
- (4) *Dictionary of National Biography*, vol. XXXIV, Londres, 1893, pág. 132.
- (5) Editada en Madrid en 1874.
- (6) Manuscrito en el Museo Británico, EG. 616, folio 17.
- (7) *Calendar of State Papers. Spain*, volumen II, Londres, 1866, pág. 144.
- (8) *Letters and Papers (Henry VIII)*, volumen II, parte I, Londres, 1864, pág. 194.
- (9) *Idem*, pág. 196.
- (10) *Calendar of Letters (Henry VIII)*, volumen II (1509-1525), Londres, 1866, pág. 271.
- (11) *Letters and Papers (Henry VIII)*, volumen II, parte II, Londres, 1864, pág. 1469.
- (12) *Manuscripts of His Grace the Duke of Rutland*, Londres, 1888, volumen I, pág. 21.
- (13) *Letters and Papers (Henry VIII)*, volumen II, parte II, Londres, 1864, pág. 1470.
- (14) *Idem*, pág. 1477.
- (15) Sir Walter Besant: *London in the Time of the Tudors*, Londres, Adam & Charles Black, 1904, pág. 30.
- (16) *Letters and Papers (Henry VIII)*, volumen I, parte II, Londres, 1846, pág. 1367.
- (17) Joseph Foster: *Alumni Oxonienses, The Members of the University of Oxford (1500-1714)*, volumen IV, Parker and Co., Oxford, 1892, pág. 1545.
- (18) Anthony Wood: *Fasti Oxonienses, or Annals of the University of Oxford*, Londres, 1815, pág. 52.
- (19) Henry B. Wheatley: *London Past and Present*, volumen III, Londres, 1891, pág. 82.
- (20) *Idem*, pág. 350.
- (21) Sir Walter Besant: *London in the Time of the Tudors*, Londres, Adam & Charles Black, 1904, pág. 30.
- (22) Londres, 1835, pág. 279.
- (23) *Letters and Papers (Henry VIII)*, volumen III, parte I, Londres, 1867, pág. 1.534.
- (24) Ver nota (18).
- (25) *Letters and Papers (Henry VIII)*, volumen III, parte I, Londres, 1867, pág. 1536.
- (26) Sir George Clark: *A History of the Royal College of Physicians of London*, Clarendon Press, Oxford, 1964, volumen I, pág. 49.

(27) *Letters and Papers (Henry VIII)*, volumen III, parte I, Londres, 1867, pág. 70.

(28) *Idem*, pág. 409.

(29) William Munk: *The Roll of the Royal College of London*, volumen I, Londres, 1861, pág. 14.

(30) *Register of the University of Oxford*, editado por C. W. Boase, Oxford Historical Society, volumen I, 1885, pág. 114.

(31) *Alumni Oxonienses: The Members of the University of Oxford (1500-1714)*, volumen IV, Parker and Co., Oxford, 1892, pág. 1.545.

(32) *Letters and Papers (Henry VIII)*, volumen III, parte I, Londres, 1867, pág. 245.

(33) Salvador de Madariaga: *Mujeres españolas*, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1972, pág. 132.

(34) *A History of the Royal College of Physicians of London*, Clarendon Press, Oxford, 1964, vol. I, pág. 50.

(35) *Idem*, pág. 51.

(36) *Letters and Papers (Henry VIII)*, Addenda, volumen I, parte I, Londres, 1929, pág. 116.

(37) *Idem*, pág. 114.

(38) *Further Supplement to Letters, Despatches, etc. Spain (1513-1542)*, Londres, 1940, pág. 185.

(39) *Idem*, pág. 234.

(40) *Idem*, págs. 247 y 252.

(41) Sir George Clark: *A History of the Royal College of Physicians of London*, Clarendon Press, Oxford, 1964, volumen I, pág. 79.

(42) *Idem*, pág. 92.

(43) *Idem*, pág. 15.

(44) Vesp. c. II, folio 260.

(45) También manuscrito. Signatura: Vesp. c. II, folio 269 v.

(46) *Further Supplement to Letters, Despatches, etc. Spain (1513-1542)*, Londres, 1940, págs. 358 y 359.

(47) *State Papers (Henry VIII)*, volumen IV, parte V, Londres, 1849, pág. 311.

(48) *Further Supplement, etc.*, Londres, 1940, pág. 375.

(49) *Idem*, pág. 387.

(50) *Idem*, pág. 411.

(51) *Letters and Papers (Henry VIII)*, volumen IV, parte I, Londres, 1870, pág. 371.

(52) *Idem*, pág. 517.

(53) *Idem*, pág. 865.

(54) Francesca Claremont: *Catherine of Aragon*, Londres, Robert Hale, Ltd., 1939, pág. 172.

(55) Salvador de Madariaga: *Mujeres españolas*, España-Calpe, S. A., Madrid, 1972, pág.

(56) *Catherine of Aragon*, Londres, Jonathan Cape, 1942, pág. 176.

(57) *Idem*.

(58) *Calendar of Letters, Despatches, etc. (Spain)*, volumen III, parte II, Londres, 1877, pág. 125.

(59) *Idem*, pág. 146, nota.

(60) *Idem*, pág. 345.

(61) *Idem*, volumen IV, parte II, Londres, 1872, páginas 1.507 y 1.508.

(62) *Letters and Papers (Henry VIII)*, volumen XIV, parte I, Londres, 1894, pág. 71.

(63) *Calendar of Letters, Despatches, etc., Spain*, volumen IV, parte I, Londres, 1879, pág. 220.

(64) *Idem*.

(65) Garret Mattingly: *Catherine of Aragon*, Londres, Jonathan Cape, 1942, pág. 217.

(66) Ver nota (63).

(67) *Calendar of Letters, Despatches, etc., Spain*, volumen IV, parte I, Londres, 1879, pág. 220.

(68) *Idem*, pág. 236.

(69) *Idem*, pág. 351.

(70) *Idem*, págs. 391 y 392.

(71) *Idem*, pág. 707.

(72) *Idem*, pág. 710.

(73) *Letters and Papers (Henry VIII)*, volumen XIV, parte I, Londres, 1894, pág. 71.

(74) *The Roll of the Royal College of Physicians of London*, volumen I, Londres, 1861, pág. 14.

(75) Archivo General de Simancas, Estado, Leg<sup>o</sup> 496, folio 94.

(76) *Calendar of Letters, Despatches, etc.*, volumen IV, parte II, Londres, 1882, pág. 197.





**MICHAEL J. QUINN:  
SU PASO POR GUIPUZCOA  
Y ALAVA (1822)**

*La dimisión española en la que España se encontraba a finales de 1822, la posibilidad de que la revolución que este país había padecido era tema de discusión en el Congreso de Verona y, al mismo tiempo, la necesidad de extinguir el movimiento de estas vicarias británicas fueron, sin duda, los motivos principales que nos impulsaron a visitar el País Vasco.*

Así comienza el libro del periodista, escritor y traductor inglés Michael J. Quinn *Un viaje a España*.

Quinn salió de Londres en octubre de 1822. La ruta que siguió hasta los Pirineos fue la tradicional de muchos otros viajeros de la época: el Canal de la Mancha primero, París después, y Tours y Bayona. El 29 de octubre llegó a Burdeos, y cuatro días más tarde a Bayona. Aquí permaneció una semana documentando y haciendo las preparaciones del viaje a Madrid. Acabó este viaje cuatro semanas después en un viaje que duró hasta el día por donde se cuenta. Como este viaje duró diez días el día por donde se cuenta, para ser más exacto. El propósito del viaje que se cuenta es este: Londres después de Madrid se cuenta por donde se cuenta en el camino. Con este propósito se cuenta por donde se cuenta el 13 de septiembre, y se cuenta por donde se cuenta en el camino.

Michael J. Quinn había nacido en la capital británica.



*La situación especial en la que España se encontraba a finales de 1822, la posibilidad de que la revolución que este país sufría pudiera ser tema de discusión en el Congreso de Verona y, al mismo tiempo, la curiosidad de contemplar el escenario de tantas victorias británicas fueron, sin duda, los motivos principales que me impulsaron a visitar la Península.*

Así comienza el libro del periodista, escritor y traductor inglés Michael J. Quin *Una visita a España*.

Quin salió de Londres en octubre de 1822. La ruta que siguió hasta los Pirineos fue la tradicional de muchos otros viajeros de la época: el Canal de la Mancha primero, París después, y Tours y Poitiers. El 29 de octubre llegó a Burdeos, y nueve días más tarde a Bayona. Aquí permaneció una semana descansando y haciendo los preparativos del viaje a Madrid. Acordó con otros cuatro viajeros alquilar en común una diligencia tirada por siete mulas. Con ella podrían hacer *diez leguas al día por término medio, pocas veces doce*. El postillón les informó que en nueve o diez jornadas estarían en Madrid (si no ocurrían percances en el camino). Con esta esperanza partieron de Bayona el 15 de noviembre, y ese mismo día divisaron ya las montañas vascas de Guipúzcoa.

Michael J. Quin había nacido en la capital britá-



nica en 1796. Estudió la carrera de derecho, y empezó a ejercerla en Lincoln's Inn, pero abandonó esta profesión para dedicarse al periodismo y la literatura. Su actividad en este campo tiene tres diferentes vertientes: la de publicista, la de traductor y la de viajero.

En 1824, dos años después de su visita a España, publicó dos traducciones del español al inglés: las *Memorias de Fernando VII*, que habían aparecido poco antes en España, y los *Principales acontecimientos en la vida pública de Agustín de Iturbide*. En esta última traducción manifiesta Quin en el prólogo la amistad que le unía al que fuera Emperador de Méjico, y en él incluye también una carta de Iturbide, en la que le ruega vele por sus hijos. Probablemente cuando esta traducción inglesa salió de la imprenta, Iturbide había sido ya fusilado en Méjico.

Contribuyó con numerosos artículos, algunos de ellos de tema político, en los periódicos de la época, entre ellos el *Morning Chronicle* y el *Morning Herald*. Durante siete años, de 1825 a 1832, editó el *Monthly Review*, y en 1836 inició la edición del *Dublin Review*.

Combinó estas actividades con los largos viajes que le llevarían a la publicación de varios libros. El primero de ellos, cuando sólo tenía veintiséis años, fue el que le encaminó a España en 1822. El éxito de este primer libro de viajes (género literario al que los ingleses han sido siempre muy aficionados) le impulsó a repetir la experiencia en otros lugares de Europa, y así inició a mediados de 1834 un viaje por Hungría, Valaquia, Servia, Turquía, Grecia y Trieste. En 1835 publicó en dos volúmenes los recuerdos de esta ruta con el título de *A Steam Voyage down the Danube*. El libro alcanzó cierta fama y fue editado tres veces en dos años, hecho poco frecuente en la época. En 1836 fue editado también en Nueva

York, y poco después aparecían las traducciones francesa y alemana.

En la dedicatoria de este volumen se lee:

*A la señora de Michael J. Quin:*

*A ti te dedico este libro, confiando en que puedas encontrar en él alguna compensación por mi ausencia durante estos meses del hogar, donde bien sabes que reside toda mi felicidad. Cuando nuestros hijos puedan leer esta obra, diles que sólo su interés y bienestar pudieron haberme apartado de vosotros durante cinco meses, ocupado por la necesidad de este viaje.*

*Siempre tuyo con gran afecto,*

*Michael J. Quin.*

*20 de julio de 1835.*

La carta es una buena muestra de su carácter, íntimo y sencillo, y de las dificultades económicas que continuamente le rodearon.

Tres años más tarde dio a la imprenta su obra más ambiciosa: una narración romántica en tres volúmenes titulada *Nourmahal: una fábula oriental*, pero el libro no gozó de excesiva aceptación y cayó muy pronto en el olvido.

En junio de 1841 Quin abandonó Dublín, donde residía entonces su familia, para embarcarse de nuevo en otra ruta por Europa, que esta vez realizará en compañía de cierto Mr. Bellew. Su itinerario en esta ocasión fue Bruselas, Waterloo, Lieja, Tréveris, el río Mosela, Coblenza, Frankfurt y Heidelberg.

Rápidamente preparó el volumen para su publicación y le dio el título de *Steam Voyage on the Seine, the Moselle and the Rhine*. Consumido ya entonces por la tuberculosis, se trasladó a Boulogne, en la costa normanda, buscando tal vez un clima más

sano que el de Dublín. Allí recibió a finales de 1842 las pruebas de su último libro, y murió mientras las corregía, el 19 de febrero de 1843. La obra apareció publicada a mediados del mismo año. Su editor, Henry Colburn, incluyó en las páginas preliminares la nota siguiente:

*El editor debe manifestar con profundo sentimiento que el autor de esta obra cayó seriamente enfermo en el curso de la corrección de pruebas de esta edición, y murió en Boulogne, donde llevaba cierto tiempo residiendo por motivos de salud.*

El *Gentleman's Magazine* de 1843 se hacía eco de su muerte, *ocurrída tras penosa enfermedad a la edad de cuarenta y siete años*, y analizaba a continuación su trayectoria literaria:

*Mr. Quin era bien conocido del público en general por su viaje a España, así como por su viaje por el Danubio; contaba al mismo tiempo con un círculo más limitado de lectores en sus numerosas contribuciones aparecidas en diarios y publicaciones periódicas.*

*Fue el primer inglés en dar a la imprenta una descripción popular de Constantinopla y de las tierras que baña el Danubio después de la implantación de la navegación fluvial a vapor. Su talento como narrador de viajes está fuera de toda duda, y su muerte sólo puede considerarse como una seria pérdida para esta parte tan agradable e instructiva de la literatura. Su última obra, Steam Voyage on the Seine, the Moselle and the Rhine, está en estos momentos en imprenta y aparecerá próximamente.*

*Se había dedicado con ardor a la literatura, y murió de una enfermedad pulmonar, agravada por su intensa dedicación al estudio. Deja viuda y tres*

A  
VISIT TO SPAIN;  
DETAILING  
THE TRANSACTIONS  
WHICH OCCURRED DURING  
A RESIDENCE IN THAT COUNTRY,  
IN THE  
LATTER PART OF 1822, AND THE FIRST FOUR  
MONTHS OF 1823.  
WITH  
AN ACCOUNT  
OF THE  
*REMOVAL OF THE COURT FROM MADRID TO SEVILLE;*  
AND  
GENERAL NOTICES OF THE MANNERS, CUSTOMS, COSTUME,  
AND MUSIC OF THE COUNTRY.

---

BY MICHAEL J. QUIN,

BARRISTER AT LAW, AND FELLOW OF THE ROYAL SOCIETY OF  
LITERATURE.

---

LONDON:

PRINTED FOR HURST, ROBINSON, AND CO.,  
90, CHEAPSIDE, AND 2, PALL-MALL;  
AND ARCHIBALD CONSTABLE AND CO., EDINBURGH.

---

1823.





*niños de trece, doce y ocho años, con escasos medios de subsistencia. Su cuerpo fue enterrado en el cementerio inglés de Boulogne, y a su funeral asistieron la mayoría de los ingleses residentes en esta ciudad.*

("Gentleman's Magazine", 1843, vol. I, p. 438)

## EL VIAJE ESPAÑOL

Michael J. Quin entró en Guipúzcoa a media tarde del viernes 15 de noviembre de 1822, en una diligencia tirada por siete mulas. Ocupaban el mismo vehículo cuatro viajeros más cuyos nombres no menciona el autor. Todos ellos pagaron por adelantado el precio del billete Bayona-Madrid, a donde llegaron el 24 del mismo mes, a la una y media de la tarde.

Permanecieron en Guipúzcoa y Alava (las dos únicas provincias vascongadas por las que pasaba el camino real) los días 15, 16, 17 y 18, e hicieron noche, respectivamente, en Irún, Tolosa, Mondragón y Lapuebla de Arganzón. No entraron en San Sebastián. En cuanto a Vitoria, sólo se detuvieron en ella tres o cuatro horas, que Quin aprovechó para visitar sus iglesias y el teatro.

Aparte de varias excursiones a Guadalajara y El Escorial, el periodista inglés permaneció en Madrid hasta el 26 de marzo de 1823, fecha en la que inició una breve gira por Andalucía, que le llevó a Sevilla, Itálica, Cádiz, Sevilla de nuevo, y de aquí a Madrid, a donde llegó el 21 de abril. Cuatro días más tarde partía de la capital española camino de Londres, *cargado con varios despachos del embajador de los Países Bajos y de Sir Philip Roche, único miembro de la legación británica que quedaba en Madrid.*

Viajando día y noche por el mismo camino que a la venida, Quin cruzó de nuevo el Bidasoa el 27 de abril. Dejaba tras sí en territorio vasco y burgalés las tropas de los Cien Mil Hijos de San Luis, que veinte días antes habían entrado en España.

Ya en el mes de junio anunciaba el *Gentleman's Magazine* que próximamente aparecería un volumen con las impresiones que el autor había recogido durante este viaje. Pocos meses más tarde, en efecto, salió al público al precio de doce chelines. Era un libro de 359 páginas impreso en octavo en los talleres de Thomas Davison, para las editoriales *Hurst, Robinson and Co.*, de Londres, y *Archibald Constable and Co.*, de Edimburgo.

La obra gozó de considerable éxito. En el mismo año de 1823 apareció la segunda edición, que se reimprimió de nuevo en 1824. En esta misma fecha se publicó en Braunschweig la traducción alemana, que realizó G. Lotz.

El título completo de la primera edición es como sigue:

UNA  
VISITA A ESPAÑA;  
donde se detallan  
los hechos  
ocurridos durante  
una estancia en este país  
a finales de 1822 y en los cuatro primeros  
meses de 1823.  
Con  
una relación  
del  
traslado de la Corte desde Madrid a Sevilla  
y  
datos generales referentes a las costumbres,  
tradiciones, trajes y música del país.

En general, las críticas fueron todas favorables. *The Edinburgh Review*, por ejemplo, aun rechazando algunos aspectos del libro, reconoce que *todo él está escrito en un estilo vivo y agradable, a lo que se une una considerable fuerza descriptiva* (volumen XL, págs. 44-67).

El *Backwood Magazine* comentaba por su parte:

*Es sin duda una guía segura para el conocimiento de los sentimientos del pueblo español en las presentes circunstancias; y al mismo tiempo, es el testimonio más honrado que conocemos hasta ahora del estado de la Península durante esta revolución* (volumen XIV, págs. 163-169).

Como sea que ninguno de los autores que hasta ahora han tratado de los viajeros que han visitado el país vasco-navarro ha citado los párrafos de Michael J. Quin, he creído oportuno traducirlos al castellano y ofrecerlos brevemente anotados, ya que son un reflejo más de la situación vascongada en uno de los momentos más críticos del siglo XIX: el trienio constitucional que siguió al levantamiento de Riego en Cabezas de San Juan.

Con el fin de completar los datos que Quin ofrece puede también consultarse a John Bramsen, cuyo viaje precedió en pocas semanas al del autor aquí estudiado. Se comprobará que en numerosas ocasiones ambos cronistas coinciden en apreciaciones idénticas.

La obra de Bramsen lleva el título de *Remarks on the North of Spain*, y apareció publicada en Londres en 1823, poco antes que el libro de Michael Quin. Don Julio de Urquijo publicó este viaje en la *Revista Internacional de Estudios Vascos* en 1923 (págs. 446 y siguientes). También Eneko Mitxelena

hace una breve mención del mismo en la página 35 de sus *Viajeros Extranjeros en Vasconia*.

La presente traducción corresponde a las páginas 36 a 48 y 343-344 de la primera edición.

*(Viernes, 15 de noviembre)*

...Cerca ya del Bidasoa, el río que separa Francia de España, encontramos una caravana de arrieros españoles que guiaban una recua de cuarenta mulas cargadas con azafrán y otras mercancías. Su forma de distribuir la carga en fardos, situando un peso proporcionado a cada lado de la mula, es una de las peculiares características de la Península. Los arrieros prestan también cierta atención al aspecto externo de sus mercancías, que cubren por lo general con tejidos blancos y azules, aunque a veces usan colores vivos. Los arrieros y muleros españoles tienen a gala llevar pañuelos finos en torno a la frente, una de cuyas puntas dejan asomar junto a la oreja derecha, bajo las amplias alas del sombrero.

Cruzamos el Bidasoa en una gabarra, que al mismo tiempo transportó a los pasajeros, carruaje y mulas, sin que fuera necesario desensajazar a estas últimas, ya que están tan acostumbradas a cruzar el río, que no hay dificultad alguna a la hora de subirlas a bordo. Durante la marea baja el Bidasoa es una corriente estrecha y poco profunda que adquiere, sin embargo, cierta importancia cuando llega la pleamar. Aún pueden verse fragmentos del puente que existía antes (1). Los españoles lo destruyeron al comienzo de la última guerra y todavía no ha sido reconstruido.

Media hora después de atravesar el río entramos en Irún. Consta de una sola calle que asciende por una empinada colina; y si se exceptúa el Ayuntamiento, en la plaza de la Constitución, y una casa de am-

plias proporciones y elegante estilo arquitectónico que está construyendo ahora un americano, no hay ningún otro edificio de aspecto agradable en la ciudad, o mejor dicho, en el pueblo, porque de esto se trata en realidad. (En casi todos los pueblos y ciudades de España hay un espacio cuadrado llamado la Plaza. Después del establecimiento de la Constitución (2), se ha dado el nombre de Plaza de la Constitución a todos estos lugares. El nombre aparece escrito en letras de oro en una piedra adosada a la pared de alguna casa de la plaza, generalmente la Casa Consistorial. Lo que llaman "piedra de la Constitución" es un gran bloque de mármol que lleva grabado el escudo nacional).

Todo denotaba a nuestro alrededor un sorprendente contraste con lo que habíamos visto hasta entonces. Un nuevo idioma, unos rostros de aire totalmente distinto, jornaleros de aspecto desastroso que sólo cubrían sus pies con toscas alpargatas, mujeres sin alpargatas o sin calzado alguno, cuyas negras cabelleras descendían en primorosas trenzas hasta la cintura, mujeres de grandes ojos negros con cierto aire de agradable arrogancia..., todo, en fin, contribuía a hacernos pensar que el Bidasoa no sirve de frontera por pura casualidad.

El albergue o posada ante el que se detuvo nuestro carruaje tenía también un aspecto típicamente español. Entramos a través de un pesado portón en una sala amplia, pavimentada y sin mueble alguno que sirve generalmente de cochera. En un rincón de esta rústica habitación había una escalera empinada por la que trepamos a la parte alta del edificio. Una vez allí nos acompañaron hasta un cuarto espacioso de paredes encaladas, de las que pendían cuatro o cinco grabados ordinarios, enmarcados y protegidos por un cristal. El tema escogido era la historia

del joven y valeroso Dunois (3), que sólo pedía ser el más valiente entre los bravos de la guerra y ser amado por la más hermosa entre las hermosas, un deseo que por fin se torna realidad, no sin que antes el joven caballero haya pasado por diversas aventuras.

En un extremo de este cuarto, y separados de él por una cortina, había dos pequeños dormitorios. Por el otro extremo se entraba en una segunda habitación, honrada entonces con la presencia del alcalde.

La cena consistió en huevos (este es, casi sin excepción, el primer plato en todas las posadas españolas), remolacha, chuletas de cordero y pollo abundantemente rociado con aceite; para postre, manzanas nueces, uvas y dulces (4). En cuanto a la bebida, vino tinto del país y vino de Málaga. El primero tiene un sabor dulce que tira a medicina, lo que hace que al principio no sea muy apreciado por los viajeros. El vino de Málaga es blanco, dulce también y asimismo con sabor a medicina. Un pueblo tan distante como éste de la zona donde esa clase de vino se produce no es precisamente el lugar adecuado para encontrar un buen Málaga, pero cuando es puro y auténtico, se convierte en una bebida agradable y excelente.

En la posada hay que contar siempre con una espera de al menos una hora para la cena, y si el viajero imagina que va a hallar una buena cama, lo más probable es que acabe decepcionado. Podrá considerarse bastante satisfecho si es tan afortunado que tropieza con una limpia.

Irún está enmarcado a un lado por las montañas y al otro por el mar. Tiene cierto aire de negligente pobreza, pero el lugar que ocupa es pintoresco. El Ayuntamiento, invadido entonces por una compañía



## EE DE ERRATAS

Por haberse hallado el autor en el extranjero y no haber podido corregir segundas pruebas, se han incluido inadvertidamente las siguientes erratas.

			<u>DICE</u>	<u>DEBE DECIR</u>	
Pag.	15	Línea	24	personage	personaje
»	17	»	2	depejarse	despejarse
»	17	»	20	suego	suegro
»	21	»	14	jercer	ejercer
»	22	»	24	fgicio	ificio
»	32	»	2	tibunales	tribunales
»	37	»	16	msees	meses
»	61	»	18	alguilar	alquilar
»	84	»	16	1882	1822
»	105	»	2	gaigne	daigne
»	106	»	5	costumes	costumbres
»	107	»	18	las	los
»	108	»	3	lon	loin
»	116	»	5	contricante	contrincante
»	121	»	25	dcereto	decreto
»	124	»	19	ejemplarizaz	ejemplariza
»	132	»	4	hilos	hijos



de soldados constitucionales, había sido fortificado con toda clase de materiales. Habían excavado frente a él un pequeño foso, sobre el cual se pasaba por un puente levadizo de unos cinco pies de anchura. Los arcos de la planta baja habían sido tapiados sin cuidado alguno, dejando varias portezuelas de paso. El conjunto tenía el aspecto de una caricatura de fortificación. Los raídos uniformes y las caras sucias de los centinelas estaban a tono con el escenario. Me dijeron que los habitantes se hallaban divididos en dos bandos, los de la Constitución y los del Rey, y que estos últimos eran los más numerosos.

Encima de algunas puertas vimos en las casas de Irún grandes piedras con el escudo de la familia delicadamente tallado. Esto es una señal de sangre antigua y noble (como aquí se la denomina), y los españoles las tienen en tanta estima que un pobre aldeano sin más bienes que cinco onzas de oro es muy capaz de gastar a gusto tres de ellas en una de las piedras mencionadas. A lo largo del viaje pudimos observar algunas de estas muestras de vanagloria familiar en fachadas de edificios misérrimos, que tal vez no valgan tanto como los mismos escudos que sustentan. Si los españoles hubieran buscado la satisfacción de su orgullo en casas dignas y bien cuidados jardines en vez de en estos gastos supérfluos y fastuosos, ¡qué diferente sería hoy el aspecto de su país...!

(Sábado, 16 de noviembre)

Partimos de Irún. A medida que la carretera ascendía y se apartaba de la ciudad, surgía ante nosotros una agradable vista del mar, que forma aquí una especie de bahía, en cuyo extremo más apartado hay un pueblo francés (5), mientras que en la parte opuesta se alza Fuenterrabía. Las murallas de esta

última población fueron totalmente destruidas por las tropas británicas poco antes de invadir suelo francés. En lo alto de una aireada colina, al otro lado de Irún, se divisaba el lazareto de Behobia.

Ante nosotros surgía una hermosa panorámica de montañas, cordillera tras cordillera, punteadas por las viviendas diseminadas, y la vista se dilataba hasta las siluetas indistintas de los picos elevados perdidos en la neblina azul de la distancia. De vez en cuando pasábamos por hermosos valles cubiertos de vegetación o sembrados de trigo, por donde corrían arroyos transparentes que sorteaban los case-ríos desperdigados.

Pronto dejamos atrás Oyarzun, un pueblo en el que las ventanas de los pisos altos estaban cubiertas con celosías que sobresalían de las paredes y podían abrirse en diferentes secciones. A veces se adivinaba un rostro hermoso animado por la curiosidad que atisbaba a través de una de estas aberturas; a veces la ventana estaba abierta de par en par y ofrecía a la vista los bustos generosos de algunas jóvenes que, con el pretexto de ver, sólo deseaban ser admiradas. Había en los balcones filas bien ordenadas de melones grandes madurando al sol; así se los apartaba también del humo, que parece ser el huésped familiar en el interior de las casas.

Hacia un día muy agradable, el sol caminaba por un cielo despejado, y el aire ligero de la montaña penetraba suavemente hasta el corazón, purificando y alegrando sus más apartados rincones. La atmósfera era plácida y tranquila, hasta el punto de que no se oía ruido alguno, excepto el quedo murmullo del agua que bajaba por las laderas de las montañas, en armonía con el continuo cascabeleo de las mulas y de vez en cuando, con la profunda, prolongada voz

*de la torre de un convento o de la iglesia de un pueblo.*

*El camino continuaba ascendiendo al pasar por Astigarraga y Andesain (6). Las Plazas de la Constitución estaban todas fortificadas al estilo de la de Irún. Llegamos a Tolosa de noche: cena mala (después de haber esperado dos horas), vino tinto excelente y camas regulares (7). Tolosa es una ciudad grande, pero no presenta rasgos especiales que merezcan una descripción.*

*(Domingo, 17 de noviembre)*

*Al día siguiente salimos de Tolosa a las seis y media de la mañana. Pronto el agradable amanecer de un nuevo día nos descubrió el río que se deslizaba a nuestra izquierda, paralelo a la carretera. Al otro lado de la corriente surgía una serie continua de montañas, que encontraban simetría en las que se alzaban a nuestra derecha. Estos montes están llenos de manzanos y perales hasta la misma cima, y en algunos lugares crece hierba abundante; pero son tan empinados que uno no puede menos de preguntarse cómo han trepado hasta allí las ovejas que se ven pastando. De vez en cuando aparece un rústico puente de piedra trazando su silueta sobre el río. Un pintor podría hacer de estos arcos el centro de cualquiera de los hermosos paisajes que cada revuelta del camino ofrece al espectador, con un arriero caminando sobre sus piedras, un caserío en primer término con el humo gris de la chimenea rizándose en el aire, los montes a ambos lados cubiertos de frutales, con blancas pinceladas aquí y allá para destacar la blancura de las ovejas a la luz indecisa del amanecer, y a lo lejos una montaña más elevada que las demás, cubierta ya su cumbre por la dorada mañana.*

*La carretera nos lleva a veces hasta un circo de montañas que parece no tener salida. Pero cuando el viajero se acerca a ellas descubre un valle hasta entonces desapercibido, y al entrar en él todo el escenario contemplado hasta entonces desaparece y nacen en su lugar nuevos paisajes que proporcionan una variedad indescriptible y casi infinita.*

*Era domingo, y por la carretera se veían grupos de aldeanos bien vestidos que iban o venían de las iglesias de los pueblos. Los hombres vestían pantalones y chaqueta marrón, sombrero de alas anchas enderezadas a los lados, un chaleco que por lo general era de tonos claros, una faja roja de estambre en torno a la cintura, calcetines blancos y abarcas, así como una capa. Algunos llevaban polainas cruzadas con cintas de franela. Casi todas las mujeres usaban un pañuelo blanco que les cubría la cabeza y que acababa anudado en la barbilla; bajo la punta del pañuelo que les pendía a la espalda colgaban sus largas trenzas, de las que parecían estar especialmente orgullosas. Su atuendo me recordaba mucho al de las mujeres irlandesas: una falda de algodón, camisa de tela oscura y tosca que no llegaba a la cintura, y un amplio pañuelo blanco, cubriéndoles el cuello y pecho. Tanto los hombres como las mujeres, y en particular los niños, se asemejan a los irlandeses en la expresión de sus rostros; y para completar el parecido, pocas veces encontramos en el camino a un aldeano que no llevase bajo el brazo una larga vara, que en Irlanda llaman shilelah. La única diferencia entre las mujeres de uno y otro país eran las largas trenzas que veíamos aquí; y con frecuencia un vistoso delantal azul oscuro o morado.*

*En Villafranca, al igual que en la mayoría de los pueblos y aldeas por los que habíamos pasado hasta el momento, las ventanas de las casas eran*

*bastante pequeñas y carecían de cristales. La solución que predomina son las contraventanas de madera que se aplican a estas aberturas, y que muy rara vez se abren durante el día, eliminando así la luz y el calor del sol, muy intenso en este país. Las casas principales disponen de ventanas más amplias, y la parte superior de las contraventanas es en ellas de cristal.*

*El camino entre Villafranca y Villarreal ya no es tan interesante como lo fuera desde Tolosa hasta el primero de estos pueblos. Los montes no tienen tanta altura ni son tan pintorescos, y el río que hasta entonces nos venía acompañando había quedado reducido a una corriente irregular y poco profunda. Los montes, no obstante, siguen siendo feraces, aunque ha disminuido su altura; están recubiertos con un manto de tierra fértil que se cultiva con esmero, y los árboles frutales llegan hasta sus cimas.*

*Mientras se nos preparaba una cena temprana en la posada de Villarreal —la única buena, por cierto, que hay en toda la ruta (8)—, dimos un paseo hasta una iglesia próxima, y quedamos gratamente sorprendidos al hallar en un pueblo como aquél un templo con una ornamentación tan rica y primorosa. El altar mayor está rodeado por columnas corintias de mármoles oscuros, rojos y verdes. El follaje de los capiteles había sido generosamente dorado, produciendo, al mismo tiempo, un efecto de pureza y esplendor. La costumbre de enterrar a los muertos bajo los suelos de las iglesias parece ser general en toda España, excepción hecha de Madrid. No hace falta añadir que semejante costumbre está en claro desacuerdo con el cuidado de la salud de los vivos, y debiera ser abolida. Otro de los defectos que he podido observar en las iglesias y capillas españolas es que están muy mal ventiladas, o mejor dicho, carecen*

de toda ventilación. Las pocas ventanas que allí se ven son de tamaño reducido y no se abren nunca. La consecuencia es que al entrar en uno de estos edificios se percibe con desagrado, nada más abrir la puerta, un olor semejante al que exhala la habitación de un enfermo; y no hay modo de eliminarlo. En Inglaterra pensaríamos que un aroma tal es capaz por sí mismo de ocasionar una peste. La mujer que nos enseñó la iglesia nos informó también que los curas explicaban la Constitución desde el púlpito cada domingo, y que los habitantes del pueblo estaban divididos, unos a favor del nuevo sistema, otros en contra. El único punto en que todos estaban de acuerdo era en el deseo de paz y tranquilidad; el resto no les importaba mucho que fuera de un modo o de otro.

Poco después de salir de Villarreal subimos una nueva serie de montañas, las más altas que hasta entonces habíamos atravesado. Cuando uno contempla por primera vez desde Francia los Pirineos, se imagina que están compuestos de una sola cordillera que se extiende desde el Mediterráneo al Océano Atlántico, y que una vez sobrepasada, ya no hay tras ella nada más; pero lo cierto es que, después de cruzar la frontera, el viajero advierte que las montañas se suceden unas a otras legua tras legua. La carretera llega a veces hasta las mismas cumbres, y con el fin de facilitar la subida zigzaguea continuamente, en ocasiones entre curvas cerradas y pronunciadas cuestas que bordean sin interrupción precipicios de gran profundidad.

Poco después de haber pasado junto a unas casas o junto a varias personas, el viajero asciende una vertiente tan escarpada que al volver la vista atrás sólo advierte ya sus siluetas diminutas perdidas en la distancia. Era un motivo continuo de admiración para

nosotros observar el tacto con que las mulas caminaban junto a aquellos precipicios, rozando frecuentemente sus mismos bordes, en particular cuando las curvas del camino eran muy cerradas.

Al pasar por un pueblo cercano a Villarreal (9) un grupo de muchachos rodeó la diligencia al grito repetido de ¡Viva la Constitución! ¡Viva! ¡Viva! Era, al parecer, una nueva manera de pedir unos pocos cuartos, que por lo demás debía ser su principal ocupación. (El cuarto español es una pequeña moneda de cobre que equivale a un cuarto de penique inglés; ocho hacen un real). Pero cuando uno de los pasajeros gritó desde nuestro vehículo: ¡Viva el Rey!, ellos respondieron ¡No, no! ¡Viva la Constitución! Para tentarlos, el pasajero ofreció a continuación a un muchacho un cuarto a cambio de que gritase ¡Viva el Rey! A fuer de sincero, he de decir que la oferta fue rechazada. Esta fue la primera localidad en la que pude observar ciertas señales de entusiasmo a favor de la Constitución.

En todas las poblaciones se nos acercaba un centinela para pedir los pesaportes, que sólo se nos devolvían tras una inspección minuciosa. Las entradas de los pueblos estaban celosamente guardadas por soldados armados. Las cerraban al atardecer, y antes de que se nos permitiera cruzarlas el cochero tenía que presentar una lista completa de sus pasajeros.

Nos detuvimos a pasar la noche en Mondragón. Al descender de la diligencia y pasar a la posada, la encontramos llena de soldados de la Constitución que acababan de librar unas escaramuzas con una partida de "facciosos" a siete leguas de allí. Estaban muy alegres. Toda su ocupación en ese momento consistía en contarse mutuamente con un aire juvenil

*de triunfo y entre canciones de victoria el desarrollo de la batida. A veces unían varios sus voces en coro y el resultado no era del todo desagradable.*

*(Lunes, 18 de noviembre)*

*Partimos de Mondragón a las cuatro de la mañana. La carretera siguió ascendiendo por la elevada ladera de una montaña. Precisamente entre este lugar y Salinas es donde los ladrones exigen del viajero sus "impuestos". Tres o más de estos salteadores de caminos rodean el vehículo en el que van sentados los pasajeros; uno de ellos saca una pistola, otro un trabuco, y muy educadamente le informan a uno que podrá seguir adelante sin ningún tropiezo si se les entrega el dinero; pero que si no se accede a sus peticiones, vale más prepararse para el viaje al otro mundo. Sin embargo, después de una breve conversación que siempre parecen dispuestos a entablar, suavizan su petición inicial y la reducen hasta un tributo preestablecido de dos coronas por persona, con lo cual se conforman. Desean a los viajeros un buen viaje, y se despiden de ellos con cumplidas cortesías (10).*

*A medida que avanzábamos, los montes empezaron a asumir un aspecto desnudo y estéril al que no estábamos acostumbrados. En algunos se veían frutales, pero la mayor parte carecían de ellos. Después de pasar estas montañas, la vista encuentra al fin sosiego en la contemplación de una nueva región fértil, despejada y llana (en comparación con la anterior), que continúa sin cambios hasta Vitoria, una ciudad populosa y agradable que puede admirarse en toda su extensión desde una distancia considerable. Está situada al pie de una cadena montañosa que se extiende a sus espaldas hasta los límites del*



horizonte. Sus numerosos campanarios, torres y elevados edificios resaltan claros y distintos contra los amplios matices sombreados de las montañas del fondo. Por la carretera de Vitoria iban y venían buen número de arrieros y labradores montados en sus mulas y caballos. Las sillas de montar terminaban en grandes estribos de madera con forma de zuecos (cosa difícil de imaginar, sin duda), en los que el jinete introduce todo el pie, incluido el talón. Algunos cabalgaban sobre sillas hechas de piel de oveja sin estribo alguno. Como las amplias capas que usaban cubrían también los cuartos traseros del animal, uno llegaba a veces a pensar en la realidad de los Centauros mitológicos: hasta tal punto parecían pertenecer las patas del cuadrúpedo al cuerpo del jinete. Encontramos a los lados del camino grupos de soldados que se preparaban el desayuno en vivas hogueras, cuyo cuidado les mantenía continuamente ocupados; y se veían aldeanos que regresaban de la ciudad cargados con abultados panes redondos y pellejos de vino tinto con destino a sus bodegas. Debo hacer notar aquí que el pan español es por regla general de una gran calidad, mucho mejor, sin posible comparación, que el pan que se hace en Francia, y mejor incluso que el pan de Londres.

La entrada de Vitoria había sido tapiada recientemente con una pared provisional en la que se abría una portezuela. La ciudad estaba inundada de soldados. Encontramos algunos en las herrerías arreglando sus fusiles, otros afilando y puliendo sus sables, otros, en fin, esperando a que herrasen sus caballos. En todos los rincones se observaba la agitación de los preparativos militares. El sonido de tambores y trompetas nos guió hasta la magnífica plaza de la Constitución, donde hallamos alrededor de dos mil soldados de infantería en formación, dispuestos

a salir en busca de los facciosos que inquietaban la parte occidental de la provincia. Antes de partir, el oficial que los mandaba gritó ¡Viva la Constitución!, al que todas las gargantas de aquella formación contestaron con un estruendoso viva. ¡Viva Riego!, y los soldados replicaron con otro viva. ¡Viva el Rey Constitucional! fue el tercer grito, que por tercera vez corearon de igual manera. Los trompetas y tambores entonaron a continuación el "himno de Riego" y la tropa comenzó a desfilar lentamente al paso de la música.

Visité tres o cuatro de las iglesias principales. Eran sombrías y les faltaba majestuosidad; abundaban en su decoración los ricos dorados y malas imágenes de madera, cosas ambas muy alejadas no sólo de la sublime sencillez de la religión, sino incluso de las reglas más elementales del buen gusto. El teatro, que es de construcción reciente, estaba a punto de ver terminadas sus obras (12). Es pequeño, pero notablemente agradable, tanto en su fachada como en el interior. Las funciones de la tarde estaban anunciadas en un pequeño papel pegado en la puerta, en comparación del cual un anuncio del Drury Lane Theatre (11), con sus grandes letras rojas y sus encomios, parecería el producto de un arte mucho más refinado, al que no habían llegado aún las autoridades teatrales de Vitoria. El patio de butacas tenía forma semicircular y estaba iluminado por una magnífica lámpara de cristal (13). Se llama el Teatro Nacional. (Todo lo que antes de esta revolución llevaba el adjetivo Real ha sido ahora rebautizado como Nacional).

Vitoria tiene buenas calles, y en casi todas parecía reinar en alto grado una laboriosa actividad y cierto aire de riqueza.

Tras permanecer en esta ciudad tres o cuatro ho-

ras, regresamos a la diligencia y continuamos nuestro viaje por los montes que se alzan más allá de Vitoria. Están muy pobremente cultivados, y son escarpados y agrestes, pero ellos son las famosas "alturas de Lapuebla", las alturas en las que el Duque de Wellington entabló la batalla que precedió en pocos días a la expulsión final de las tropas francesas de la Península. Con vivo interés recorrieron mis ojos el paisaje, tal vez con la esperanza de reconocer los huesos de mis victoriosos compatriotas. Era un impulso irresistible, e inútil al mismo tiempo, porque aquellos restos de las proezas británicas hace ya mucho tiempo que han desaparecido entre el polvo.

Busqué también una columna o un monumento de cualquier clase que yo estaba seguro la gratitud española habría erigido en el lugar donde el yugo extranjero había sido finalmente quebrado. Pero las naciones son más propicias a recordar los daños que mutuamente sufren o se infligen que los beneficios recibidos. Ni siquiera hay una sencilla piedra que indique la última y fría morada de tantos ingleses. ¡Estos montes son su único monumento conmemorativo!

Lapuebla de Arganzón es un pueblo de segundo orden, con una posada en la que apenas se podía aguantar. Encontramos allí a la posadera y a una criada de crespas cabellera y voz ruda, que no parecía sino que acabase de ser traída en cautiverio de las rocas cercanas; la posadera ofrecía un aspecto más civilizado, pero sus modales eran igualmente bastos y su malhumor tan manifiesto como el de la criada. Discutían agriamente entre sí y se lanzaban toda clase de improperios, como si nuestra llegada hubiera perturbado su placentero disfrute de una tarde perezosa, somnolienta e inactiva. No obstante,

hubo camas para todos. Después de una cena ligera, nos retiramos a dormir. Las horas pasaron rápidamente y a las cuatro de la mañana partíamos de nuevo hacia Miranda de Ebro.

.....

(Sábado, 26 de abril)

Poco después de cruzar Lapuebla pasamos junto a todo el Regimiento Real de Infantería, que constituía un elegante despliegue de juventud, y con el que nos encontramos entre este último pueblo y Vitoria. Tras ellos marchaba un gran número de bueyes franceses destinados a la alimentación del ejército.

En Vitoria encontré al anterior gobierno completamente reorganizado y en funciones (14). Vi varias personas que llevaban divisas blancas como prueba de su adhesión a la causa realista (15). La ciudad estaba abarrotada de tropas (16). Habría diez o doce mil hombres, cuyo destino final era Madrid. El duque de Angulema estaba aquí todavía, y también Quesada (17). Merino había salido con una expedición militar y se hallaba a unas ocho o diez leguas de distancia.

Entre Vitoria y los Pirineos encontré un regimiento de caballería ligera, un escuadrón de lanceros, un gran convoy de forraje para los caballos, dos regimientos de infantería, un escuadrón más de caballería y otro de coraceros, todos ellos espléndidamente equipados.

(Domingo, 27 de abril)

*Irún estaba tan lleno de tropas y artillería que me costó gran trabajo atravesar la población (18).*

*A mediodía crucé el Bidasoa por un puente provisional de barcas que los franceses habían construido para su uso.*

#### NOTAS

(1) El primer puente sobre el Bidasoa data de la guerra con la Convención francesa. Poco después fue destruido. Las tropas de Napoleón tienden el segundo, que vuelve a desaparecer tras la victoria de San Marcial. (Ver: Luis de Uránzu: *Un pueblo en la frontera*, Valverde, S. A., San Sebastián, 1965, pág. 59).

(2) La Constitución emanada de las Cortes de Cádiz en 1812, que Fernando VII juró el 9 de enero de 1820, como consecuencia del pronunciamiento de Riego. Cuando Quin pisa tierra española hace ya casi dos años que dicha Constitución está en vigor.

(3) Jean de Dunois (?), militar y político francés que participó en numerosas batallas durante la primera mitad del siglo XV.

(4) La cena que sirvieron a John Bramsen en esta misma localidad poco antes de la fecha mencionada por Michael Quin consistió en una "olla" (alubias con carne, jamón, pan, pies de cerdo, etc.), chorizos de Extremadura con berza como guarnición, perdiz con arroz, bacalao a la vizcaína y fruta.

(5) Hendaya.

(6) Andoain.

(7) Bramsen escribía el mismo año: "*En Tolosa cenamos en el hotel que hay en la calle Mayor, regentado por el jefe de postas. Es mejor que la posada que hay cerca del puente...*".

(8) Bramsen, en cambio, al igual que otros muchos viajeros de la época, opina que la mejor posada de la ruta Irún-Madrid era el *Parador Nuevo* de Vitoria, que al parecer no conoció Michael Quin.

(9) Legazpia (?).

(10) John Bramsen escribe al respecto: "*Cruzamos el paso de Salinas sin incidente alguno, lo que no dejó de ser agradable, ya que por lo general los facciosos detienen a las diligencias en estos alrededores*".

(11) Famoso teatro londinense.

(12) "*Se terminaron las obras el 2 de septiembre de 1882 y se acordó inaugurarlas el 24*" (Eulogio Serdán: *El libro de la Ciudad*, volumen I, Vitoria, 1926, pág. 479).

(13) La compra de esta araña para el teatro se acordó en la sesión del Ayuntamiento correspondiente al 15 de junio de 1822, a condición de que su coste no excediera de 1.000 francos. (*Idem*).

(14) "*El 17 de abril llegó (a Vitoria) la Junta Provisional del Gobierno Realista. Presidíanla, conjuntamente, el Teniente General don Francisco de Eguía y el Mariscal francés Duque de Regio*" (Tomás Alfaro Fournier: *Vida de la Ciudad de Vitoria*, ed. Magisterio Español, Madrid, 1951, pág. 289).

(15) Lo mismo afirma Luis de Uranzu respecto a Tolosa: "*Muchos tolosanos lucían lazos blancos en prueba de gratitud a la casa real francesa*" (*Lo que el río vio: biografía del Río Bidasoa*, Valverde, S. A., San Sebastián, 1955, pág. 259).

(16) "*Estaba Vitoria atestada de tropas. Utilizáronse las casas cerradas para alojamientos, y como cuartel, las apenas terminadas de la calle Constitución, cuyo nombre fue repuesto en el anterior de las Huertas*" (Tomás Alfaro Fournier: *Vida de la Ciudad de Vitoria*, pág. 289).

(17) "*Poco después del 17 de abril llegaba a Vitoria el duque de Angulema, generalísimo de los ejércitos, alojándose en el palacio de Montehermoso*" (*Idem*).

(18) "*Sesenta mil hombres pasaron por la villa (de Irún) en cuatro días... Posteriormente, los víveres para estas tropas... también pasaron por aquí*". (Ricardo Izquierdo: *Irún*, San Sebastián, 1970, pág. 102).

**JOHN GAY:  
SU INFLUENCIA EN LAS FABULAS  
DE SAMANIEGO**

*Las fuentes de las fábulas españolas  
con Esopo, Fedro, La Fontaine y  
John Gay.*

(Diccionario de Literatura Española,  
Madrid, 1964, pág. 283)

Desde las ediciones iniciales, algunas de ellas  
realizadas en vida de don Félix María de Samaniego,  
el volumen segundo de sus *Fábulas en verso* con-  
tiene una prelación de sus fuentes siguientes:

*A excepción de un corto número de argumentos  
tomados de ESOPHO, FEDRO y LA FONTAINE, to-  
das las demás contenidas en los Apólogos de los  
libros I, II y III pertenecen al fabulista inglés GAY.  
El libro IV es original (1).*

Esta nota, que debe probablemente su redacción  
al propio autor (quién sabe si para conocer los ori-  
genes de su obra), se omite en varias ediciones  
consolidadas, y en otras aparece acortada al pie de  
página. Y sin embargo, es importante desde el punto





*Las fuentes de las fábulas españolas  
son Esopo, Fedro, La Fontaine y  
John Gay.*

(Diccionario de Literatura Española,  
Madrid, 1964, pág. 285)

Desde las ediciones iniciales, algunas de ellas realizadas en vida de don Félix María de Samaniego, el volumen segundo de sus *Fábulas en verso castellano* venía precedido de una escueta advertencia:

*A excepción de un corto número de argumentos sacados de ESOPPO, FEDRO y LA FONTAINE, todos los asuntos contenidos en los Apólogos de los libros I, II y III pertenecen al fabulista inglés GAY. El libro IV es original (1).*

Esta nota, que debe probablemente su redacción al propio autor (¡quién sino él para conocer los orígenes de su musa!), no consta en varias ediciones consultadas, y en otras aparece orillada al pie de página. Y sin embargo, es importante desde el pun-

to de vista de la literatura comparada, porque puede darnos a conocer la medida de la originalidad o de las influencias que sufrió la obra principal del escritor riojano.

El fabulista británico a que se hace alusión es John Gay, quien en 1727 publicó una colección de apólogos que en pocos años alcanzaron amplia difusión en Gran Bretaña y en el occidente europeo. Hay dudas a propósito del conocimiento que Samaniego tenía de la lengua inglesa, pero es seguro, en cambio, que sabía francés, ya que había pasado largas temporadas en el vecino país. Como se apreciará más adelante en este estudio, es probable que consultara más de una edición de los poemas de Gay.

El objeto de las siguientes páginas es el de mostrar al lector la obra de este escritor inglés, la traducción francesa que Samaniego puede haber conocido y, al mismo tiempo, la de ponderar hasta dónde llega la influencia de John Gay en su émulo castellano.

Sirvan como breve introducción a este trabajo las líneas que don Eustaquio Fernández de Navarrete dedica a la gestación del segundo volumen de las fábulas (2):

*El Seminario dió á Samaniego el parabien por el de las suyas, y su tio y los demas socios le animaron á seguir componiéndolas. Sin hacerse de rogar, puso manos á la obra: para mediados del año 1782 ya tenía escrita una colección del mismo número de fábulas que la primera (3); y no olvidando la acusación embozada que se le hizo de falta de originalidad, quiso que el último libro de ella se compusiera de fábulas con argumentos de su propia invención, mostrando a su rival (Iriarte) que el inventar*

asuntos para ellas no era un privilegio que tuviese él solo de la naturaleza. Los demás libros están compuestos, siguiendo argumentos del fabulista inglés Gay, á excepción de unos pocos tomados de Fedro y La Fontaine, á quienes nunca perdio de vista.

El mismo Samaniego leyó esta segunda colección en las juntas, celebradas por la Real Sociedad Vascongada en la villa de Vergara, que empezaron el 27 de setiembre y acabaron el 2 de octubre de 1782, y sus fábulas parecieron mejor que las de la primera parte. Así lo escribía el conde de Peñafiorida á uno de sus amigos y alumnos. Sin que nos atrevamos á entrar en tal comparación, diremos que en esta segunda parte se encuentran fábulas de primer orden, de las que no hacemos mención especial por pasar á hablar del libro IV, que son las originales.

.....

*Esta segunda colección no se publicó hasta 1784 en que se ejecutó en Madrid, en la imprenta de Ibarra, con la misma forma que el tomo anterior.*

Y entremos ya en materia, que no es aconsejable probar la paciencia del lector con exordios prolongados.

## 1. JOHN GAY: RESUMEN BIOGRAFICO

**1685.**—Nace el 30 de junio en Barnstaple, condado de Devon. Queda huérfano a los diez años, y pasa al cuidado de uno de sus tíos, Thomas Gay.

**1708.**—Publica a los veintitrés años su primer poema, *El Vino*, en verso libre.

**1712.**—Lady Mary Scott, duquesa de Monmouth, le escoge como secretario. Se conserva una carta de Pope (de quien Gay fue amigo a lo largo de toda su vida, lo mismo que de Swift, Addison y Steele) en la que le ofrece su enhorabuena por el nombramiento (4).

**1714.**—Renuncia a su situación junto a la duquesa de Monmouth y obtiene, por influencia de Swift, el puesto de secretario de Lord Clarendon. Viaja con él al continente en una misión diplomática que le llevó a la corte de Hanover, aunque apenas permaneció allí dos meses, regresando a continuación a Londres (5).

**1720.**—Aparecen publicados en dos volúmenes sus primeros "Poemas", en la editorial londinense Tonson & Lintot.

**1727.**—Publica la primera parte de sus *Fábulas*. Al subir en este año Jorge II al trono, Gay recibe el nombramiento de ujier de cámara de la princesa Luisa. "*Teniendo en cuenta mi edad —escribe a Pope—, he declinado el cargo, y he presentado a su Majestad una carta con las mejores excusas que he podido encontrar*" (6).

**1728.**—Se presenta al público la más famosa de sus obras, *La Opera del Mendigo*, que se representó sesenta y tres noches seguidas en el Lincoln's Theatre, a partir del 29 de enero, fecha de su estreno. Después de Londres fue representada en Bath, Bristol, Escocia, Irlanda, Gales, e incluso en la isla de Menorca, dominada entonces por las tropas británicas. El pintor Hogarth se inspiró en esta obra para uno de sus cuadros más celebrados.

**1732.**—Muere el día 4 de diciembre, a los cuarenta y siete años de edad, en la mansión, cercana a Piccadilly, del que durante buena parte de su vida había sido su amigo y mecenas: el duque de Queensberry (7). Gay murió soltero. Fue enterrado en la abadía de Westminster, no lejos de la sepultura de Chaucer, junto a los nombres más famosos de Inglaterra. Los marqueses de Queensberry le erigieron allí un monumento conmemorativo que lleva un epitafio escrito por su amigo Pope.

**1738.**—Se publica póstuma la segunda serie de sus fábulas.

Gay fue un escritor en extremo polifacético, que humedeció su pluma en los tinteros más dispares, desde las epístolas en verso hasta los panfletos, églogas, pastorales, tragicomedias, comedias, tragedias baladas, sátiras, farsas, letras para canciones, fábulas e incluso libretos de ópera. No hubo en la práctica género literario sobre el que no arrojara los dados de la fortuna, y la fortuna le fue a veces infiel: buena parte de su obra carece de valor literario, y si el autor ha pasado a la posterioridad, se debe casi exclusivamente a *La Opera del Mendigo* y a las fábulas.

El siglo XX, sin embargo, ha sido testigo de su revalorización, debida sobre todo al interés que despertó por su obra la reposición en 1921 de *La Opera del Mendigo*, a cargo de Nigel Playfair. La aceptación que el público la dispensó (casi doscientos años después de haber sido escrita) queda resumida en el comentario que por entonces escribió el crítico musical del *Annual Register*:



“...Y asimismo *The Beggar's Opera*, con un éxito sin precedentes, ha continuado su ininterrumpida representación a lo largo de todo el año” (8).

## 2. LAS FABULAS

Gay comenzó a trabajar en este género literario, enteramente nuevo para él, en 1721. Ya en diciembre de ese año Pope comentaba en una carta dirigida a Swift:

*Gay está preparando unas fábulas para el príncipe William.*

Tal vez nunca hubiera reparado en esta clase de poemas didácticos de no haber sido por las instancias de la princesa Carolina, futura reina, quien le rogó que los compusiera para la lectura y entretenimiento de su hijo, entonces un niño de corta edad (9). Gay empleó mucho tiempo en su preparación: continuamente las pulía, las destruía y las retocaba. Todavía a finales de 1725 continuaba trabajando en ellas (10). La edición se retrasó aún dos años más, a causa sobre todo del elevado coste de las ilustraciones que los grabadores W. Kent y I. Wootton prepararon para iluminar la obra (y que en opinión de algunos críticos son artísticamente superiores a las mismas fábulas).

Por fin aparecieron al público en marzo de 1727, en un volumen en octavo con la siguiente portada:

FABLES

by Mr. GAY

London

Printed for J. Tonson and J. Watts

MDCCXXVII

El libro consta de dos páginas iniciales y de ciento setenta y tres de texto. Contiene cincuenta fábulas, y cada una de ellas va acompañada de un grabado. Los poemas (a los que no precede, como es frecuente, ninguna introducción teórica sobre las particularidades o fines de este género literario) están precedidos únicamente por un índice y por la siguiente dedicatoria del autor al joven duque de Cumberland, William, hijo segundo del príncipe de Gales y de su esposa, la princesa Carolina:

TO  
HIS HIGHNESS  
Duke of Cumberland,  
These new Fables  
Invented for his Amusement  
Are humbly Dedicated, by  
His Highness's  
Most Faithful and  
Most Obedient Servant  
JOHN GAY

(A su Alteza William, Duque de Cumberland, dedico humildemente estas nuevas fábulas inventadas para su solaz; el más fiel y obediente siervo de su Alteza, John Gay).

Los poemas gozaron pronto de una extensa popularidad. Inglaterra no había tenido hasta entonces fabulistas de importancia, y a decir verdad, ningún otro escritor ha seguido posteriormente los pasos de Gay. Los pocos nombres que se pueden citar, Moore entre ellos, sólo ofrecen al lector (salvo escasas excepciones) una calidad literaria mínima o una adaptación adecuada de los ya conocidos temas clásicos. que de Esopo habían pasado a Fedro, y de éste, hacía aún pocos años, a La Fontaine. Gay, en cam-

bio, conoció en vida tres ediciones de sus *Fábulas*, correspondientes a las fechas de 1727, 1728 y 1729. Y en conjunto son más de trescientas cincuenta las ediciones que de ellas se han impreso desde 1727 hasta finales del siglo XIX. Más de cien años después de la primera edición, todavía se reimprimieron cuatro veces en un solo año, el de 1854: dos en Londres, una en París y la última en Boston.

Pronto fueron, asimismo, traducidas a otros idiomas, entre los que pueden citarse, como más próximos a nosotros, el francés (1759), italiano (1767 y 1773) y el latín (1777); y entre los más alejados, el urdu en 1836 y el bengalí en la misma fecha. No han sido traducidas aún al castellano.

Animado por la buena aceptación con que había sido acogido, Gay se decidió en seguida a iniciar una nueva serie de fábulas. En los días finales de 1731 comentaba en una carta que las tenía bastante adelantadas; y pocos meses más habían transcurrido cuando pudo notificarle a Swift que ya había terminado alrededor de dieciséis. *La moraleja de muchas de ellas —añade— es de carácter político, lo que hace que sean más largas que las ya publicadas. Aunque éste es un género literario que parece muy sencillo, a mí me ha resultado el más difícil de cuantos conozco. Después de haber inventado una fábula y de haber concluído sus últimos versos, desespero de poder encontrar un nuevo tema...* (11).

Esta segunda serie apareció póstuma en 1738 con grabados de Hubert François Gravelot. Sólo contiene las dieciséis fábulas que Gay menciona en la carta anterior. El volumen consta de ocho páginas preliminares y de 155 de texto. Como ocurría en la primera serie, también aquí un grabado acompaña a cada poema. La portada de este nuevo libro era:



## FABLES

By the late Mr. Gay.

Volume the Second

London

Printed for J. and P. Knapton, in Ludgate-Street;  
and T. Cox, under the Royal-Exchange.

MDCCLXXXVIII

Lo mismo que los cincuenta apólogos que componen el volumen primero, están escritos en versos octosílabos; pero a diferencia de aquéllos, tienen —ya lo señalaba Gay— un carácter político mucho más acentuado, dirigido frecuentemente a la corte y los cortesanos.

### 3. LA OPINION DE LOS CRITICOS

Los poemas didácticos de Gay fueron muy bien recibidos por sus contemporáneos, como lo demuestran las tres ediciones impresas en tres años sucesivos; aunque puede deducirse de un comentario de Swift en el tercer número de *The Intelligencer* que algunas de las alusiones del autor resultaron excesivamente personales, y más de un cortesano se dio por aludido y ofendido.

El paso de las generaciones ha terminado por considerar las fábulas de Gay como las mejores escritas en lengua inglesa. Como ejemplo, véase la opinión que le merecen a un crítico de nuestros días:

*Lentas, con un aspecto que es a veces familiar y a veces descuidado, como el poeta mismo, no puede decirse que las fábulas de Gay sean el producto de una musa especialmente inspirada; a pesar de lo*

*cual, su originalidad y la atractiva desenvoltura con que se mueven les ganaron un éxito cierto que duró más de cien años antes de que comenzara a desvanecerse. A excepción de uno o dos apólogos de Cowper o Northcote, los de Gay son todavía, con toda probabilidad, los más estimables con que cuenta la literatura británica (12).*

Este es también el criterio más común sustentado por los analistas e historiadores de la literatura al poner bajo su microscopio los versos de Gay. Su cualidad más aplaudida, si de aplausos puede hablarse, es la originalidad de gran parte de los temas (cualidad que, por otro lado, le niega W. H. Irving (13)). Su crítico y biógrafo decía a este respecto en 1923 que las fábulas de Gay contienen más capacidad inventiva que las mismas de Fedro o de La Fontaine, aunque carezcan *de la elegante brevedad del uno o de la cautivadora sencillez del otro*; y añade que mientras los temas de estos últimos están inspirados en su mayor parte en autores anteriores, los de Gay son —salvo raras excepciones— enteramente originales (14).

Hazlitt abunda en la misma opinión:

*Los apólogos de Gay, sin duda alguna, son una obra de gran mérito, tanto por los valores imaginativos que implican como por la elegancia y facilidad de su ejecución poética (15).*

Es muy probable que, cuando Samaniego se disponía a iniciar la composición de su segunda serie de fábulas, fueran estas mismas cualidades las que le movieran a tomar a John Gay como modelo.



John Gay

F A B L E S.

By Mr. GAY.



L O N D O N:  
Printed for J. T O N S O N and J. W A T T S.  
M D C C X X V I I.

#### 4. LA TRADUCCION FRANCESA DE MME. KERALIO

La primera vez que se tradujeron las fábulas de Gay —parte de ellas solamente— fue en 1754, al publicar Boulanger de Rivery en París un volumen titulado *Fables et Contes*; en él ofrece en francés (junto con otros de Moore, Gellert, Esopo, Fedro, etc.) cuatro poemas del autor británico: *Le Conseil des Cheveaux*, *Le Chien couchant & la Perdrix L'Homme*, *le Crabe & le Limaçon* y por último *Le Lièvre & ses Amis*. Que no existía aún en Francia versión alguna completa de los apólogos de John Gay nos lo confirma el editor galo en una nota que contiene esta advertencia:

*N'ayant point encore paru de traduction des Fables de M. Gay, de Moore, ni de celles de M. Gellert...*

Como Samaniego, sin embargo, no se sirve de ninguno de estos cuatro temas en el segundo tomo de sus *Fábulas en Verso Castellano*, no es arriesgado suponer que desconoció la existencia de la edición de Rivery.

Lo que puede denominarse primera traducción completa no apareció hasta cinco años después, y se debe a madame Marie-Françoise Abeille Guinement de Kéralio, esposa del polígrafo Louis-Félix Guinement de Kéralio. Fue impresa en 1759. El libro consta de treinta y seis páginas preliminares (que contienen una dedicación, una advertencia inicial, un breve bosquejo biográfico de Gay y, finalmente, el índice de las fábulas), seguidas de 278 páginas con el texto francés de los apólogos, en prosa. Las páginas

finales (279 a 312) están dedicadas a la traducción de otro poema de John Gay: *El Abanico*.

Este volumen lleva la siguiente portada:

FABLES  
DE M. GAY,  
SUIVIES DU POEME  
de l'EVENTAIL,  
le tout traduit de l'anglois;  
Par Madame DE KERALIO.

Ce Champ-là ne se peut tellement moissonner,  
Que les derniers venus n'y trouvent à glaner.

La Fontaine

A LONDRES  
Et se trouvent à Paris,  
Chez DUCHESNE, Libraire, rue  
Saint Jacques, au Temple du Goût.

---

MDCCLIX

Madame Marie-Françoise A. Guinement de Kéralio había nacido en Rennes, y su vida transcurrió en París, donde también nació una de sus hijas, Louise-Félicité. Murió a comienzos del siglo XIX. Además de la traducción mencionada de las fábulas inglesas, escribió una novela titulada *Les Soirées d'un fat* (París, 1762, dos volúmenes en doceavo) y un libro, *Visites*, editado también en París en 1792.

Aparte de estas dos traducciones iniciales al francés (la primera de ellas sólo parcial) hubo hasta 1782 tres nuevas versiones que Samaniego pudo haber conocido:

— la traducción en versos latinos de C. Anstey, *Fabulae Selectae* (1777);

- la italiana de 1767: *Le nuove favole di G. Gaye tradotte dall' originale inglese*, que realizó G. F. Giorgetti;
- una nueva versión editada seis años más tarde, en 1773, por el mismo traductor, que contiene una selección de fábulas con el texto inglés incorporado: *Fables, with an Italian translation, by G. F. Giorgetti*.

De estas cinco traducciones que precedieron al segundo volumen de las fábulas españolas, la única que tiene alguna influencia en ellas es la de madame Kéralio, como procuraré mostrar más adelante. He revisado detenidamente las otras cuatro, y no parece que en ningún momento Samaniego las haya consultado.

## 5. LA INFLUENCIA DE JOHN GAY

A pesar de la advertencia inicial de Samaniego ya mencionada, no es del todo cierto que “*a excepción de un corto número..., todos los asuntos contenidos en los Apólogos de los libros I, II y III (del tomo segundo) pertenecen al fabulista inglés Gay*”. Sea quien fuere el autor de esta nota, parece que exageró, puesto que sólo dieciocho de las treinta y tres fábulas de estos libros están inspiradas en las *Fables* de Gay.

Concretamente, sólo son las que cito a continuación (doy también el título inglés de cada uno de los apólogos de Gay:

*Libro VI*

- |   |   |
|---|---|
| Fáb. 1.—El pastor y el filósofo.        | The Shepherd and the Philosopher.       |
| " 2.—El hombre y la fantasma.           | The Universal Apparition.               |
| " 3.—El jabalí y el carnero.            | The Wild Boar and the Ram               |
| " 4.—                                   |   |
| " 5.—El filósofo y el rústico.          | Pythagoras and the Countryman           |
| " 6.—La pava y la hormiga               | The Turkey and the Ant                  |
| " 7.—El enfermo y la visión.            | The Sick Man and the Angel.             |
| " 8.—                                   |   |
| " 9.—                                   |   |
| " 10.—El león, el tigre y el caminante. | The Lion, the Tiger, and the Traveller. |
| " 11.—La muerte.                        | The Court of Death                      |
| " 12.—                                  |   |

*Libro VII*

- |                            |                                |
|----------------------------|--------------------------------|
| Fáb. 1.—El raposo enfermo. | The Fox at the Point of Death. |
| " 2.—                      |                                |
| " 3.—El poeta y la rosa.   | The Poet and the Rose          |
| " 4.—El buho y el hombre.  | The Owl and the Farmer         |
| " 5.—                      |                                |



- |      |  |   |
|------|--|---|
| Fáb. | 1.—  |   |
| "    | 7.—  |   |
| "    | 8.—  |   |
| "    | 9.—  |   |
| "    | 10.—El águila y la<br>asamblea de los<br>animales. | The Eagle and the Assembly<br>of Animals. |
| "    | 11.—   |   |
| "    | 12.—El chivo afeitado                              | The Goat without a Beard                  |

*Libro VIII*

- |      |                                 |                                       |
|------|---------------------------------|---------------------------------------|
| Fáb. | 1.—                             |                                       |
| "    | 2.—El filósofo y la<br>pulga.   | The Man and the Flea                  |
| "    | 3.—                             |                                       |
| "    | 4.—El filósofo y el<br>faisán.  | The Philosopher and the<br>Pheasants. |
| "    | 5.—                             |                                       |
| "    | 6.—                             |                                       |
| "    | 7.—La mariposa y el<br>caracol. | The Butterfly and the Snail           |
| "    | 8.—Los dos titirite-<br>ros.    | The Jugglers.                         |
| "    | 9.—El raposo y el<br>perro.     | The Dog and the Fox.                  |

Todas están inspiradas en las que forman el primer volumen de *Fábulas* de Gay, excepción hecha de la citada en último lugar, *El raposo y el Perro*, que deriva de la primera fábula del tomo segundo.

Así, pues, sólo poco más de la mitad de los apólogos contenidos en los tres libros de Samaniego deben su inspiración a John Gay. En ellos, como puede apreciarse, los títulos son traducciones directas del original en la mayoría de los casos; en ocasiones, muy pocas, el poeta riojano los varía ligeramente.

Las otras quince fábulas que en estos tres libros se hallan libres de la huella de John Gay están tomadas en su mayoría (como también lo indica la ya citada advertencia) de La Fontaine (vi, 12; vii, 2; etc.), Fedro (vii, 7; viii, 1; etc.) y de Esopo (vii, 8 y 11). Algunas pertenecen a la inspiración personal de Samaniego, como es el caso de la titulada *El cerdo, el Carnero y la cabra*, novena en el libro sexto.

Una vez diferenciados los poemas tomados en préstamo a la musa del escritor británico, la pregunta inmediata que puede hacerse el lector es la siguiente: ¿Se trata de una influencia directa, que Samaniego tomara del propio texto impreso en inglés de John Gay, o bien manejó exclusivamente la traducción de madame Kéralio?

La respuesta, al parecer, no ofrece dudas de ningún tipo: Samaniego conoció el texto inglés de las *Fables* y lo tuvo continuamente ante sí mientras en Vergara componía para los alumnos del Real Seminario Vascongado los poemas morales. Si además de la versión inglesa manejó también la traducción gala de la obra, es cosa que veremos más adelante. De lo que no caben dudas es de la realidad del contacto entre el fabulista español y los poemas de su predecesor británico. Un somero examen, en efecto, de puntos concretos en las tres versiones nos confirma que Samaniego mantiene palabras, expresiones, comparaciones, etc., que madame Kéralio había suprimido en su traducción. Pensar que el pri-

mero reconstruyó a partir de la omisión de madame Kéralio un uso determinado que aparece en el lenguaje de Gay, sin conocer lo que los versos de este último habían dicho, es dejar demasiado margen a la casualidad y a la coincidencia. Como los ejemplos son harto numerosos, pensar en una continua casualidad es ya arriesgado, y hasta cierto punto insensato.

Lo cierto es que, en general, Samaniego está bastante más cerca de Gay que de la autora francesa. He aquí algunas muestras:

En la primera fábula del libro séptimo se habla de *la paz de la conciencia*, sin la cual todos los gustos se cambian a la larga en disgustos. Madame de Kéralio suprimió esta expresión y tradujo la frase correspondiente por: *Un jour viendra où vos remords vous feront déplorer votre gourmandise*. Y, sin embargo, Gay había dicho:

Your liquorish taste you shall deplore  
When *peace of conscience* is no more.

De igual manera, en la fábula española de *La Pava y la Hormiga* se lee:

Y todos nuestros cuerpos  
*Humean* en las mesas  
De nobles y plebeyos.

El uso del verbo aquí subrayado no puede proceder en modo alguno de Kéralio, porque en la frase de esta traductora no lo encontramos: *Enfin l'on voit des Coqs-d'Inde sur toutes les tables*. Es, en cambio, un verbo que figura en la versión original:

The Turkey *smokes* on evening board

Un ejemplo más lo hallamos cuando Samaniego habla de las orugas, gérmenes de futuras mariposas,

Que

*De sus tripas hilaban y tejían;*

No es muy probable que esta expresión esté tomada de madame Kéralio, habiéndose limitado esta escritora a decir: *Tu formois d'inutiles & hideux ouvrages*; sino que emana directamente de las propias palabras de John Gay, quien había escrito:

*And from your spider-bowels drew  
Foul film.*

En ocasiones la versión española de estos poemas sigue tan de cerca, tan paso a paso, los menores detalles de la huella trazada por Gay, que la evidencia se torna manifiesta e indubitable. Casos como el siguiente son los que demuestran que Samaniego conoció, manejó y bebió sin conductos intermedios de la fuente original de los apólogos. Los versos 27 y 28 de la fábula cuarta del séptimo libro, *El buho y el hombre*, dicen así:

*Si rara vez me digno, como sabes,  
De visitar la luz...*

Las tres palabras subrayadas pertenecen a un solo verso en el correspondiente poema de Gay:

*Whene'er visit light I deign.*

Hablar de coincidencias en ejemplos como el presente es casi imposible, muy en especial si tenemos en cuenta la traducción que a los lectores franceses

había proporcionado madame de Kéralio: *Que je gaigne paroître au gran jour.*

Si en vez de saltar de fábula en fábula recogiendo las muestras más definidas, nos limitamos a una cualquiera de ellas y hacemos el cotejo de las tres versiones, la conclusión es la misma: Samaniego se basó directamente en la de Gay, y no en la de Kéralio. Tomemos como ejemplo la primera de las fábulas, *El Pastor y el Filósofo*, y se verá igualmente que el poema castellano brota con natural transparencia del de Gay. Así, cuando Samaniego escribe el verso

O pesaste de Tulio el gran talento,

haciendo referencia a Marco Tulio Cicerón, la idea no puede haberle llegado de Mme. Kéralio, que en su traducción eliminó toda alusión al orador latino, sino de Gay:

And hast thou fathom'd Tully's mind.

A la misma fábula en sus tres distintas versiones pertenecen los siguientes paralelos, que no hacen sino insistir en la dependencia constante de Samaniego sobre Gay:

S — *nuptial* amor

K — amour conjugal

G — *nuptial* love

S — Del ente *más sencillo y pequeñito*

K — les moindres objects

G — from the *most minute and mean*

S — Tu ciencia verdadera

Tu virtud acredita.

K — Tue es vertueux; tu es donc sage

G — Thy virtue proves thee truly wise

(Aquí los versos castellanos son, en la práctica, la traducción literal de la frase inglesa).

S — costumes, leyes y usos

K — les loix, les usages & les moeurs

G — customs, laws and manners

(Obsérvese en este último ejemplo cómo Samaniego ha mantenido el orden de las palabras y la supresión de los artículos, cosas ambas que madame Kéralio había alterado).

S — buho solemne, despreciable

K — méprisent la gravité du Hibou

G — the solemn owl despise

La lista de muestras semejantes a las anteriores podría ser interminable, pero su misma enumeración exhaustiva carece de objeto, porque la demostración es transparente.

## 6. SAMANIEGO Y LA TRADUCCION DE MME. KERALIO

¿Consultó el autor alavés, aunque sólo sea someramente, la traducción francesa? ¿Formaba parte la versión en prosa de Madame Guinement de Kéralio de lo que Samaniego llama en el prólogo del volumen primero “*mi pequeña librería de fabulistas*”?

Carecemos de datos concretos que den una res-

puesta cierta, afirmativa o negativa, a estas preguntas. No podemos basarnos para contestarlas en lo que parece una probable seguridad del desconocimiento que tenía de la lengua inglesa, porque la influencia directa y concreta de la versión original de Gay es demasiado patente en las *Fábulas en verso castellano*. Sólo un análisis detallado del lenguaje nos puede proporcionar algún dato. Y lo cierto es que, si tenemos en cuenta única este aspecto, descubriremos que en varias ocasiones —no demasiadas— Samaniego está mucho más próximo a madame Kéralio que a John Gay. Esta aproximación o lejanía relativa no debe ser motivo de extrañeza para el lector, ya que la traductora francesa, según confiesa en la “advertencia” que precede a su versión de los apólogos, ha evitado con frecuencia la traducción literal y no ha tenido, en cambio, reparo alguno en alterarlas siempre que le ha parecido necesario o conveniente:

*Il ne me reste qu'à prévenir le Public, à qui j'offre cet Ouvrage, des changemens que je me suis permis d'y faire de temps en temps pour rendre la lecture plus agréable. Il m'a semblé nécessaire de le rapprocher quelquefois de nos moeurs...*

Ocurre así que hay expresiones en estas dieciocho fábulas que parecen un calco del vocabulario y del lenguaje utilizado por madame Kéralio. Véase el subrayado adjunto, como muestra más inmediata:

- *Quelle bête téméraire voudroit s'opposer à ma force incomparable?*
- *¿Habrà bestia sañuda y enemiga Que se atreva a mi fuerza incomprable?*

(vi, 10)

O este otro perteneciente al tercer poema del libro sexto:

— ...*regardait* de lon cet *affreux spectacle*.  
— que el *trágico espectáculo miraba*.

De manera similar hallamos que John Gay no menciona la *virtud* en los versos que en la introducción de su obra hablan de la fama que acompañaba a un sabio pastor retirado en la soledad de su cabaña:

His wisdom and his honest fame  
Through all the country raised his name.

Madame Kéralio, no obstante, tradujo este parreado por la frase siguiente: *En peu de tems ses vertus l'eurent fait connoître*. Y lo mismo que ella, también Samaniego usa la expresión "*virtud*":

Sus canas, su experiencia  
Y su *virtud* le hicieron finalmente  
Respetable varón, hombre de ciencia (vi, 1).

¿Se trata de una simple coincidencia, junto con los dos ejemplos anteriores? Personalmente tengo serias dudas.

Encontramos asimismo que, con harta frecuencia, los detalles suprimidos por madame Kéralio en su traducción faltan también en la adaptación castellana. Es como si Samaniego hubiera ponderado a menudo las dos oportunidades que ante sí se ofrecían, la francesa y la inglesa, y se hubiera decidido a veces por la de madame Kéralio. Véase como muestra, en el ejemplo adjunto, cómo está ausente de las versiones francesa y española la alusión del poeta inglés a los capuchinos, y se halla en cambio en Samaniego la relativa a los habitantes de Moscú, que Kéralio mantiene:



G — E'n Muscovites have mow'd their chins.  
Shall we, like formal Capuchins  
Stubborn in pride, retain the mode,  
And bear about a hairy load?

K — Les moscovites mêmes se sont fait raser.  
Conserverons nous seuls un barbare usage,  
& nous verra-t-on toujours ce poids  
ridicule au menton?

S — Pues ya cuentan que son los moscovitas,  
Si barbones ayer, hoy señoritas.  
¡Qué cabrunos estilos tan groseros!  
A bien que estoy en tierra de barberos.

(vii, 12)

O considérese también la comparación siguiente: Gay menciona varias clases determinadas de pájaros, entre ellos tordos y ruiseñores, que huyen atemorizados ante la presencia solitaria del filósofo que pensativo camina por el bosque. Kéralio, quién sabe si impulsada por su capricho femenino, no traduce ninguno de estos nombres; e igualmente los evitan las estrofas del fabulista español:

G — The song broke, the warblers flew;  
The thrushes chatter'd with affright,  
And nightingales abhorr'd his sight.

K — La Musique cesse: les Chantres ailés s'en-  
fuient, & ne donnent plus que les sons  
que la crainte leur arrache.

S — Interrúmpese el canto;  
Las aves vuelan a mayor distancia.

(viii, 4)

Hay un buen número de detalles de la misma naturaleza que aproximan los apólogos de Samaniego a la traducción francesa aparecida en 1759. Su misma enumeración sería prolija. Baste una última mención: en la fábula de *La Pava y la Hormiga* Gay habla de un *pollero*; mientras que Kéralio tradujo esta palabra por *cuisinier*. Samaniego se apropió de la modificación, y nos ofrece en sus versos:

¡Oh qué días los nuestros,  
Si no hubiese en el mundo  
Malditos cocineros!

¿Estamos ante una nueva coincidencia? No lo creo así.

En ocasiones, la semejanza entre la versión británica, la francesa y la castellana es incluso más profunda de lo que podría esperarse. Samaniego se ha esforzado muy poco por disimular la fuente en que se inspira, y hay un buen número de ejemplos en los que resulta extremadamente dificultoso asegurar si su modelo ha sido el original inglés o la posterior versión francesa.

Léase, a modo de ejemplo ilustrativo, la descripción inicial de su fábula *La Mariposa y el Caracol* (viii, 7), y compáresela con la inmediata traducción francesa o con los versos de Gay:

S — En un bello jardín, cierta mañana,  
Se puso muy ufana  
Sobre una blanca rosa  
una recién nacida mariposa.  
El sol resplandeciente  
Desde su claro oriente  
Los rayos esparcía;  
Ella, a su luz las alas extendía...

nouvellement éclos se panadoit sur une  
 K — Au soleil brillant du matin, un Papillon  
 rose. La vanité gonfloit son coeur; il dé-  
 ployoit avec fierté ses ailes d'or enrichies  
 de'azur, & en admiroit les vives couleurs.

G — As in the sunshine of the morn  
 A Butterfly, but newly born,  
 Sate proudly perking on a rose  
 With pert conceit his bosom glows;  
 His wings, all glorious to behold,  
 Bedropt with azure, jet, and gold,  
 Wide he displays...

Dado que en este caso la traducción de madame Kéralio es bastante literal, no hay posibilidad alguna de saber cuál de los dos, Gay o ella, ha sido el modelo directo de Samaniego. Estas tres facetas del mismo poema quedan así tan nítidamente relacionadas que no sólo es común en ellas la idea o el desarrollo del tema, sino incluso el vocabulario y las expresiones utilizadas por los tres autores, como puede apreciarse en el cuadro adjunto:

Samaniego	John Gay	Mme. Kéralio
mañana	morn	matin
mariposa	butterfly	papillon
recién nacida	newly born	nouvellement éclos
sol resplandeciente	sunshine	soleil brillant
rosa	rose	rose
alas	wings	ailles
extendía	displays	déployoit
ufana	proudly	avec fierté
colores	azure, jet and gold	couleurs

## 7.—LA IMPRONTA DE SAMANIEGO

A pesar de la neta influencia de Gay sobre las dieciocho fábulas aquí estudiadas, el autor riojano no se conformó en ningún momento con ser únicamente el traductor de los versos de su predecesor. Madame Kéralio, o Giorgetti, o Anstey, o cualquiera de los otros traductores de los apólogos de Gay al francés, italiano o latín, no han pasado a la historia de la literatura como fabulistas de mérito, sino exclusivamente como traductores. Samaniego, en cambio, permanece en las letras españolas como uno de los fabulistas por antonomasia, sin que en esta apreciación se exceptúe ninguno de sus libros. Si los poemas prestados de la inspiración de John Gay pertenecen ya a la mitología imaginativa de la literatura castellana, esto se debe en parte al hecho de que el poeta alavés supo darles el cuño preciso para que en todo momento se los considere productos de su creación y no meras traducciones.

Puede afirmarse así, al igual que de los apólogos que recibió de Esopo, La Fontaine o Fedro, que Samaniego no es original en el tema, pero sí en la forma. Por lo demás, pocos fabulistas han pretendido nunca ser originales, o, como dice Juan Antonio Tamayo en el *Diccionario de Literatura Española*,

*no hay linaje de obras literarias en que los autores se copien o imiten más unos a otros que la fábula (16).*

La forma, pues, es lo que va a definir estos dieciocho poemas como emanados de su pluma; y aunque hemos visto en ejemplos anteriores que hay abundantes casos en que sigue al pie de la letra al autor

FABLES  
DE M. GAY,  
SUIVIES DU POËME  
DE L'ÉVENTAIL,  
LE TOUT TRADUIT DE L'ANGLAIS;  
Par Madame DE KERALIO:

*Ce Champ-là ne se peut tellement moissonner,  
Que les derniers venus n'y trouvent à glaner.*  
La Fontaine.

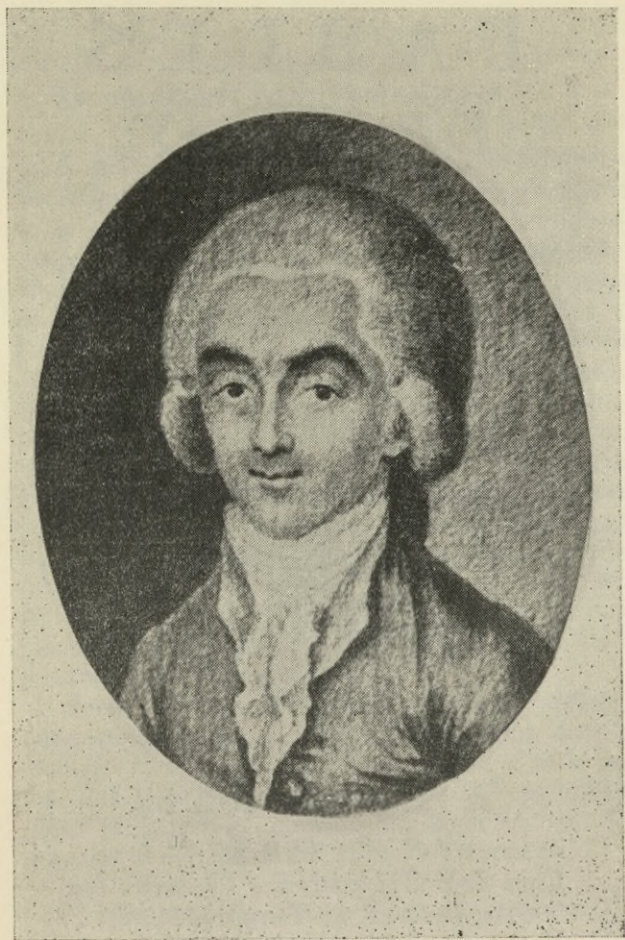


A LONDRES,  
*Et se trouvent à Paris,*  
Chez DUCHESNE, Libraire, rue  
Saint Jacques, au Temple du Goût.

---

M. DCC. LIX.

Portada de la primera traducción francesa de las  
Fábulas de John Gay



Félix María de Samaniego

británico (incluso en la elección de las palabras y en su situación dentro del verso), no hay duda de que Samaniego pretendió y logró una adaptación de los mismos al espíritu castellano, a nuestros usos y costumbres, y a lo que, de una manera hartamente amplia, podría denominarse la idiosincrasia del lector español.

Esto se comprende, por ejemplo, cuando en una fábula con tantas deudas a la original de Gay como *El Pastor y el Filósofo* (vi, 1) comenzamos con los ecos clásicos de fray Luis de León:

De los confusos pueblos apartado,  
Un anciano Pastor vivía en su choza,  
En el feliz estado en que se goza  
Del vivir ni envidioso ni envidiado.  
No turbó con cuidados la riqueza  
A su tranquila vida,  
Ni la extremada mísera pobreza  
Fue del dichoso anciano conocida.

Incluso la elección del endecasílabo y la situación de los adjetivos y epítetos en los versos rememoran las liras del profesor agustino de Salamanca.

Pasando en el libro sexto de la primera a la fábula quinta, *El Filósofo y el Rústico*, tema recibido de la que John Gay titula *Pythagoras and the Countryman*, se halla asimismo un verso inicial tan profundamente enraizado en el eje de la tradición literaria española como el siguiente:

La del alba sería  
La hora en que...,

que hace sin duda recordar las palabras cervantinas que inician el capítulo cuarto de su primer libro:

*La del Alva sería, quando don Quixote...*

Nueva alusión a la tradición literaria castellana la encontramos en el nombre que el poeta da a su amada (fábula tercera del libro séptimo) en el diálogo que mantiene con la rosa. Gay la había llamado *Lesbie*. Madame Kéralio, por su parte, inventa un nuevo personaje y habla de dos caracteres femeninos: *Lesbie* y *Dorinde*. No parecieron gustarle mucho a Samaniego estos nombres de mujer, y prefirió para la versión final de su poema uno con amplios ecos en la poesía de los siglos de oro: Clori. Quevedo cuenta con dos poemas titulados *A Cloris*, uno de ellos escrito en 1611; y don Luis de Góngora y Argote comienza uno de sus romances:

*Cloris, el más bello grano...;*

y el primer verso de una de sus décimas es:

*Tu beldad, Clori, adoré.*

La mayor parte de las veces, no obstante, no se trata exclusivamente de alusiones o referencias más o menos veladas al sentimiento y conocimientos literarios de sus lectores, sino que introduce caracteres hispánicos de todo tipo, sean geográficos, monetarios, etc. Cuando, por ejemplo, el filósofo de la fábula quinta (libro sexto) le pregunta al rústico que martiriza a un milano:

¿Qué haces de esa manera?

la contestación que el campesino le proporciona podría haber salido espontáneamente de muchos habitantes de Castilla:

Castigar a un ladrón de mi cortijo,  
Que en mi corral ha hecho más destrozos  
Que todos los ladrones en Torozos.



Como ya supondrá el lector, no hay en Gay ninguna alusión a estos montes vallisoletanos de escasa altura, poblados de carrascas y encinos. Más aún, no se encuentra en el poema de Gay alusión a monte alguno.

Cuando en la fábula siguiente (sexta del libro sexto) el autor comienza su cuento relatando que

Al salir con las yuntas  
Los criados de Pedro,  
El corral se dejaron  
De par en par abierto;  
Todos los pavipollos  
Con su madre se fueron,  
Aquí y allí picando,  
Hasta el cercano otero;

todo nos ayuda a idear para la escena un paisaje español, y diría más, castellano: desde el nombre propio: *Pedro*, hasta el uso del vocablo *otero*; sin dejar de lado la rima asonantada del apólogo, con sugerencias de viejo romance.

Si de la sexta pasamos a la séptima, encontraremos que el enfermo dialoga con la visión en términos de *doblonos* y *ochavos*, mientras que Gay había utilizado en situación idéntica una voz que entonces era extraña en sus connotaciones monetarias al lector medio español, la *libra*.

A pesar de todo, la adaptación más importante que hace Samaniego en estos poemas no reside en las alusiones más o menos numerosas del tipo mencionado hasta ahora, que podrían sólo expresar uno de los deseos ya manifestados por la traductora francesa (“*il m’a semblé nécessaire de le rapprocher quelquefois de nos moeurs*”), sino más bien en la nueva reestructuración con que el escritor riojano dibuja

muchas de las fábulas inspiradas en Gay. Un breve recorrido por ellas nos lo demostrará.

En el apólogo *The Jugglers* (los juglares), Gay manifiesta desde el primer momento la personalidad de los dos contendientes: un juglar y su contricante el Vicio. Samaniego, en cambio, mantiene incógnita a lo largo de todo el poema la identidad del segundo *titiritero*, como él los denomina, consiguiendo que el lector vaya preguntándose interiormente a medida que adelanta en la fábula, quién es este segundo personaje que tales maravillas produce. El sentido del misterio y de la curiosidad, que no existen en Gay, son patentes en Samaniego. Y sólo el último verso del poema desvelará las interrogantes que *en todo el pueblo admirado*, y en el lector, se han ido creando:

Ese hombre tiene un diablo en cada dedo.

... ..

Que declare su nombre.

El concurso lo pide, y el buen hombre

Entonces, más modesto que un novicio,

Dijo: "No soy el diablo, sino el vicio".

Creo que esta retención de la incógnita hasta la palabra postrera del apólogo es un acierto indudable del nuevo planteamiento en la versión del poeta español, que sitúa su valor por encima incluso del original inglés.

Otra de las técnicas usadas por el poeta de La Guardia y desconocidas en la obra de Gay es la inclusión de una fábula menor en el marco de otra más amplia. El apólogo de *La Pava y la Hormiga*, pongamos por caso, termina con la recriminación que el

insecto le hace a la pava, lo que en realidad deja ya completo el poema. Samaniego, sin embargo, continúa explayando su sentido, y prefiere estar seguro de que el lector ha captado todo el mensaje contenido en los versos anteriores. Esta tarea la realiza por medio de un nuevo ejemplo animal:

No respondió la Pava  
Por no saber un cuento,  
Que era entonces del caso,  
Y ahora viene al pelo.  
Un gusano roía  
Un grano de centeno:  
Viéronlo las Hormigas:  
¡Qué gritos! ¡Qué aspavientos!  
“Aquí fue Troya, dicen:  
Muere, pícaro perro”;  
Y ellas ¿qué hacían? Nada;  
Robar todo el granero.

Esta técnica, que no constituye sino el apéndice final de la fábula citada, cobra mayor importancia en el apólogo doce del libro séptimo, *El Chivo afeitado*. Samaniego comienza aquí con una fábula-acertijo que no pertenece a Gay, cuya respuesta ilustrará posteriormente el poema del autor británico sobre el chivo afeitado. Esta introducción de diálogo rápido añade también al conjunto unos valores ignorados en el ejemplo de Gay:

“Si aciertas, Juana hermosa,  
Cuál es el animal más presumido,  
Que rabia por hacerse distinguido  
Entre sus semejantes,  
Te he de regalar un par de guantes.  
No es el pavón, ni el gallo,

Ni el león, ni el caballo;  
Y así, no me fatigues con demandas”.  
“¿Será tal vez... el mono?” “Cerca le andas”  
“¿El mico?”. “Que te quemas;  
“Pero no acertarás: no, no lo temas.  
“Déjalo, no te canses el caletre.  
“Yo te diré cuál es: el Petimetre”.

Samaniego logra con esta suma de dos ejemplos dentro del mismo apólogo un mayor realce de la moraleja final, y una más profunda impresión de la misma en el ánimo del lector. Como ya he dicho líneas más arriba, Gay desconoce esta técnica.

No en todas las fábulas, sin embargo, ocurren modificaciones como las observadas hasta ahora, y hay varias en las que Samaniego sigue al pie de la letra, casi verso por verso, el planteamiento y desarrollo de la fábula original. La incluida en el apéndice de este trabajo es una de ellas.

En versificación —no hay que decirlo— el poeta de Laguardia no debe nada a John Gay, y es de todo momento original. Nunca hace uso del octosílabo, que es la medida constante de los versos de Gay. Sigue apegado a los metros preferidos hasta entonces, endecasílabos y heptasílabos o pie quebrado (17), con los que había redactado la primera serie de fábulas. Recurre con frecuencia, como ya hiciera antes, a la rima sencilla del pareado. De vez en cuando elige también la asonancia de los romances populares: dos de los dieciocho apólogos están escritos en este metro, *La Pava y la Hormiga* y *El Poeta y la Rosa*.

Todos los párrafos anteriores vienen a demostrar suficientemente que Samaniego fue sincero, y nítido en su expresión, cuando en el prólogo de las *Fábulas* nos resume su modo de utilizar las fuentes literarias en las que se ha inspirado: *Me resolví a escribir...*,

*entresacando tal cual de algún moderno, y entregándome con libertad a mi genio, no sólo en el estilo y gusto de la narración, sino en el variar rara vez algún tanto, ya el argumento, ya la aplicación de la moralidad; quitando, añadiendo o mudando alguna cosa, que, sin tocar el cuerpo principal del apólogo, contribuya a darle cierto aire de novedad y gracia.*

## 7. EL INFLUJO DE GAY EN OTROS FABULISTAS DE HABLA CASTELLANA

A través de la adaptación de Samaniego, las fábulas de John Gay han pasado posteriormente a varios escritores españoles y sudamericanos, que han readaptado, cada uno dentro de su peculiar estilo, los temas derivados del autor inglés.

Es uno de ellos el padre Cayetano Fernández, de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, quien en 1864 publicó en esta capital un volumen de *Fábulas Ascéticas*. Además de bastante originales, adapta algunos apólogos tradicionales a su fin de edificación religiosa. Aunque el resultado es en ocasiones chabacano y de mal gusto, la moral de los poemas carece del más mínimo sentido común y, yendo tras la virtud, lo único que el padre Cayetano logra es el ridículo y el esperpento religioso más desafortunados, puede, sin embargo, apreciarse a veces una tal vez lejana influencia de los poemas didácticos que Samaniego debe a Gay. Léase, a guisa únicamente de ejemplo, la fábula siguiente (segunda del libro quinto):

Buscaba el Rey del infierno  
 Un Ministro asaz inicuo,  
 Para hacer horrible estrago  
 En el sexo femenino.  
 A este fin convoca al Lujo,  
 Al Amor, a los Caprichos,  
 Y ¡*Buenos son!* (dice al verlos)  
*Mas no llenan mis designios*".  
 En esto, en ruda algazara  
 Acuden los malos Libros:  
 ¡Ya la elección está hecha!  
 La NOVELA es el Ministro.

A quien se halle familiarizado con las fábulas de Samaniego, el sabor de estos versos —si alguno tienen— le resultará conocido, y es probable que evoque el undécimo poema del libro sexto, que el poeta riojano titula "*La Muerte*", y que John Gay a su vez había llamado "*La Corte de la Muerte*". El desarrollo temático de estos dos poemas es el siguiente: La reina Muerte busca un ministro de estado; se presentan varios candidatos, entre ellos la Pulmonía y la Peste, pero al final la Muerte escoge como ministro al que considera el vicio más pernicioso: la Intemperancia. El paralelismo respecto al tema del P. Fernández es importante, como puede apreciarse. Pero tanto Samaniego como el escritor británico ofrecen al lector la ventaja de una mayor sensatez. En el Padre Fernández, al contrario, el constante deseo de llevar el agua a su molino, aunque sea contra corriente, es manifiesto en extremo.

Por si la moral que pretende parafrasear en sus composiciones versificadas no estuviera suficientemente clara después de la extensa moraleja que suele acompañar a cada uno de los poemas, hace que todos vayan acompañados por un subtítulo explica-

tivo, que en el caso presente es: *Las novelas son el peor enemigo de las mujeres* (!).

No es éste el único ejemplo de las *Fábulas Ascéticas* que muestra la influencia de Gay y Samaniego. Varios otros conservan también detalles que rememoran el doble eco citado. Sirva de muestra el apólogo décimo del libro IV, que el padre Fernández titula *Júpiter y varios animales*, y que tanto Gay como su adaptador español titularon *El águila y la asamblea de los animales*. Recuérdense los versos de Samaniego en esta composición:

Todos los animales cada instante  
Se quejaban a Júpiter tonante.  
El dios...  
En lugar de sus rayos y centellas...

Pues bien, el Padre Cayetano Fernández, que ha adaptado el tema tradicional a sus miras particulares (“*la elección de estado es asunto que exige mucha madurez*”), da la siguiente versión vivaz y pentasilábica:

Y al almo Júpiter  
Van con el cuento  
... ..  
El dios Tonante  
... ..  
Lanzando rayos  
Da su dcreto.



Otro de los autores novecentistas a quienes Samaniego trasmite la influencia recibida de John Gay es Pascual Fernández Baeza, que publicó en Madrid una *Colección de Fábulas Morales* (segunda edición, 1853). Sólo se puede apreciar en ellas un ligero rastro de la versión original inglesa, mayor ciertamente

en lo que a la idea motriz del poema se refiere que en su forma y detalles externos, que en esta tercera generación han perdido ya toda semejanza con los de Gay. Uno de los momentos en que puede apreciarse esta huella de modo más nítido es cuando Fernández Baeza escribe en su fábula XXXIX, *El Mochuelo* (página 81 y 82 de la edición mencionada):

Cual joven chicuelo  
Te espresas, mostrando  
Tu falta de seso:  
un sabio profundo  
al frente tenemos.  
La grave apostura  
de aqueste mochuelo,  
sus fijas miradas,  
modales severos,  
guardando prudente,  
preciado silencio,  
nos pintan al vivo  
su grande talento.

Recuerdan estos versos asonantes a los compuestos por Samaniego en la fábula cuarta del séptimo libro, *El Buhu y el Hombre*:

Piensas a lo vulgar, eres un necio,  
Dijo el solemne buhu con desprecio;  
Mira, mira, ignorante,  
A la sabiduría en mi semblante:  
Mi aspecto, mi silencio, mi retiro,  
Aun yo mismo lo admiro...

Y a su vez este poema está basado en el que John Gay titula *The Owl and the Farmer* (el buhu y el granjero):



Reason in man is mere pretence:  
How weak, how shallow, is his sense!  
To treat with scorn the Bird or Night,  
Declares his folly or his spite.

... ..

But the more knowing feather'd race  
See wisdom stamp'd upon my face.

Autor de mucha menos importancia que los dos que acabo de citar es Daniel Barros Grez, del que existen unas *Fabulas Orijinales* (sic), cuya segunda edición apareció al público en Santiago de Chile en 1862. No quiero mencionar aquí el carácter de infaliteratura que parece tener esta obra, ni sus múltiples deficiencias formales y estéticas, sino simplemente señalar lo que me ha parecido un eco lejano de Gay y Samaniego. Si alguno existe, en efecto, está tan maleado que casi valdría más no tomarlo en consideración. Baste aquí, de todos modos, hacer mención de la fábula XXXI de este autor, que no he podido menos de relacionar con la última del libro octavo en la versión de Samaniego, *El Raposo y el Perro*. Barros Grez titula su composición *El Zorro i el Perro*; y aunque en ella no existen ninguna de las buenas cualidades que hacen agradable la de su predecesor riojano, el tema al menos parece ser común. Inclusive ciertos puntos de la forma externa del poema podrían considerarse paralelos. Cuando, por ejemplo, Samaniego dice que *el mastín de un pastor*

El estuche molar al punto aplica  
Al mísero Raposo,

Barros Grez replica en su particular adaptación (pág. 47 de la edición citada):

...i al instante

Un terrible Mastín me le hecha (sic) el guante.

La versión original de John Gay, por su parte, llevaba el título de *The Dog and the Fox* (el perro y el zorro), y estas precisas líneas rezaban:

So saying, on the Fox he flies;  
The self-convicted felon dies.

Sólo citaré finalmente, para no hacer demasiado prolija la enumeración de estos fabulistas de menor importancia, la obra del padre jerónimo fray Ramón Valvidares y Longo, publicada en 1811, *Fábulas Satíricas, Políticas y Morales*. La influencia de Samaniego es patente, pero sólo me ha parecido encontrar en el fabulario de este miembro de la Academia de Buenas Letras de Sevilla una composición con huellas de Gay: se trata de la fábula XXXIX, *Júpiter y el Asno*, y ejemplarizaz las quejas que los animales presentaron al rey de los dioses, y la solución que éste les brinda. En definitiva, el tema del apólogo décimo del libro séptimo de Samaniego, cuyo título es *El Aguila y la Asamblea de los Animales*. La moraleja es, en uno y otro caso, semejante. Mientras que este último autor escribe:

...Entre tanto viviente  
De uno y otro elemento,  
Pues nadie está contento,  
No se encuentra feliz ningún destino.  
Pues ¿para qué envidiar el del vecino?,

Valvidares y Longo comenta (pág. 119):

Entonces la experiencia  
Les hizo conocer que aquel destino  
Dò la divina providencia  
Coloca à cada qual, es su camino;  
Y el quererlo mudar es desatino.

La fábula de Samaniego y la de Valvidares proceden ambas, a mi entender, del cuarto apólogo de Gay, titulado *The Eagle and the Assembly of Animals* (el águila y la asamblea de los animales), aunque cierto es que a moraleja no está tan explícita en la versión inglesa como en sus dos adaptaciones castellanas.

No hay que olvidar, con todo, al tratar de todas estas influencias posteriores, que resulta a veces extremadamente difícil seguir el rastro dejado por la inspiración inicial de John Gay. Samaniego era consciente de este hecho, aplicado en general al género literario de los apólogos, y a él dedica unas pocas líneas en el prólogo de su primer volumen:

*Cualquiera que se ponga a cotejar una fábula en diferentes versiones la hallará tan transformada en cada una de ellas respecto del original, que degenerando por grados de una en otra versión, vendrá a parecerle diferentes en cada una de ellas.*

## 8. CONCLUSIONES

Todos los puntos desarrollados en las páginas anteriores abocan a los siguientes resultados:

— La influencia de Gay no abarca tantas fábu-

las como inicialmente hace creer la advertencia preliminar del volumen segundo. Mientras que dieciocho le deben su origen, quince provienen de otras fuentes tradicionales.

— Samaniego conoció y consultó la edición inglesa.

— Es asimismo probable que utilizara la única traducción francesa que hubo hasta 1811: la de madame Guinement de Kéralio; aunque la huella de esta versión es inferior a la del original.

— Samaniego es en numerosas ocasiones original en la estructura y replanteamiento de los apólogos de Gay, y siempre lo es en la versificación y en la elección de metro y rima.

— Finalmente, ha sido el vehículo a través del cual se han extendido a otra amplia serie de fabulistas los temas inventados por John Gay.

## APENDICE

Dada la dificultad de hallar en las bibliotecas españolas tanto la traducción de madame Kéralio como los poemas ingleses de John Gay, ofrezco a continuación al lector las tres versiones de un mismo apólogo:

### *El raposo enfermo*

El tiempo, que consume de hora en hora,  
Los fuertes murallones elevados,  
Y lo mismo devora  
Montes agigantados,  
A un Raposo quitó de día en día

Dientes, fuerza, valor, salud; de suerte  
Que él mismo conocía  
que se hallaba en las garras de la muerte  
Cercado de parientes y de amigos,  
Dijo con trémula voz y lastimera:

*Oh vosotros, testigos  
De mi hora postrera,  
Atentos escuchad un desengaño!  
Mis pasadas culpas me atormentan;  
Ahora, conjuradas en mi daño,  
¿No veis cómo a mi lado se presentan?  
Mirad, mirad los gansos inocentes  
Con su sangre teñidos,  
Y los pavos en partes diferentes  
Al furor de mis garras divididos.  
Apartad esas aves que aquí veo,  
Y me piden sus pollos devorados:  
Su infernal cacareo  
Me tiene los oídos penetrados.*

Los raposos le afirman con tristeza,  
No sin lamerse labios y narices:

*Tienes desdentada la cabeza;  
Ni una pluma se ve de cuanto dices.  
Y bien lo puedes creer, que si se viese...*

*Oh glotones!, callad; ya, ya os entiendo,  
El enfermo exclamó: ¿Si yo pudiese  
Corregir las costumbres cual pretendo!  
¿No sentís que los gustos,  
Si son contra la paz de la conciencia,  
Se cambian en disgustos?  
Tengo de esta verdad gran experiencia.  
Expuestos a las trampas y a los perros,*

*Matáis y perseguís a todo trapo,  
En la aldea gallinas, y en los cerros  
Los inocentes lomos del gazapo.  
Moderad, hijos míos las pasiones;  
Observad vida quieta y arreglada,  
y con buenas acciones  
ganaréis opinión muy estimada.*

*Aunque nos convirtamos en corderos,  
Le respondió un oyente sentencioso,  
Otros han de robar los gallineros  
A costa de la fama del Raposo.  
Jamás se cobra la opinión perdida:  
Esto es lo uno. A más, ¿usted pretende  
que mudemos de vida?  
Quien malas mañanas ha... ya usted me entiende.*

*Sin embargo, hermanito, crea, crea...  
El enfermo le dijo. Mas, ¡qué sientol...  
¿No oís que una gallina cacarea?  
Esto sí que no es cuento.*

*Adiós sermón; escápase la gente.  
El enfermo orador esfuerza el grito:*

*¿Os vais, hermanos? Pues tened presente  
Que no me haría daño algún pollito.*

*Le Renard mourant*

Un vieux Renard touchoit à sa dernière heure. Déjà sa mâchoire tremblante & désarmée avoit perdu tout appétit. Entouré de sa famille prête à recevoir ses dernières volontés, il souleva sa tête avec peine, & prononça d'un ton foible & languissant ces paroles remplies de sagesse:

*Ah! mes enfans, renoncez à l'iniquité, suivez mes avis salutaires; en ces derniers momens, je sens tout le poids de mes crimes. Voyez, voyez ces Oies égorgées. Pourquoi ces Coqs-d'Inde sanglans s'offrent-ils devant moi? Pourquoi cette troupe gloussante, qui me demande ses petits?*

Ses enfans affamés regardoient de tous côtés, se préparant au festin que leur annonçoit leur père. *Où est donc, dirent-ils, cet excellent repas? nous avons beau regarder, nous ne voyons seulement pas une plume. Ces Oies, ces poules, ces coqs-d'Inde sont apparemment des phantômes de votre esprit troublé, & vos enfans lèchent en vain leurs lèvres.*

*O gloutons, leur dit-il, réprimez cet appétit déréglé; un jour viendra où vos remords vous feront déplorer votre gourmandise. Oubliez-vous donc que les chiens décèlent nos pas fugitifs, que les pièges, que les lacets, & que les fusils nous détruisent. Les fripons redoutent toujours les recherches de la Justice; ils n'ont pas un instant de paix. Aujourd'hui la viellesse, si rare parmi nous, met un terme à mes maux. J'ai beaucoup vu; croyez-moi: que l'honnêteté règle vos passions, & vous serez toujours contents: vivez honorés, estimés, mes chers enfans, & rachetez votre réputation perdue.*

*Le conseil est bon, réplica l'un d'eux, & nous voudrions de bon coeur qu'il fût praticable; mais rappelez-vous ce qu'ont été vos ancêtres: tous fripons de père en fils, ils nous ont transmis leur mauvais renom: ils nous ont notés d'infamie, & quand nous vivrions comme d'innocentes brebis, quand nous n'aurions que des pensées, de paroles, des actions honnêtes, dès que le nombre des poules diminueroit dans les basse-cours, nous n'en serions pas moins accusés, & nous passerions pour des hypocrites. La réputation perdue ne se rachete pas.*

*Soit donc comme il a été jusqu'à ici, dit le moribond, mas qu'entends-je! Ce sont, je crois, des cris de poules; courez, mes fils, mais soyez sobres; je sens aussi qu'un poulet me feroit grand bien.*

### *The Fox at the Point of Death*

A Fox, in Life's extreme decay,  
Weak, sick and faint, expiring lay;  
All appetite had left his naw,  
And age disarmed his mumbling jaw.  
His numerous race around him stand,  
To learn their dying sire's command:  
He raised his head with whining moan,  
And thus was heard the feeble tone:

*Ah, sons! from evil ways depart;  
My crimes lie heavy on my heart.  
See, see the murder'd geese appear!  
Why are those bleeding turkeys there?  
Why all around this cackling train,  
Who haunt my ears for chickens slain?*

The hungry Foxes round them stared,  
And for the promised feast prepared.

*Where, Sir, is all this dainty cheer?  
Nor turkey, goose, nor hen, is here:  
These are the phantoms of your brain,  
And your sons lick their lips in vain.*

*O gluttons, says the drooping sire,  
Restrain inordinate desire:  
Your liquorish taste you shall deplore,  
When peace of conscience is no more.*



*Does not the hound betray our pace,  
And gins and guns destroy our race?  
Thieves dread the searching eye of power,  
And never feel the quiet hour.  
Old age (which few of us shall know)  
Now puts a period to my woe.  
Would you true happiness attain,  
Let honesty your passions rein;  
So live in credit and esteem,  
And the good name you lost, redeem.*

*The council's good, a Fox replies,  
Could we perform what you advise.  
Think what our ancestors have done?  
A line of thieves from son to son:  
To us descends the long disgrace,  
And infamy hath mark'd our race.  
Though we, like harmless sheep, should feed,  
Honest in thought, in words, and deed;  
Whatever hen-roost is decreased,  
We shall be thought to share the feast.  
The change shall never be believed:  
A lost good name is ne'er retrieved.  
Nay, then, replies the feeble Fox;  
But, hark! I hear a hen that clucks:  
A chicken, too, might do me good.*

#### NOTAS

(1) Los libros I, II y III del tomo segundo corresponden en la actual clasificación de las fábulas de Samaniego a los libros sexto, séptimo y octavo. Con esta denominación los designaré a lo largo de este trabajo.

(2) *Obras inéditas o poco conocidas de D. Félix María de Samaniego, precedidas de una biografía del autor escrita por D. Eustaquio Fernández de Navarrete*, Vitoria, imprenta de los hilos de Manteli, 1866, págs. 66 a 68.

(3) Este dato no parece ser cierto: mientras que la primera serie sumaba 105 apólogos, la segunda cuenta con menos de la mitad, exactamente cincuenta y dos.

(4) *Dictionary of National Biography*, volumen XXI, Londres, 1890, pág. 84.

(5) Curll, E.: *The Life of Mr. John Gay*, Londres, 1733, pág. 45.

(6) *Dictionary of National Biography*, volumen XXI, pág. 87.

(7) *John Gay: Biography and Fables*, editado por W. H. K. Wright, Frederick Warne & Co. Ltd., Londres, 1923 (edición limitada a trescientos ejemplares), pág. 42.

(8) *The Annual Register*, 1921, Longmans, Green and Co., Londres, 1922, pág. 66.

(9) *John Gay: Biography and Fables*, pág. 28.

(10) William Henry Irving: *John Gay, Favorite of the Wits*, Duke University Press, Durham, North Carolina, 1940, pág. 229.

(11) Citado por W. H. K. Wright en *John Gay: Biography and Fables*, pág. 29.

(12) *The Cambridge History of the English Literature*, volumen IX: *From Steele and Addison to Pope and Swift*, University Press, Cambridge, 1952, pág. 162.

(13) "The stories are not for the most part original": pág. 225 de *John Gay: Favorite of the Wits*.

(14) *John Gay: Biography and Fables*, pág. 30.

(15) Citado por W. H. K. Wright en *John Gay: Biography and Fables*, pág. 30.

(16) Tercera edición, Madrid, 1964, pág. 720.

(17) Ver: *The Pie Quebrado in Samaniego's Fables*, de Robert J. Niess, *Hispanic Review*, volumen IX, 1941, pág. 304 a 308. Niess estudia en este artículo la utilización del pie quebrado en las dos series de fábulas de Samaniego. Varias de sus alusiones y ejemplos hacen referencia a los poemas recibidos de John Gay.

## UNA TRADUCCION INGLESA MANUSCRITA DE VARIOS POEMAS DE PABLO DE XERICA.

Pablo de Xerica, el hombre de vida atorada y viajes por las necesidades de los tiempos (recuerdo-  
lado primero en España por constitucional, exiliado,  
perseguido de nuevo en París bajo la acusación de  
complotar, alcalde en 1823 de la capital alavés,  
huido nuevamente a Dax, casado por último y nota-  
rializado en Francia), tuvo todavía tiempo, al parecer,  
para cultivar la poesía. De un lado a otro, allá  
por donde iba llevaba consigo en su escasa valija  
unas hojas manuscritas que fueron poco a poco en-  
cuentrado en distintos puntos del público. Impresas unas  
en Valencia, otras en Viena, y dos veces en Bur-  
deos, no parece sino que las obras siguieran toda  
una los caminos errantes de su creador inquieto,  
desde Cadix y la Coruña, a París, y al desierto fi-  
nalmente de Aquitania.

Tal vez fue este cúmulo variado de vicisitudes el  
que le impidió recoger y perfeccionar con una obra  
su poesía; tal vez no pudo pasar sus días

a la sencilla tarea  
de escribir y hacer circo coronado.

modificado con cuidado las obras poéticas de su  
pluma, como hiciera fray Luis de León; tal vez sea  
esta la causa de que, libros de profetas, y líricos



Pablo de Xérica, el hombre de vida azarosa y viajera por las necesidades de los tiempos (encarcelado primero en España por constitucional, exilado, prisionero de nuevo en Pau bajo la acusación de conspirador, alcalde en 1823 de la capital alavesa, huído nuevamente a Dax, casado por último y naturalizado en Francia), tuvo todavía tiempo, al parecer, para cultivar la poesía. De un lado a otro, allá por donde iba llevaba consigo en su escasa valija unas hojas manuscritas que fueron poco a poco encontrando su camino hacia el público. Impresas unas en Valencia, otras en Vitoria, y dos veces en Burdeos, no parece sino que las obras siguieran cada una los caminos errantes de su creador inquieto, desde Cádiz a la Coruña, a París, y al destierro finalmente de Aquitania.

Tal vez fue este cúmulo variado de vicisitudes el que le impidió reposar y perfeccionar uno tras otro sus poemas; tal vez no pudo pasar sus días

a la sombra tendido,  
de hiedra y lauro eterno coronado,

modulando con cuidado las notas poéticas de su plectro, como hiciera fray Luis de León; tal vez sea ésta la causa de que, libres de prejuicios, y buscan-

do sólo dar al César lo que a él pertenece, sea también fácil admitir que Pablo de Xérica no es una figura señera en el mosaico numeroso de la literatura castellana. Ni escribió muchas obras ni su calidad las convierte en dignas de consideración particular. En el siglo del best-seller no es sorprendente que la mayor parte de los estudiantes desconozcan los versos, letrillas y apólogos de don Pablo. Ni es de extrañar que ignoren su nombre. No son tampoco los únicos: si uno se decide a perder unos segundos de tiempo, comprobará pronto que el *Diccionario de Literatura Española* (1) no le dedica ninguno de sus apartados; o que el *Manual de Bibliografía de la Literatura española* (2) sólo le otorga uno de sus 15.603 títulos, y éste compartido con cuarenta y cinco autores más; o que finalmente —por no hacer excesiva la enumeración— los cuatro volúmenes en que Valbuena Prat estudia la *Historia de la Literatura Española* (3) citan una única vez en nota al pie de página el nombre de Xérica, sin concederle siquiera el escaso contenido de una línea.

A pesar de todo, Pablo de Xérica fue leído en su tiempo y gozó de un breve período de esplendor. Periódicamente se fueron sucediendo las ediciones, cuya lista comienza con los *Cuentos Jocosos*, que en 1804 salieron a la luz en Valencia; en 1822 la viuda de Larumbe editaba en Vitoria sus *Poestías*, en un pequeño ejemplar de doscientos cuatro páginas; transcurrieron aún nueve años más hasta 1831, año en que el impresor Pierre Beaume publicó en Burdeos la *Colección de Cuentos, Fábulas, etc.*, dedicada, como subraya el autor, a la *juventud española*; y ya por fin en 1837, la misma ciudad fue cuna de un cuarto tomo de 144 páginas, en cuya portada se leía:

## LETRILLAS

### Y

## FABULAS

de Don PABLO DE XERICA

Si mi Musa empieza á hablar,  
Jamás lo sabe dejar,  
Y hasta que no se descose,  
Acabóse.

---

## BURDEOS

Imprenta de la S.<sup>a</sup> V.<sup>a</sup> Laplace y Beaume  
Paseo de Tourny, n.º 7

---

1837

Sólo existen, por lo demás, dos traducciones de los poemas del escritor vitoriano; estas versiones, francesas ambas, se deben al profesor de literatura gala en la escuela normal de Pisa, Hippolyte Topin. Sus títulos: *Fables de Jerica* la primera, y *Poésies de Don Paolo Jerica* la segunda. Al anunciarse en 1870 la próxima publicación de este último libro (4), el editor anotaba: *Texte seul collationné sur l'édition publiée à Bordeaux 1831, suivie de la biographie de l'auteur et de notes*. Los dos títulos, impresos en la ciudad toscana de Livorno por Francesco Vico, se vendían en la librería francesa de Lacroix y Verboeckhoven, calle de la Taza (5).

Estas son hasta el momento las únicas traducciones que conocemos de sus versos. No es demasiado, ciertamente. Pero puede también pensarse que si no interesaron en extremo a los lectores patrios,

difícil resultaría que alcanzaran éxitos en el extranjero, teniendo en mente sobre todo lo que una obra cualquiera —en particular un poema— pierde al pasar por el tamiz de la traducción.

Y sin embargo, existe una pequeña, breve, escondida versión en lengua inglesa de sus poemas. Me adelantaré a las preguntas —si alguna hay— del lector, y añadiré que nunca se ha publicado esta traducción, que se conserva aún manuscrita, que no comprende más que tres poemas en toda la producción de Xérica, y que de su autor lo desconocemos todo, incluso el nombre, incluso la nacionalidad, incluso la edad que tenía cuando tradujo estos versos del escritor alavés. Y dudo también de que sean uno o dos los autores.

Pero cada cosa necesita su tiempo y su medida. Comencemos por el principio.

Existe en la biblioteca del Museo Británico, bajo la signatura 11450.a.25, un volumen de tamaño escaso y desvencijada encuadernación, que contiene tres de las obras de Pablo de Xérica:

- las *Poesías* de 1822;
- la *Colección de Cuentos, fábulas, etc.*, de 1831; y
- las *Letrillas y Fábulas* impresas en Burdeos el año de 1837.

Los tres ejemplares están profusamente anotados a lápiz, con comentarios ingleses que hacen relación la mayor parte de las veces al significado de las palabras y, en ocasiones, a las dificultades gramaticales y sintácticas del texto poético castellano. Hasta aquí, nada hay de particular. Todos tenemos libros que en un momento u otro de nuestras vidas hemos



iluminado con notas, garabatos, llaves, citas o subrayados.

Hay al término del volumen, sin embargo, varias páginas finales que no contienen texto impreso alguno, y sí en cambio tres traducciones manuscritas. La primera de ellas corresponde a la letrilla séptima de la edición de 1837 (páginas 23, 24 y 25), cuyo estribillo reza:

Este bien puede pasar:

Eso ni con chocolate.

La traducción ocupa dos páginas y contiene el mismo número de versos que la original de Xérica. Helas aquí:

Este bien puede pasar:  
Eso ni con chocolate.

Let this pass,  
That, not with Chocolate!

Que venga un fraile a co-  
[mer  
A mi casa; que confiese  
A mi mujer; y no cese  
De hablarla, si es menester.  
Contal que al anochecer  
Vaya al convento a cenar;  
Esto bien puede pasar.

A Friar to my house may co-  
[me;  
A Friar may my wife confess;  
Ev'ry day till the day of doom,  
He may either curse or bless;  
Provided, when day is up,  
He go to his Convent to sleep:  
With this, I may well put up.

Mas que se quede a dormir  
con un descarado impudente,

But that he remain, to sleep,  
Or, shameless, the house to  
[roam;

Sin que haya un alma vi-  
[viente

Into the wrong bed to creep;

Que se lo pueda impedir;

And make himself quite at ho-  
[me;

Y el otro día al partir

And, next Morning, departing  
[late,

De desayunar se trate,  
Eso ni con chocolate.

First eat of my Breakfast fare;  
That won't do, if but Choco-  
[late!

Que quiera un rico señor  
Andar de día y noche,  
Repantingado en su coche  
Por comodidad y honor,  
Cuando el triste labrador

Ve las hormigas pisar,  
Eso bien puede pasar.

Mas que le quiera abrumar  
De peso hasta reventallo,  
Porque es su pobre vasallo,

Y no lo puede estorbar;  
Y si se atreve a chistar,  
A garrotazos lo mate;  
Eso ni con chocolate.

Que quiera heredar un hijo,  
Nada tiene eso de raro,  
Si su padre es un avaro,

Y en vivir está prolijo;  
Que quiera saber de fijo

Que un día le ha de here-  
[dar,  
Eso bien puede pasar.

Pero que al verle achacoso,  
Se muestre en amarle tibio

Y en vez de querer su ali-  
[vio,

No le dé paz ni reposo;  
Y le prepare alevoso  
Un veneno que le mate,  
Eso ni con chocolate.

That a rich Signor, should ride,  
In his coach all day or night.  
For his Profit -Glory or Pride-  
To do so, he has full right,  
Whilst his Serf turns Ants'nests  
[up,

Or sadly trudges thro' mire;  
With this we may well put up!

But that the Lord, heap on the  
[back,  
Of the Laborer heavy weight,  
Till his bones do well nigh  
[crack.

With a dire oppressions might;  
And if he expostulate,  
Rope his neck in excess of ire,  
That, no! - tho' with Chocolate!

That a Son shou'd long to in-  
[herit  
Has nothing about it rare,  
If the Sire have a grudging spi-  
[rit

And is overstern with his heir,  
Who may wish that his term  
[were up:

And this is no strange desire,  
With this we may well put up!

But if, when the Father's ill,  
The Son should show little  
[grief,

Provide neither potion nor pill,

And permit no proper relief;  
But leave him alone to fate,  
Or a poison'd cup prepare;  
That, no! - not with Chocolate!

El último verso va seguido por la firma y la fecha:

Odoardo Grangeri

Traduttore Otre 1864

La traducción es excelente, y en algunos momentos supera incluso en gracia e ingenio al original. Procura siempre mantenerse en la senda abierta por los versos del poeta español, pero los dos estrechos marcos de rima y estrofa obligan a menudo al autor a añadir elementos de su propia invención que no estaban en los versos de Xérica, como en el caso de la segunda estrofa, verso tercero (*Into the wrong bed to creep*), en que hace encaramarse al fraile descarado en una cama ajena; o en el verso sexto de la tercera estrofa, donde la triste vida del labrador oprimido por su dueño recibe una pincelada original:

O triste camina por el barro.

La segunda de estas versiones está obtenida de la fábula que Xérica titula *Los Borricos*, situada en las páginas 66, 67 y 68 de la edición de 1822.

El traductor ha modificado el título español, y ahora el apólogo se denomina *Reform of Donkeydom*, que valé tanto como *La Reforma del reino de los asnos*, o como *la Reforma de Burrolandia*, si el lector acepta el neologismo.

Véanse ambas:

El León se veía  
Amado de los pueblos que  
[regía;  
Mas con capa de amigo  
Le puso preso el Tigre su ene-  
[migo.  
Cuando los animales

'Tis said an Ass once  
—Ass, ears & tail—

With brothers Ass-Dunce  
Tried to prevail!

Show'd how Reform would

(Así consta de auténticos ana  
[les])

A su Rey vieron preso,  
Formaron en Brutalia su Con-  
[greso.

El poder arbitrario,  
A la ley natural siempre con-  
[trario,

Para siempre abolieron,

Y en pueblo soberano se eri-  
[gieron.

Someterse a las leyes  
Les pareció seguro, no a los  
[Reyes,

Que tal vez para el malo  
Tienen el premio, para el bue-  
[no el palo.

Añaden que un jumento  
(Y esto es verdad, aunque pa-  
[rece cuento)

Que reformar quería

Toda la pollinesca monarquía  
Les dio tales consejos  
Para recuperar los fueros vie-  
[jos,

Que desde el día mismo  
Lograran desterrar el despo-  
[tismo.

Empero a los pollinos,  
Como son tan brutales y mo-  
[hinos,

Ni haciéndoles tajadas  
Se les hace dejar sus borrica-  
[das.

Burros hemos nacido  
Y borricos también morir que-  
[remos,

Dijeron los oyentes,

Y lo serán también los des-  
[cendientes.

Give All fresh force;

Make Asses noble, could  
As the proud horse!

But the Ass is an Ass  
All the world over;

Think thistles good as  
[grass,  
Better than clover!

So, all the Donkey tribe  
—Not one preferred him—

Answer'd with kick & gibe  
After they'd heard him.

"Asses we all were born,  
"Asses we all will die,

"All change of us we  
[scorn,

"And of our progeny!"

—Moral—

Reform of Asses  
Is a fine tale;

Try to change Asses,  
It won't avail!

Try to change Asses,  
What comes to pass?

Reforming Asses,  
Proves you an Ass!

Now let me close muy ver-  
[se

With an "Old Saying"

Y el pago que le dieron  
Fue que todos en medio le  
[cogieron,

Y entre injurias atroces  
Le hartaron de mordiscos y  
[coces.

¡Regenerar borricos! Brabo  
[cuento.

El que lo intenta sí que es un  
[Jumento

Quite as trite, true & terse  
As the Ass braying.

Try ev'ry trick on earth,  
Still 'twill be clear,

"Can't make a Velvet Pur-  
[se

"Of a Sow's Ear!"

Podrá apreciarse sin dificultad que el traductor se ha servido únicamente del segundo de los dos apólogos contenidos en la fábula de Xérica, habiendo hecho caso omiso de las cinco primeras estrofas, que desarrollan el tema de los animales en congreso. La moraleja, en cambio, ha sido considerablemente aumentada en la versión inglesa, como indica el *nota bene* que incluyó el traductor:

*NB.—El traductor, E. T. Grainger, ha añadido su propio "pensamiento" al del autor, a partir de Now let me close my verse, y confía no haber interrumpido la armonía de las ideas.*

La fecha es semejante a la del poema anterior: octubre de 1864.

El tercer poema de Xérica en esta traducción inglesa es la primera letrilla del tomo publicado en Burdeos en 1831: *Colección de Cuentos, Fábulas, etc.* (páginas 9, 10 y 11).

Buena va la danza,  
Doña Catalina.  
España tenía  
Su constitución,  
Y era una nación  
Cuando Dios quería.  
Pero ya en el día  
La lei no domina:  
Buena va la danza,  
Doña Catalina.

The dance goes on-a good one  
Doña Catalina.  
Spain, her Constitution  
had once upon a time;  
Once, she was a Nation  
When so will'd God-Sublime!  
But in the present day  
Despot-Law's, lex Divina;  
The Dance goes on, a good  
Doña Catalina! [one,

Como el baile guía  
Danzante gotoso,  
No hai un paso airoso,  
Compás ni armonia:  
Tersicore fría  
La rodilla inclina:  
Buena va la danza,  
Doña Catalina.

As a gouty dancer  
Is leader in the hop,  
Each one is a mere Prancer;  
No concord, time nor stop;  
Terpsichor', in chill way,  
Bends her knee, divina.  
The dance goes on, a good  
Doña Catalina! [one,

Antes se imprimía  
Libremente todo;  
Pero ha puesto modo  
La aristocracia.  
Ya esta boca es mía,

Once free-Democracy  
Boldly spoke & printed;  
But Aristocracy  
Freedom now has stinted.  
"This mouth is mine" wou'd  
[say

No dirá Marina:  
Buena va la danza,  
Doña Catalina.

Vainly Canon Marina:  
The dance foes on, a good  
Doña Catalina! [one,

Yo escribir solía  
Muchos epigramas.  
Y entre varios dramas  
Tal cual poesía:  
Mas la Musa mía  
Va ya de bolina:  
Buena va la danza,  
Doña Catalina.

Epigrams I used to write  
And Dramas not a few;  
Also often did indite  
Poetry, but so-so!  
But my Muse goes today  
On a Bowline "a la Bolina".  
The dance goes on, a good  
Doña Catalina! [ene,

Letrilla VII - Let this pass - that, not with Chocolate!

A Friar to my house may come,  
A Friar may my wife confess;  
Every day, till the day of doom,  
He may either curse or bless;  
Provided, when day is up,  
He go to his Convent, to sleep:  
With this, I may well put up.

But that he remain, to sleep,  
Or, shameless, the house to roam;  
Into the wrong bed to creep,  
And make himself quite at home;  
And, next morning, departing late  
First eat of my Breakfast fare;  
That won't do, if but Chocolate! -

That a rich Signor should ride,  
In his coach, all day or night,  
For his Profit - Glory, or Pride -  
To do so, he has full right,  
Whilst his Surf turns Ants nests up;  
Or sadly trudges thro' mire;  
With this we may well put up!

But that the Lord, heap on the back,  
Of the Laborer heavy weight,  
Till his bones do, well nigh crack,  
With a dire oppressions might;  
And, if he expostulate  
Rope his neck, in excess of ire  
That no - tho' with chocolate!

That a Son should long to inherit,  
Has nothing about it rare,  
If the Sir have a grudging spirit  
And is over stern with his heir,  
Who may wish that his term were up:  
As Dirs is no strange desire,  
With Dirs we may well put up!

But if, when the Father's ill,  
The Son should show little grief,  
Provide neither potion, nor pill,  
And permit no proper relief,  
But leave him alone to fate,  
Or a poisoned cup prepare; -  
That no - not with chocolate!

Odoardo Grangeri  
Traduttore O.W. 1864



Page 66, of first part under this Binding "Los Borricos" "one":

— Reform of Donkeydom —

'Tis said, an Ass once,  
- Ass, ears & tail -  
With brothers Ass-Dunce  
Tried to prevail: -  
Should how Reform would  
Give All fresh force; -  
Make Asses noble, could  
As the proud horse!;  
But the Ass is an Ass,  
All the world over;  
Thinks thistles good as grass  
Better than clover! -  
So, all the Donkey tribe  
= Not one, preferred him -  
Answered, with kick & gibe  
after they'd heard him.  
"Asses we all were born,  
"Asses we all will die,  
"All change of us, we scorn,  
"And of our progeny!"

— Moral —

Reform of Asses,  
Is a fine tale;  
Try to change Asses, -  
It won't avail! -  
Try to change asses,  
What comes to pass?  
Reforming Asses,  
Proves You an Ass! -  
"Now-let me close my verse  
with an "Old Saying"  
Quite as trite, true & terse  
As the Ass-braying. -  
Try every trick on earth;  
Still 'twill be clear,  
"Can't make a Velvet Purse  
"Of a Sow's Ear! -

NB. - The Translator, E. Hyranger,  
has added his "Thought" to the  
Author's, from "Now-let me close my  
verse", and hopes that he may  
not have interrupted "harmony  
"of ideas" - October 1864. -

Setrillo's <sup>1<sup>ra</sup></sup> of 2<sup>d</sup> part of the Bindings, Page

— The Dance goes on — a good one —

— Doña Catalina —

Spain, her Constitution Epigrams, I used to write  
Had once upon a time; And Dramas, not a few;  
Once, she was a Nation Also, often, did indite,  
When so well God-sublime! Poetry, but so-so! —  
But, in the present day, But my Muse goes today  
Despot-Law's, *lex Divina*. On a *Bowline* — *à la Bolina*  
The Dance goes on, — a good one. The Dance goes on, — a <sup>good</sup> one  
Doña Catalina! Doña Catalina!

As a gait, dancers, Cornelius! for writing  
Is leader, in the shop, A glorious age had he;  
Each one is a mere dancer But a jealousy <sup>ca'rright</sup> <sup>ing,</sup>  
No concord, time nor stop; And an Academy,  
Terpsichore, in hill way, That kept the *Vid* <sup>(at bay)</sup>  
Bends her knee, *divina*! Found, by *Hyàcina*!  
The dance goes on, — a good one. Well goes on the Dance  
Doña Catalina! Oh? Doña Catalina!

Once free-Democracy  
Boldly spoke & printed  
But, Aristocracy

Freedom, now has started  
"This mouth is mine" <sup>would say</sup>  
Naimé, Canon Marina:

The dance goes on, — a good one.  
Doña Catalina!

Ms. "à la Bolina" — Close  
to the wind —

E. F. Grayson  
Translator

Oct 1864



Cornelio escribía  
En siglo glorioso;  
Mas cierto zeloso,  
Y una Academia,  
Que al Cid persegufa,  
Vieron luego al Cina;  
Buena va la danza,  
Doña Catalina.

Cornelius! for writing  
A glorious age had he;  
But a jealousy affrighting,  
And an Academy  
That kent the Cid at bay  
Found by & by a Cina!  
Well goes on the Dance,  
Eh? Doña Catalina!

La traducción es muy literal en esta ocasión, y presenta a veces *tours de force*, como es el caso de la cuarta estrofa, que sólo pueden deberse al excesivo deseo del traductor de mantenerse fiel al original.

Al final del poema leemos la misma fecha que en los dos anteriores, octubre de 1864, y la firma:

E. T. Grainger  
Translator

Los interrogantes que se plantean son numerosos y casi ninguno puede hallar respuesta. El nombre del traductor en los últimos poemas es indudablemente E. T. Grainger, que es tanto como Edward T. Grainger. Dado que las tres versiones llevan idéntica fecha y que la caligrafía del primer poema coincide con la del segundo y tercero, hay que suponer que el nombre Odoardo Grangeri es una adaptación italiana de Edward Grainger, siendo Odoardo una variante de Edoardo. La probabilidad se hace más acusada al descubrirse que Grainger es un apellido relativamente frecuente en inglés, mientras que es ignorado en Italia.

¿Por qué el traductor jugó así con su nombre? ¿Quién es este E. T. Grainger, del que nadie proporciona el más mínimo detalle? No hay contestación. Las notas a lápiz que llenan el libro, y el hecho de que existan estos tres poemas en inglés, pue-

de indicar que Grainger preparaba una traducción completa de Xérica, al menos de buena parte de sus poesías. La letrilla octava de la edición de 1837, por ejemplo, tiene también traducidos los dos primeros versos:

Ahora que soy niña, madre,    Whilst yet I am a girl, Mother,  
Ahora que soy niña.            Whilst yet I am a girl.

Pero si ésta fue su intención, nunca pudo llevarla a término.

E. T. Grainger permanece así en la sombra de lo incógnito, y con él las razones de su esfuerzo.

No sabemos si algún día el tiempo regurgitará las pequeñas noticias que el paso de las horas va diariamente sepultando, y entre ellas se encuentren las respuestas que aquí no se pueden proporcionar. Aca-so el espíritu literario de don Pablo de Xérica lo agradeciera.

#### NOTAS

(1) Tercera edición, Madrid, 1964.

(2) José Simón Díaz. Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1963, pág. 345, núm. 10.035.

(3) Tomo III, pág. 73. Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1968.

(4) Hippolyte Topin: *Mélanges Littéraires*, Livorno, 1870, contraportada.

(5) *Idem*.

## INDICE

	<u>Pág.</u>
Introducción .....	7
El Dr. Escoriaza, médico de Enrique VIII de Inglaterra .....	11
Notas .....	54
Michael J. Quin: su paso por Guipúzcoa y Alava .....	59
Notas .....	83
John Gay: su influencia en las fábulas de Samaniego .....	85
1.—John Gay: resumen biográfico .	89
2.—Las fábulas .....	92
3.—La opinión de los críticos .....	95
4.—La traducción francesa de Mme. Kéralio .....	97

	<u>Pág.</u>
5.—La influencia de John Gay .....	99
6.—Samaniego y la traducción de Mme. Kéralio .....	106
7.—La impronta de Samaniego .....	112
8.—El influjo de John Gay en otros fabulistas de habla castellana ...	119
9.—Conclusiones .....	125
Apéndice .....	126
Notas .....	131
 Una traducción inglesa manuscrita de varios poemas de Pablo de Xérica .....	 133
Notas .....	146

# INSTITUCION «SANCHO EL SABIO»

Obra Cultural

de la

Caja de Ahorros Municipal de la Ciudad de Vitoria

Biblioteca Alavesa "Luis de Ajuria"

## OBRAS PUBLICADAS

- 1.—*Ntra. Sra. de la Blanca, Patrona de la Ciudad de Vitoria.* Por Venancio del Val.
- 2.—*Luis de Ajuria y Atauri* (biografía). Por Ignacio María Sagarna
- 3.—*Compendio Foral de la Provincia de Alava.* Por Ramón Ortiz de Zárate.
- 4.—*La Legión Británica en Vitoria.* Por Julio-César Santoyo.
- 5.—*José M.<sup>a</sup> Sáenz de San Pedro: Artículos I.* (Selección de Manuel Peciña).
- 6.—*Viajeros por Alava (siglos XV a XVIII).* Por Julio-César Santoyo.
- 7.—*José M.<sup>a</sup> Sáenz de San Pedro. Artículos II.* (Selección de Manuel Peciña).
- 8.—*El doctor Escoriaza en Inglaterra y otros ensayos británicos.* Por Julio-César Santoyo.
- 9.—*La obra lírica del Canciller don Pero Lope de Ayala.* Por José López Yepes. (En preparación).













**BIBLIOTECA ALAVESA "LUIS DE AJURIA"**

**Caja de Ahorros Municipal  
de la Ciudad de Vitoria**